

VILLA de MADRID



Ayuntamiento de Madrid

S U M A R I O

Editorial. José Finat.

Gloria y razón del Dos de Mayo. Gregorio Marañón.

PRESENCIA INGLESA

Mensaje. Wellington. Duque de Ciudad Rodrigo.

La Gran Bretaña y el Dos de Mayo. Sir Charles Petrie.

Versos del Dos de Mayo.

Tres heroes. Manuel Pombo Angulo.

Dos de Mayo, cantado y pensado. José María Pemán.

PRESENCIA FRANCESA

Murat. Marcelin Defourneaux.

El Dos de Mayo madrileño. General Díaz de Villegas.

Goya y los pintores del Dos de Mayo. Enrique Pardo Canalis.

José Bonaparte y Madrid. Fernando Chueca.

El Ayuntamiento de Madrid en 1808. Francisco Baztán.

APENDICE

El Dos de Mayo. Tragedia popular. Francisco de Paula Martí. Recopilación por José Leal Fuertes.

VILLA *de* MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO
EXTRAORDINARIO DEL DOS DE MAYO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PLAZA DE LA VILLA

CENTRO DE ESTUDIOS
MUNICIPALES
ANTONIO MAURA

Precio del ejemplar: 40 pesetas.

SUSCRIPCIONES:

Semestre 120 pesetas.

Año 240 »

Tel. 48 18 29

M A D R I D

AÑO II

NUM. 6



Boceto de La defensa del Parque de Monteleón. Castellanos. Museo Municipal. Madrid.

Editorial

SE cumple estos días el 150 aniversario de aquel 2 de mayo en que el pueblo madrileño luchó, por las calles y plazas de la capital, en defensa de su libertad y su independencia. El Ayuntamiento de Madrid se dispone a celebrar esta efeméride con mayor fausto y mayor emoción que otros años, porque estos 150 marcan un hito señalado dentro de la conmemoración de una de las más populares epopeyas patrias. Pero, aparte el natural realce en los actos que celebren la fecha, conviene puntualizar algunas significaciones de lo que el 2 de mayo fué, en su origen y desarrollo, y puede ser, todavía, en sus consecuencias.

En un momento en que la Europa moderna, que nacía por aquellas fechas precisamente, se nos ha hecho tan pequeña, se nos muestra tan débil, que su conservación preocupa a todos los que sentimos su unidad, no está de más insistir en que la idea de Napoleón encarnaba la idea de la unidad de Europa. Porque no es cierto que en la guerra de la Independencia se produjera, de modo exclusivo, la lucha entre franceses y españoles; en el ejército de Napoleón Bonaparte luchaban también, de modo principal, italianos, alemanes, suizos y belgas. Es de todos conocida la anécdota según la cual, en la batalla de Bailén, combatieron, por ambos bandos, nutridos batallones suizos, y que, una de las causas de la derrota del ejército de Dupont, radicó en que estos batallones desertaron de sus filas para pasarse a las del General Castaños. Quiérese decir con ello, que, sobre nuestro suelo, no se dirimió una guerra de invasión o conquista, sino algo más amplio; se dirimió el destino de la Europa de aquellos tiempos, y, por ello, los representantes de todos sus pueblos la defendieron, según su punto de vista, desde uno u otro lado, con las armas en la mano.

El 2 de mayo da principio a nuestra guerra de la Independencia. Y es el pueblo quien —pudiéramos decir— descubre el 2 de mayo. Se da el hecho, aparentemente paradójico, de que, sin tener concretado su sentido de la nacionalidad, por una razón de ardoroso sentimiento, el pueblo descubre la patria. Y, arrastrados por este descubrimiento, le siguen grupos de intelectuales, aristócratas, militares y la iglesia en masa. Es, pues, Sancho Panza —el práctico y sufrido— quien descubre el ideal de la patria, no el fantástico e iluminado don Quijote. Este ideal de la patria continuó defendiéndose después, a través de situaciones que no responden, pese a la victoria conseguida, al sentimiento que inspiró la epopeya. Porque se puede estar o no de acuerdo con los principios de la Revolución francesa; lo que no se puede es ignorar que han inspirado la política del mundo durante los 150 años a que hacemos referencia. Y cuando, como en nuestro país sucedió, estos principios se muestran radicalmente opuestos a las tradiciones, los usos y las creencias de una nación, el balance debe ser forzosamente desfavorable. De ello iban a tener pronto una bien triste experiencia los patriotas del 2 de mayo.

En efecto, la victoria de la Independencia da, de modo casi inmediato, lugar a las guerras civiles que ensangrientan nuestro siglo XIX. En los ejércitos liberales y carlistas lucharon hombres de buena fe, que creían, cada cual, defender a España, defendiendo principios antagónicos. Se dió el caso curioso de que las ideas de Napoleón, derrotado en nuestra geografía, se infiltraran en gran parte de nuestra política. Tuvieron que llegar horas parecidas a aquellas del 2 de mayo, para que el pueblo español reivindicase, en el espiritualismo de la Cruzada, la esencia y los postulados de la auténtica España. El paralelo se acentúa todavía más si pensamos que también en los dos bandos que durante ella sembraron de vidas generosas la superficie de la patria, luchaban hombres que creían, sinceramente, servirla al combatir, y que, para servirla, se mostraban dispuestos a todos los sacrificios. En el 2 de mayo, primero, en nuestra Cruzada, después, España fué víctima de ambiciones ajenas, de políticas extrañas a su propio espíritu. Afortunadamente, como remate de ambas gloriosas peripecias, nos hemos encontrado a la sombra victoriosa de las banderas de nuestra Guerra de Liberación. Por fin España es dueña de su verdad, y la puede mostrar, como un ejemplo, a la faz del Mundo.

Y así, en esta 150 conmemoración del 2 de mayo, los españoles podemos decir que deseamos, sobre todo, la armoniosa relación entre los pueblos; la conservación de aquellos principios fundamentales de la civilización occidental que hoy se encuentran en peligro. El 2 de mayo no es la exaltación de los rencores, que el tiempo ha dejado lejanos y empequeñecidos; el 2 de mayo es, y debe ser, una gran fecha de concordia y solidaridad europeas. En ella —como representantes de la villa de Madrid, testigo de su heroísmo y sacrificio— nos complacemos en recordar la ayuda inglesa, que aquel gran militar y, sobre todo, aquel gran hombre, al que llamaron el duque de Hierro, encabezara con su personalidad extraordinaria. Y la amistad renovada de nuestra capital con Francia, y con el municipio de París, con quien tan cordiales relaciones tenemos establecidas.

Porque es de nobleza recordar heroísmos, que son verdad, como todas las virtudes; y no establecer rencorosas barreras, que son falsas y engañan, como todas las pasiones.

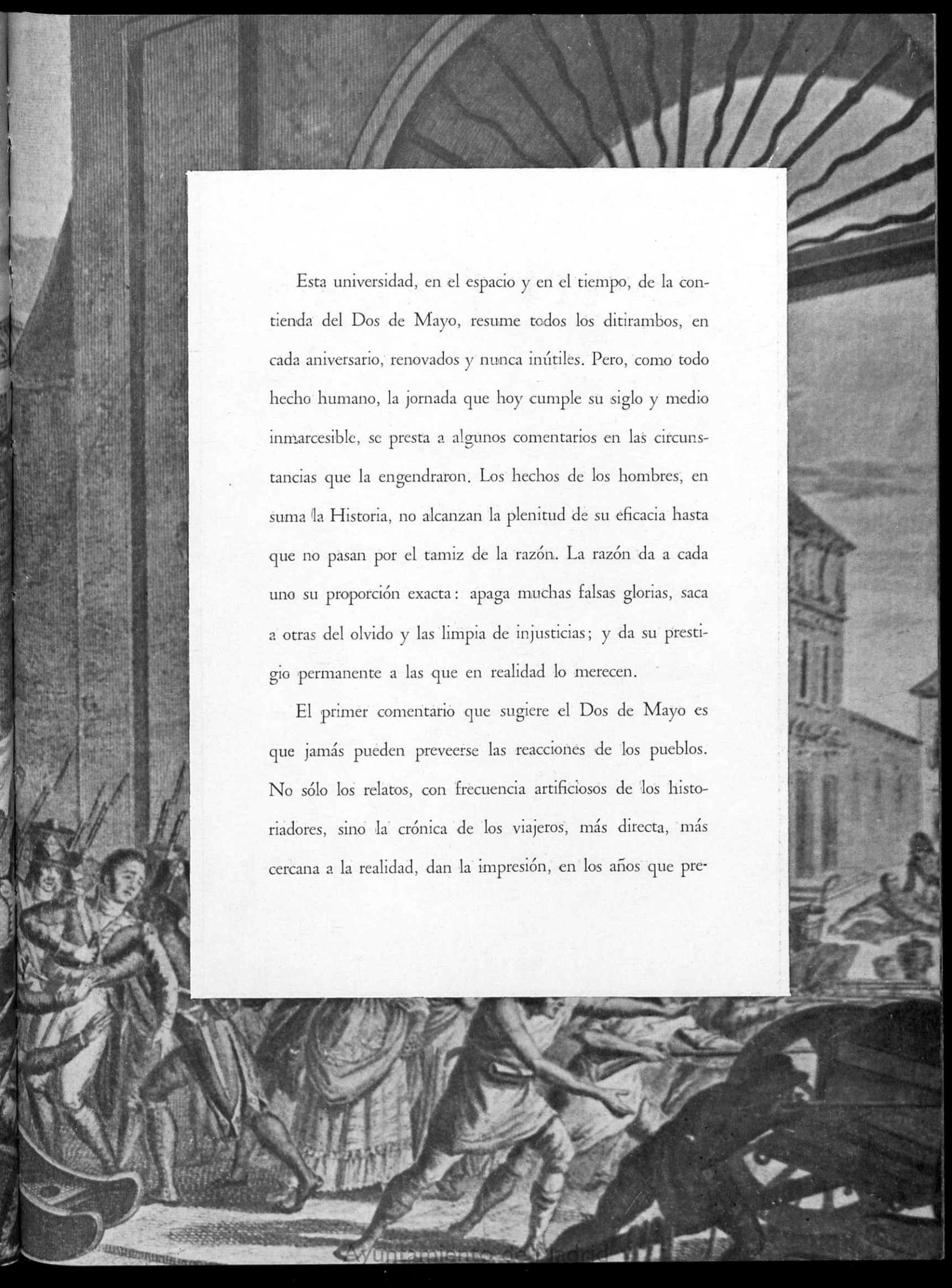
JOSE FINAT
Alcalde de Madrid

GLORIA Y RAZON DEL DOS DE MAYO

POR G. MARAÑÓN

Lo que me parece que da su inmortal categoría a la jornada del Dos de Mayo, es que la página que el pueblo de Madrid escribió con el sacrificio de su vida ha superado ya su sentido político, nacionalista, partidista; para ser, escueta y pura, una de las más gloriosas hazañas del brío y de la dignidad colectiva de los hombres. Como el sitio de Numancia y otros grandes fastos de la Historia, su resplandor alcanza a los vencidos como a los vencedores y a los testigos contemporáneos como a la humanidad de todas las épocas.



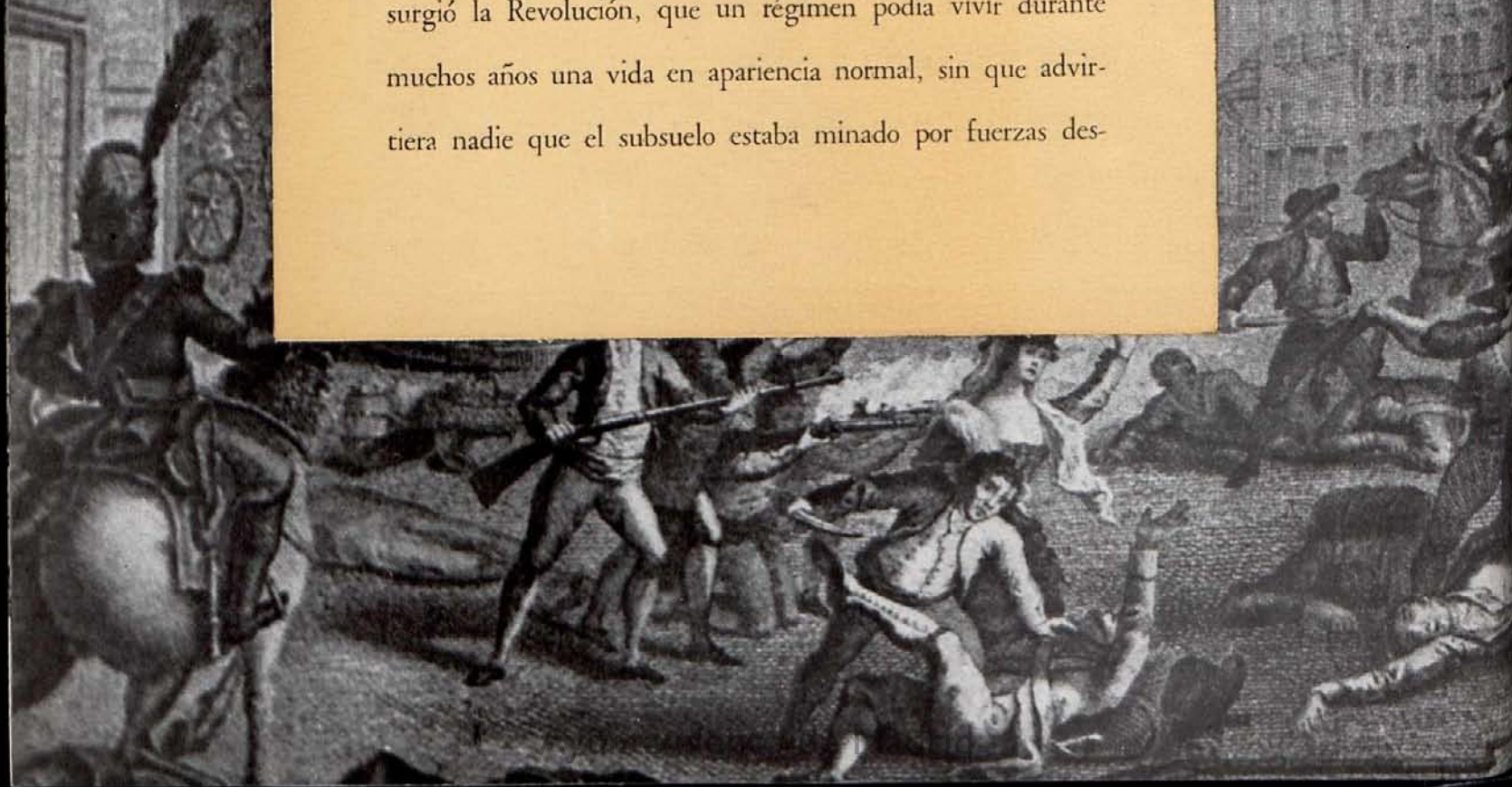


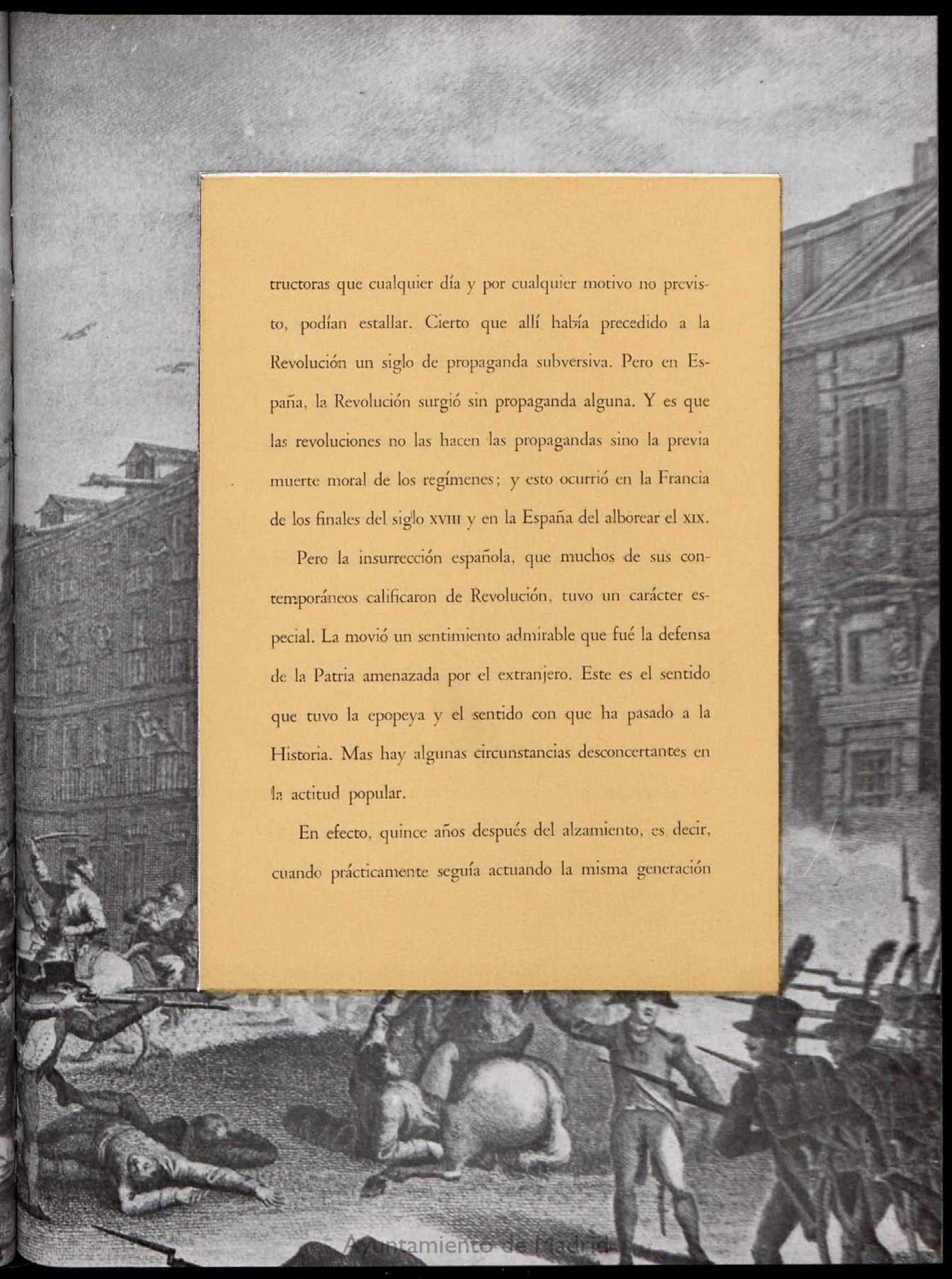
Esta universidad, en el espacio y en el tiempo, de la contienda del Dos de Mayo, resume todos los ditirambos, en cada aniversario, renovados y nunca inútiles. Pero, como todo hecho humano, la jornada que hoy cumple su siglo y medio inmarcesible, se presta a algunos comentarios en las circunstancias que la engendraron. Los hechos de los hombres, en suma la Historia, no alcanzan la plenitud de su eficacia hasta que no pasan por el tamiz de la razón. La razón da a cada uno su proporción exacta: apaga muchas falsas glorias, saca a otras del olvido y las limpia de injusticias; y da su prestigio permanente a las que en realidad lo merecen.

El primer comentario que sugiere el Dos de Mayo es que jamás pueden preverse las reacciones de los pueblos. No sólo los relatos, con frecuencia artificiosos de los historiadores, sino la crónica de los viajeros, más directa, más cercana a la realidad, dan la impresión, en los años que pre-

cedieron a la invasión napoleónica, de que España estaba empobrecida al máximun aunque llena de recuerdos egregios del pasado y de posibilidades para el futuro; y de que el pueblo español, agotado por las guerras, por los malos gobiernos, por el esfuerzo colosal de América, yacía en una honda sima de incultura y de postración. Y, sin embargo, ese pueblo abatido, casi agónico, había de dar, muy poco después, el ejemplo de una reacción heroica, casi unánime, instintiva, ajena a toda organización, capaz de hacer vacilar al gigante del siglo, a Bonaparte, y de contribuir eficazmente a su aniquilamiento.

Ya en Francia, unos años antes, había sucedido lo propio: la Corte y los gobiernos no pudieron sospechar, hasta que surgió la Revolución, que un régimen podía vivir durante muchos años una vida en apariencia normal, sin que advirtiera nadie que el subsuelo estaba minado por fuerzas des-





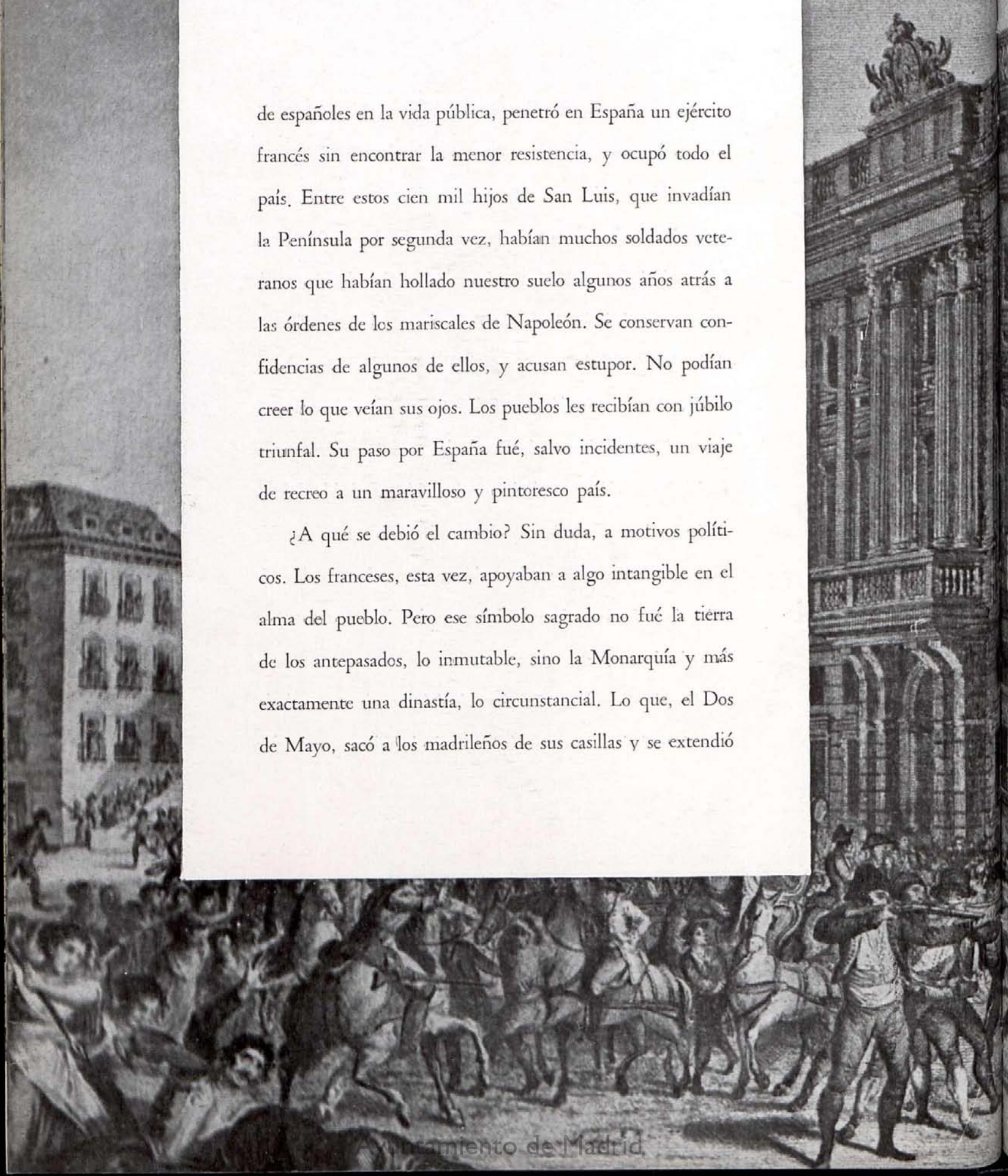
structoras que cualquier día y por cualquier motivo no previsto, podían estallar. Ciertamente que allí había precedido a la Revolución un siglo de propaganda subversiva. Pero en España, la Revolución surgió sin propaganda alguna. Y es que las revoluciones no las hacen las propagandas sino la previa muerte moral de los regímenes; y esto ocurrió en la Francia de los finales del siglo XVIII y en la España del alborar del XIX.

Pero la insurrección española, que muchos de sus contemporáneos calificaron de Revolución, tuvo un carácter especial. La movió un sentimiento admirable que fué la defensa de la Patria amenazada por el extranjero. Este es el sentido que tuvo la epopeya y el sentido con que ha pasado a la Historia. Mas hay algunas circunstancias desconcertantes en la actitud popular.

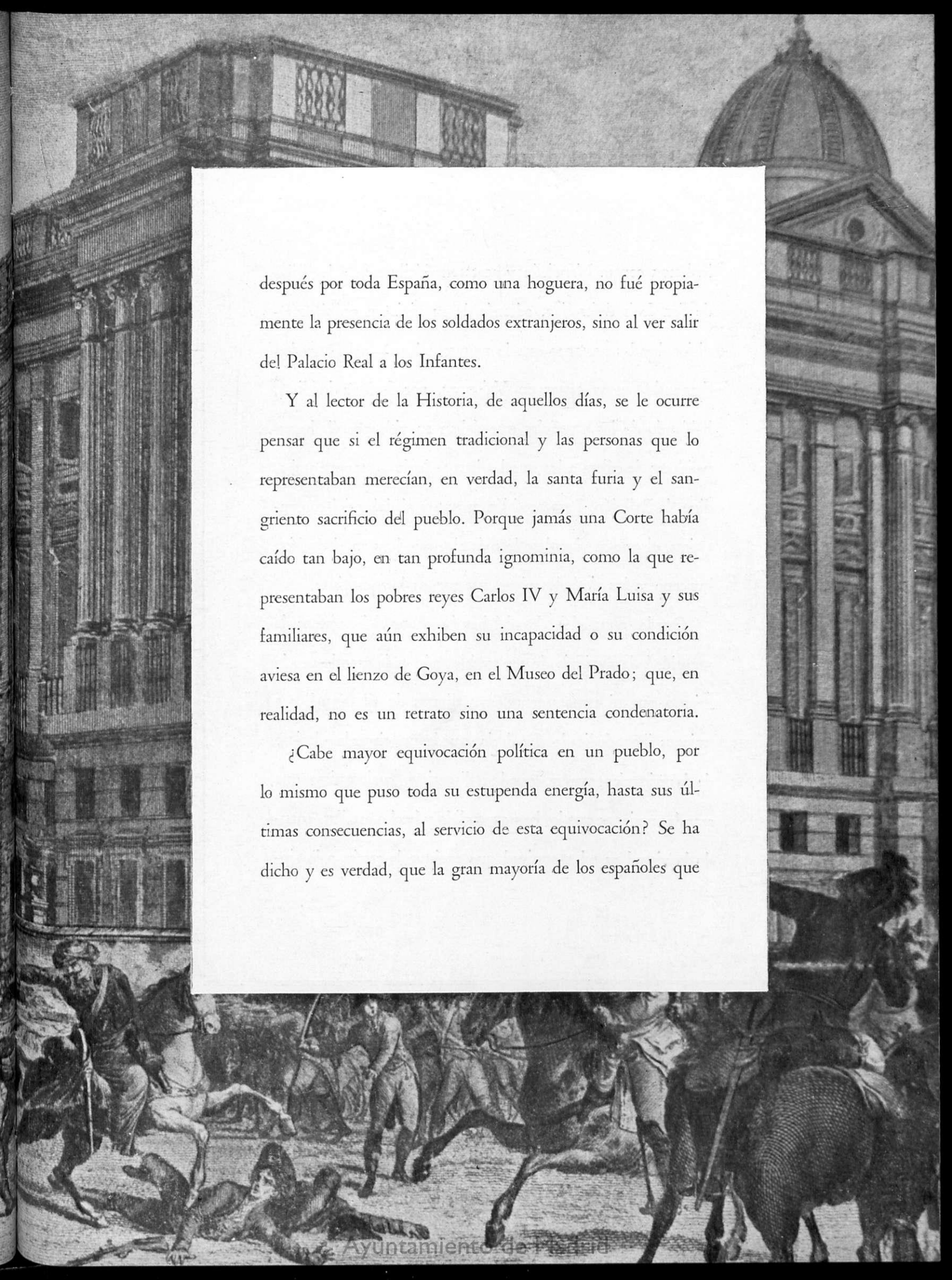
En efecto, quince años después del alzamiento, es decir, cuando prácticamente seguía actuando la misma generación

de españoles en la vida pública, penetró en España un ejército francés sin encontrar la menor resistencia, y ocupó todo el país. Entre estos cien mil hijos de San Luis, que invadían la Península por segunda vez, habían muchos soldados veteranos que habían hollado nuestro suelo algunos años atrás a las órdenes de los mariscales de Napoleón. Se conservan confidencias de algunos de ellos, y acusan estupor. No podían creer lo que veían sus ojos. Los pueblos les recibían con júbilo triunfal. Su paso por España fué, salvo incidentes, un viaje de recreo a un maravilloso y pintoresco país.

¿A qué se debió el cambio? Sin duda, a motivos políticos. Los franceses, esta vez, apoyaban a algo intangible en el alma del pueblo. Pero ese símbolo sagrado no fué la tierra de los antepasados, lo inmutable, sino la Monarquía y más exactamente una dinastía, lo circunstancial. Lo que, el Dos de Mayo, sacó a los madrileños de sus casillas y se extendió



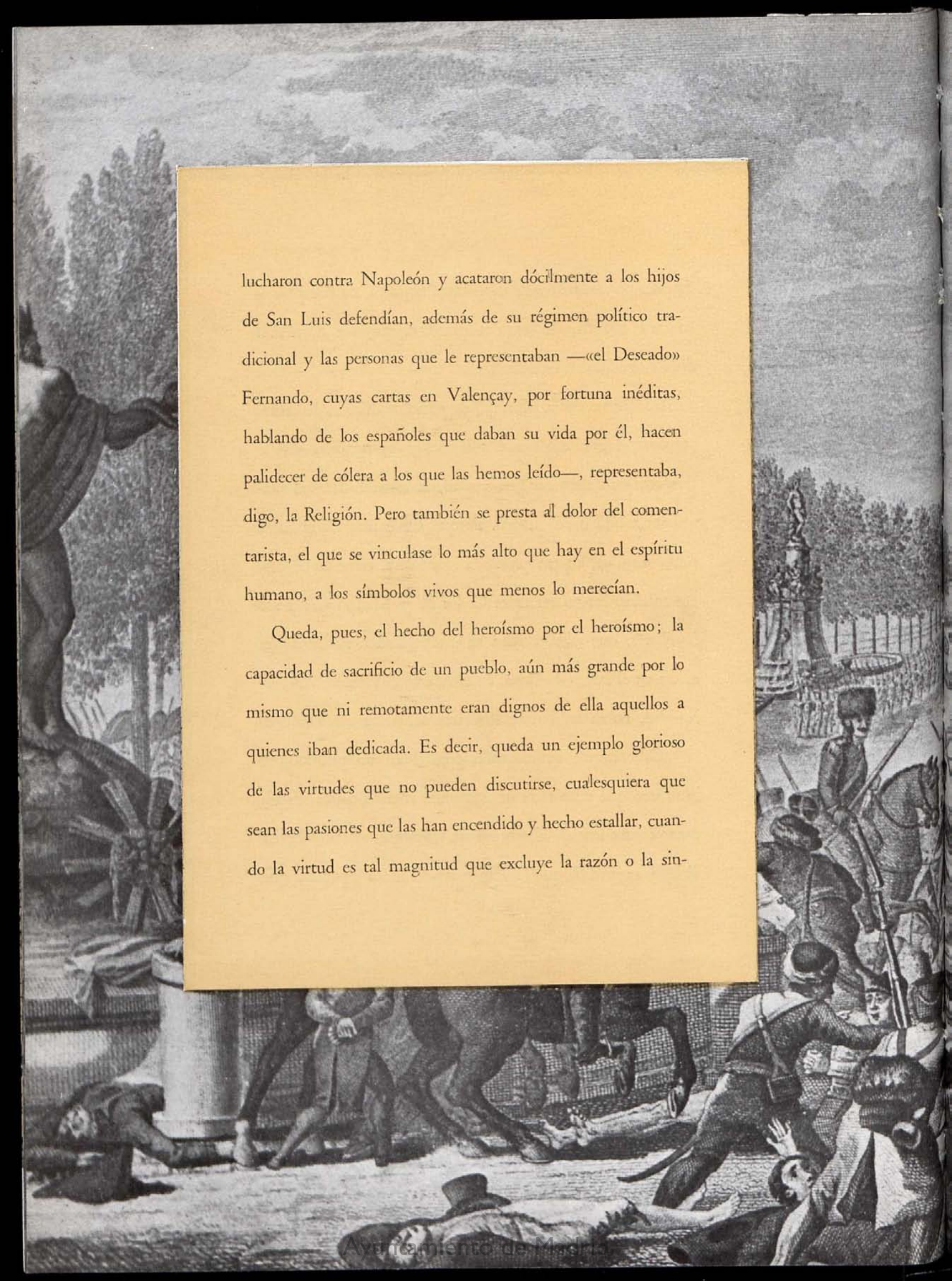
Avanzamiento de Madrid



después por toda España, como una hoguera, no fué propiamente la presencia de los soldados extranjeros, sino al ver salir del Palacio Real a los Infantes.

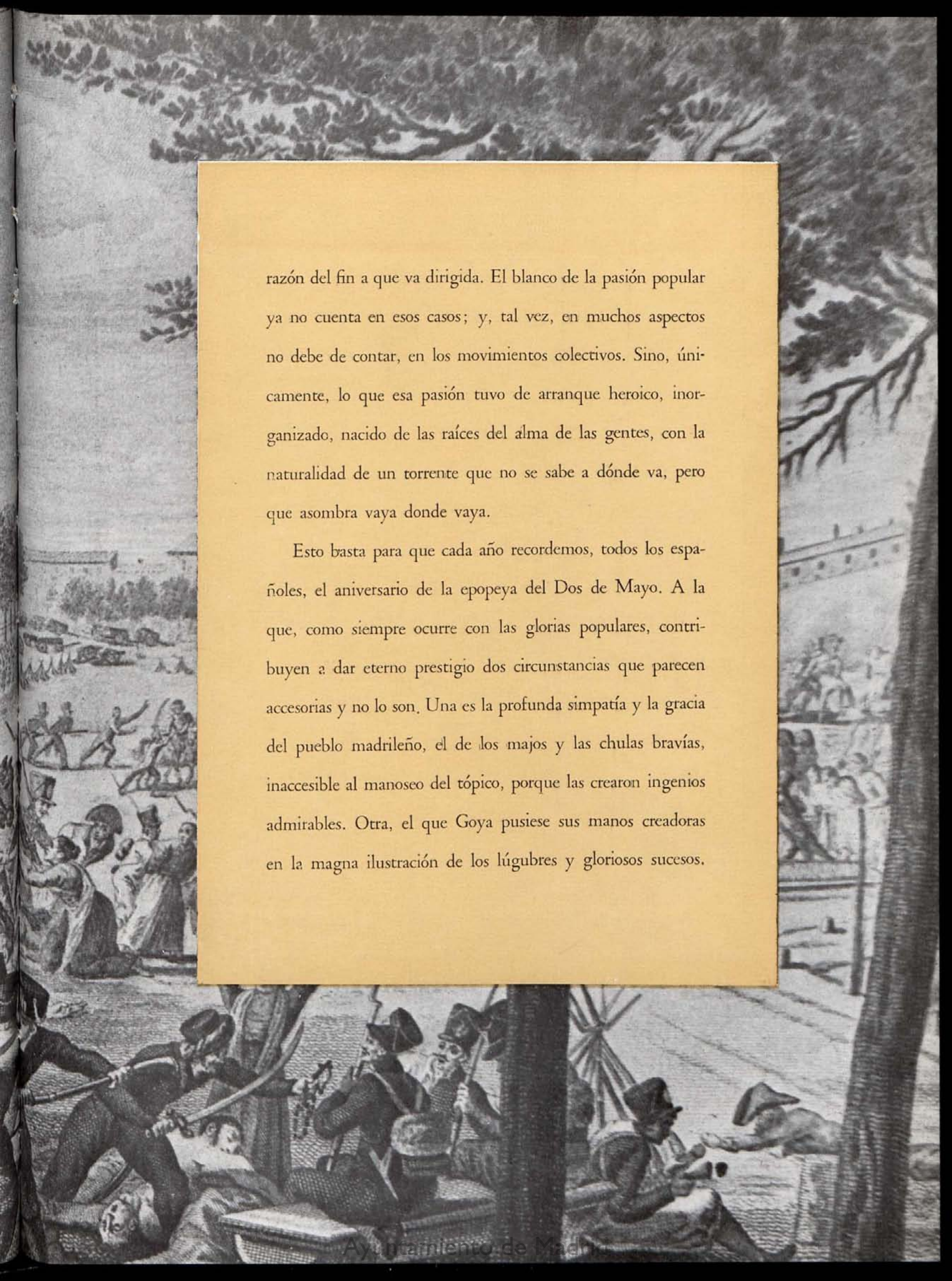
Y al lector de la Historia, de aquellos días, se le ocurre pensar que si el régimen tradicional y las personas que lo representaban merecían, en verdad, la santa furia y el sangriento sacrificio del pueblo. Porque jamás una Corte había caído tan bajo, en tan profunda ignominia, como la que representaban los pobres reyes Carlos IV y María Luisa y sus familiares, que aún exhiben su incapacidad o su condición aviesa en el lienzo de Goya, en el Museo del Prado; que, en realidad, no es un retrato sino una sentencia condenatoria.

¿Cabe mayor equivocación política en un pueblo, por lo mismo que puso toda su estupenda energía, hasta sus últimas consecuencias, al servicio de esta equivocación? Se ha dicho y es verdad, que la gran mayoría de los españoles que



lucharon contra Napoleón y acataron dócilmente a los hijos de San Luis defendían, además de su régimen político tradicional y las personas que le representaban —«el Deseado» Fernando, cuyas cartas en Valençay, por fortuna inéditas, hablando de los españoles que daban su vida por él, hacen palidecer de cólera a los que las hemos leído—, representaba, digo, la Religión. Pero también se presta al dolor del comentarista, el que se vinculase lo más alto que hay en el espíritu humano, a los símbolos vivos que menos lo merecían.

Queda, pues, el hecho del heroísmo por el heroísmo; la capacidad de sacrificio de un pueblo, aún más grande por lo mismo que ni remotamente eran dignos de ella aquellos a quienes iban dedicada. Es decir, queda un ejemplo glorioso de las virtudes que no pueden discutirse, cualesquiera que sean las pasiones que las han encendido y hecho estallar, cuando la virtud es tal magnitud que excluye la razón o la sin-



razón del fin a que va dirigida. El blanco de la pasión popular ya no cuenta en esos casos; y, tal vez, en muchos aspectos no debe de contar, en los movimientos colectivos. Sino, únicamente, lo que esa pasión tuvo de arranque heroico, inorganizado, nacido de las raíces del alma de las gentes, con la naturalidad de un torrente que no se sabe a dónde va, pero que asombra vaya donde vaya.

Esto basta para que cada año recordemos, todos los españoles, el aniversario de la epopeya del Dos de Mayo. A la que, como siempre ocurre con las glorias populares, contribuyen a dar eterno prestigio dos circunstancias que parecen accesorias y no lo son. Una es la profunda simpatía y la gracia del pueblo madrileño, el de los majos y las chulas bravías, inaccesible al manoseo del tópico, porque las crearon ingenios admirables. Otra, el que Goya pusiese sus manos creadoras en la magna ilustración de los lúgubres y gloriosos sucesos,

La Historia, que no es «lo que pasó», sino «lo que se cuenta que pasó», la crea, en definitiva, querámoslo o no, la razón que da su sentido profundo a los acontecimientos y que puede, sin duda, equivocarse, pero menos siempre que los impulsos de la multitud. He aquí por qué, entre paréntesis, mi héroe preferido en la guerra de la Independencia, no se llamó Malasaña ni Castaños, sino don Gaspar Melchor de Jovellanos.





De la serie Los desastres de la guerra. Francisco de Goya Lucientes.

L O P E R M A N E N T E

El 2 de mayo de 1808 queda atrás, como un hito glorioso de la historia, como un ejemplo de arrojo y valor, producido en un momento de la humanidad, con su ejemplo circunscrito a este momento. Después, la vida siguió y las razones de convivencia y relación entre los hombres y las naciones encontraron su curso. En el riesgo presente de la Europa de todos, el 2 de mayo permanece, sin embargo, intacto en el arte. Los apuntes de Goya, crueles y geniales, pueden ser contemplados por todos los ojos, sin distinción de nacionalidades, y la admiración que producen, independiente de la causa que los determinó, unen a todos los espíritus. Una vez más el arte —el Arte, con mayúscula, sin matices ni circunstancias— es el exponente más preclaro de la unidad de todos los pueblos de Occidente.

PRESENCIA INGLESA



EL descendiente del ilustre Duque de Wellington —el Duque de Hierro para la fantasía entusiasmada de la Europa de entonces— nos honra con el envío de estas líneas y de este artículo, personales las primeras, debido a uno de los más ilustres hispanistas ingleses el segundo. VILLA DE MADRID, al agradecer al ilustre prócer su presencia en esta conmemoración del 2 de mayo, reafirma una vez más los lazos de admiración y gratitud hacia aquella gran figura de Wellington, capitán y adalid de nuestra Independencia.

MENSAJE PARA "VILLA DE MADRID"

El título español que con orgullo ostento —Duque de Ciudad Rodrigo—, recuerda y simboliza una de las más gloriosas páginas de la Historia de España, cuando España y la Gran Bretaña, en íntima alianza, contribuyeron, en tan gran medida, al derrocamiento del más grande adalid del mundo moderno. A la guerra de la Independencia española, que retuvo a medio millón de soldados franceses en España, el propio Napoleón la llamaba "La úlcera española". Esta guerra hizo mucho más que liberar España del invasor. Inició la serie de acontecimientos que dieron libertad al mundo.

La Gran Bretaña y España son, las dos, defensoras de la civilización occidental. Al recordar los heroicos hechos de hace ciento cincuenta años, no cabe imaginar que puedan dejar de ser amigas.

Abril de 1958.

WELLINGTON

Duque de Ciudad Rodrigo

LA GRAN BRETAÑA EN EL DOS DE MAYO

POR SIR CHARLES PETRIE

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA HISTORIA

EN los tiempos que corren suele hablarse mucho de los momentos decisivos de la Historia, de acontecimientos que han transformado al mundo y de otras cosas por el estilo. Sin embargo, a menudo ocurre que, incluso en el mejor de los casos, la importancia de estos acontecimientos es discutible. Pero respecto a lo que no hay duda es que el Dos de Mayo fué uno de los más trascendentales acontecimientos de los tiempos modernos. Hasta entonces Napoleón había ido aumentando su poderío sin cesar, y, precisamente el año anterior, él y el Zar de Rusia habían acordado repartirse Europa en la famosa reunión de Tilsit. En ese día de mayo, el pueblo de Madrid asestó el primer golpe a las ambiciones del Emperador francés, golpe que fué el principio del fin,

aun cuando él, acaso de momento, no lo creyera, y hubieran de transcurrir seis años más para el fin definitivo. El empeño en querer sojuzgar a España fué lo que hizo profunda mella en los recursos de Napoleón, facilitando, a la larga, el restablecimiento de la libertad en las otras naciones de Europa.

En cuanto tuvo lugar el levantamiento, el pueblo español solicitó ayuda de Inglaterra, único país de Europa que aún se mantenía enhies-to frente al opresor, y esa solicitud no fué hecha en vano. Por aquel entonces, al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores británico se hallaba Jorge Canning, uno de los más brillantes ministros de Asuntos Exteriores que ha tenido Inglaterra y que, a los treinta y ocho años de edad, era relativamente joven, como

estadista. Canning había observado con creciente recelo el desarrollo de los planes de Napoleón contra España, y no fué tardo en darse él mismo cuenta, o en informar a sus colegas del Gobierno británico, acerca del daño que para los intereses británicos suponía la presencia de Napoleón en Madrid. Esto hizo que, ya de antemano, los patriotas del Dos de Mayo pudieran contar con el apoyo moral y la ayuda material de los británicos.

Aunque el levantamiento inicial de Madrid fuese ahogado en sangre, la noticia de lo sucedido en la capital se difundió por las provincias, y a lo ancho y largo de España los hombres se lanzaron a las armas. A

*Retrato de Wellington. Oleo.
Sir Thomas Lawrence.*



Ayuntamiento de Madrid



La batalla de La Coruña. *Acuarela de W. Heath.*

la vez, por doquier se formaron Juntas encargadas de organizar la resistencia contra el invasor. En junio llegaron a Inglaterra los representantes de la Junta de Asturias, y en el acto se pudo ver con qué entrañable afecto se les acogió, hasta tal punto que al poco tiempo se habían convertido en casi héroes nacionales de la Gran Bretaña. Jorge Canning los

agasajó con una recepción oficial en su residencia de Kensington, barrio situado entonces en las afueras de Londres, y los presentó a Sir Arthur Wellesley, futuro Duque de Wellington. Al igual que ahora, en aquella época la City de Londres era el centro financiero de la Gran Bretaña, y no había de dejarse superar en sus manifestaciones de cordiali-

dad para con los delegados de Asturias, así que en honor de éstos se celebró un banquete al que asistieron cuatrocientas personas, entre las que figuraban el propio ministro de Asuntos Exteriores y otros destacados miembros del Gobierno.

El mismo grado de entusiasmo se exteriorizó en el Parlamento, donde el Gobierno y la oposición pensaban



al unísono en cuanto atañía a prestar ayuda a los patriotas españoles. Cual hemos visto, Canning y sus colegas en seguida se dieron cuenta de la importancia que revestía lo sucedido en Madrid, y Canning dijo a la Cámara de los Comunes que «el Gobierno británico se sentía inclinado de todas veras a prestar toda la ayuda posible a una lucha tan magnáni-

me». Sheridan, el estadista y dramaturgo, no se mostró menos entusiasta al hablar en nombre de la oposición. «Hasta ahora, dijo, Bonaparte ha tenido que combatir contra príncipes sin dignidad y ministros sin sensatez. Ha luchado contra países en los cuales al pueblo no le inquietaba su éxito. Pero aún no sabe lo que es luchar contra un país en el cual el pueblo se siente unido por un fervor único para hacerle frente.»

La solidaridad británica con el levantamiento español, de ningún modo se limitaba exclusivamente a pronunciar discursos y a celebrar banquetes. El pueblo de Madrid se levantó contra Napoleón el 2 de mayo. El 15 de junio el ministro de Asuntos Exteriores británico anunciaba en la Cámara de los Comunes que la Gran Bretaña proporcionaría toda clase de ayudas a los patriotas españoles. Y el 12 de julio zarpaban para la Península Ibérica los primeros transportes británicos. Como se ve, se había actuado con rapidez, pese a lo difícil de las comunicaciones en aquellos tiempos.

Al mando de las fuerzas expedicionarias iba uno de los más hábiles generales británicos, Sir Arthur Wellesley, a quien habían sido presentados los delegados asturianos inmediatamente después de su llegada a Inglaterra. Al igual que Canning, el futuro Duque de Wellington era relativamente joven, juzgado por las normas de hoy día, para un puesto de tanta responsabilidad, pues sólo tenía treinta y nueve años. Pero ya se le había deparado ocasión de prestar intenso servicio activo en los Países Bajos, en la India y en Dinamarca. Era un general competente y activo en sumo grado, y no se exagera al decir que la clave de su éxito

en los seis años subsiguientes consistió en la íntima colaboración existente entre él y el pueblo español, colaboración que continuó hasta que los ejércitos de Napoleón habían sido finalmente rechazados hasta el otro lado de los Pirineos y los triunfadores se hallaban en la tierra de la propia Francia.

La fuerza bajo sus órdenes era muy reducida si se tiene en cuenta la tarea que se le había encomendado, o sea, la de cooperar con los españoles para arrojar al invasor de su patria. Estaba formada por nueve mil hombres, que se habían concentrado en Cork para otra expedición, juntamente con dos débiles brigadas que se le unieron en alta mar. Ha de advertirse que el Gobierno británico dejó a elección de Wellesley el que desembarcara en España o en Portugal, así que él se adelantó a su flota de transportes para poder decidir sobre el terreno lo que más convenía hacer. Desembarcó en La Coruña el 20 de julio, pero las autoridades locales le aseguraron que, no obstante el reciente desastre de Medina de Ríoseco, no les era menester su ayuda inmediata ni la de su ejército. Por tanto, decidió desembarcar en Portugal, pero antes de partir dió a la Junta gallega doscientas mil libras en moneda inglesa, y un abundante suministro de armas, como prueba de sus buenas intenciones.

Tal fué la respuesta de la Gran Bretaña a la petición de España. Mas también ha de mencionarse la labor de la Marina de Guerra británica. Ya desde los comienzos de la guerra los buques británicos, en una infinidad de lugares a lo largo de la extensa costa de España, ayudaban a los patriotas con armas, municiones y dinero.



Wellington en Waterl6o: grabado coloreado. 1816.

Esta ayuda no tenía nada de espectacular, pero ciertamente era eficaz. Y al amigo y al enemigo hacía ver que el poderío de Napoleón sólo llegaba hasta el borde del agua. A partir de aquel momento, España e Inglaterra fueron aliadas, y lo siguieron siendo frente a todos los obstáculos con que a veces tropezaba esa alianza, y a pesar de que en conseguir su objetivo habían de tardar mucho más tiempo del que la una y la otra se habían imaginado, influídas por el entusiasmo del verano de 1808.

Sin duda, de estos acontecimientos algo hay que aprender. Se ha dicho de la Historia que es la filosofía que enseña mediante ejemplos, y la cooperación angloespañola de hace ciento cincuenta años es un ejemplo

que bien merece ser estudiado hoy día. Una de las más peligrosas tendencias de esta época en que vivimos consiste, con demasiada frecuencia, en hacer resaltar los factores que escinden a la humanidad, a la par que se suele echar en olvido los factores que unen a los hombres. Esta tendencia se registra tanto en los asuntos internos como en las relaciones inter-

nacionales, y es evidente que ha hecho mucho daño y lo sigue haciendo. Tal es especialmente el caso en cuanto a España y la Gran Bretaña, y el mal no es tan reciente como a veces se cree. Y la verdad es que si la civilización occidental ha de sobreponerse a los peligros que la amenazan, desde dentro y desde fuera, está claro que las dos naciones deben concentrar su atención en lo que es común a ambas, y sobre esta base edificar para el futuro.

El recuerdo de esos heroicos días de hace ciento cincuenta años, cuando unidas luchaban contra el agresor, debiera servirles de estímulo para rendir juntas nuevos servicios a la civilización occidental, a la cual, en el transcurso de los siglos, la una y la otra han hecho tan magníficas aportaciones.



VERSOS DEL DOS DE MAYO



DOS DE MAYO

*T*ODA la vida cabe entre dos hojas,
entre un 2 y un 3 de mayo.
La vida, el heroísmo, la ilusión,
la libertad y la muerte.
Mas, ¿no es la muerte libertad suprema?
¿No es ilusión el heroísmo?

No quiero ver el 2 de mayo
ni con ojos de Goya o su criado
ni con la telescópica retórica
de los poetas del Rey Deseado.
Sino visión directa y espectral,
ultravisión más allá de la Puerta
abierta
del Sol.

Sin colorines majos, mamelucos,
sin oleosos epítetos
ni gritos roncós de herida venganza.
Visión del alma calibrada al alma
—inmensa—
de la madre Madrid de libertad.

Gracias a ti, Madrid de todos,
castiza no, sí abierta,
universal por española,
gracias a ti, España tuvo centro,
centro de gravedad,
centro de floración,
centro de libertad,
centro de majestad.

De abajo arriba irrumpe el tallo humano
y estalla en flor total de rebeldía.
Y las acacias que ese día florecían,
salpicadas de sangre sus melenas,
sacuden delirantes sus cadenas.

Y el 3 de mayo luego,
la salida a la vida por la muerte,
semilla de martirio en los derrumbos.

Y allá en Muriedas, paz de mi horizonte,
un pino redondea
su oreada sombra al blasón de Velarde.
Verdor perenne, historia que es niñez.

G E R A R D O D I E G O

DOS DE MAYO EN EL PASEO DEL PRADO

MAGNOLIOS que hoy brilláis, fuentes del Prado,
Apolo, donde el agua sucesiva
hace hermosa a la piedra y la cautiva
en cárceles de luz, yo os he pensado



en otra soledad y otro cuidado,
en otro instante en que la entraña viva
de Madrid era sangre fugitiva
y aquí extendió su río acongojado.



¿Cómo serías, mayo de heroísmo,
mayo cortado en flor sobre ti mismo,
trenzando con heridas los laureles?



Mayo del Prado, triste cual ninguno:
delfines asombrados de Neptuno,
espigas abatidas de Cibeles.

JOSÉ GARCÍA NIETO

DOS DE MAYO DE 1808

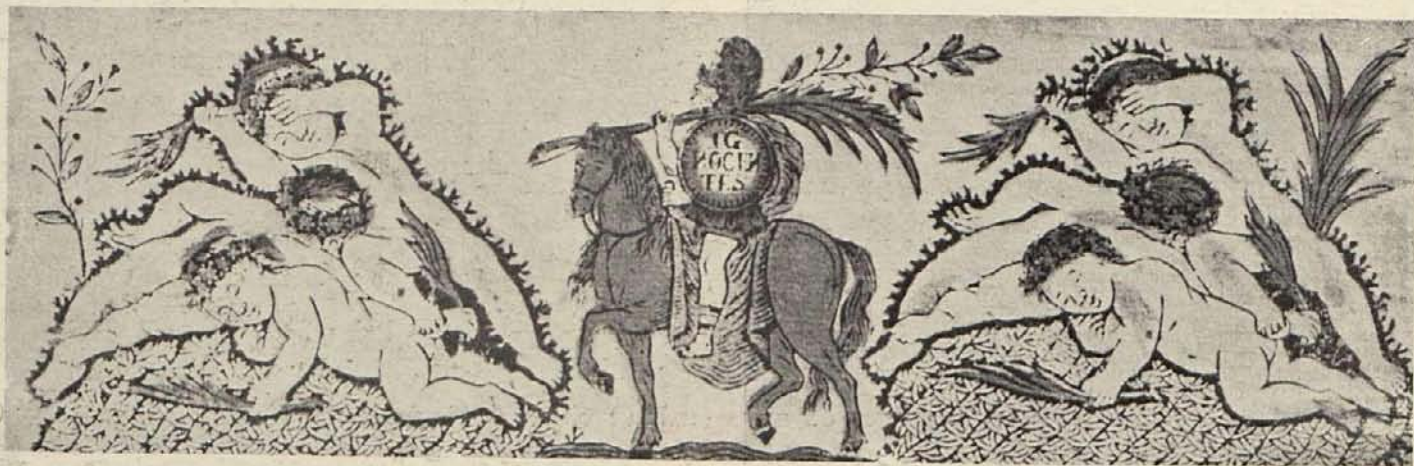
*D*OS de Mayo. Madrid. La primavera
empieza a insinuar --tiernos blasones--
sus mágicas y eternas floraciones,
su dicha vegetal limpia y cimera.

¡Esperanza! ¡Ilusión! La enredadera
se despereza verde en los balcones
y, como atropellados corazones,
rojos claveles de la clavelera.

Mas otra primavera más hermosa
Madrid a España heroica le ofrecía
en la tibia mañana luminosa.

Con sangre la regaba que vertía,
y hasta la tosca piedra rigurosa
con sangre madrileña florecía.

R A F A E L M O R A L E S



TRES HEROES



PO

POMBO ANGUL

PAVILYVEARS

Defensa del Parque de Monteleón. Oleo. Castellanos. Ayuntamiento de Madrid.

UN arco los cubre en el mismo lugar donde los cubrió la gloria. La escultura de Solá, que caminó desde el Retiro hasta las tierras del Parque de Monteleón, muestra solamente a Daoiz y Velarde, unidos para el combate y la muerte, un poco clásicos, un poco fríos. El arrebató de la gesta gloriosa del 2 de mayo le va mal a las clámides simuladas, a las espadas cortas, como de gladiadores. Y, sobre todo, falta Ruiz, Jacinto Ruiz, el teniente Ruiz, que parece que se ha ido a otro lado, a la plaza del Rey, para adelantarse a los franceses y frenar allí sus ímpetus y poner más avanzada la bandera de España.

No obstante, la realidad es así, o así se nos aparece, en esta vuelta y revuelta al 2 de mayo, cuando conmemoramos el CL aniversario de la fecha en que Madrid, intuitivamente, por puro sentimiento, se acerca, con amor, al concepto de la patria. Así como Daoiz y Velarde están unidos casi

desde un principio, miembros ambos de la conspiración, leales a una resistencia apenas insinuada, Ruiz es el personaje legendario, que asoma y desaparece, y cuyas últimas acciones incluso se pierden envueltas en una niebla romántica. Ruiz es el africano, el Escipión de una gesta que dura horas, el último que resiste en pie, cuando todo en torno suyo siembra la desolación y muerte, y al que buscan las balas tenazmente, como si quisieran vengar algo.

Por eso, quizá, este monumento sencillo y mentido del parque de Monteleón nos impresione tanto. Las noches prestan un especial valor a sus perfiles, y se hace más blanco entonces, como una aparición. Y por las calles, y en la plaza provinciana y quieta, se acercan Manuela Malasaña y Clara del Rey para esperar a la otra, aquella María Beano, que no llegó al Parque, y a la que Velarde visitaba con un antiguo respeto que tiene aires de leyenda.

DAOIZ es la reflexión, el hombre tranquilo, el fuego oculto. Pequeño, calmo, tiene esa energía del muelle dispuesto a di-





D A O I Z

pararse en el momento oportuno. Su historia es la del hombre que camina un sendero largo, del que conoce la meta. Militar destacado,

combate a los ingleses y se convence de que los franceses no tienen razón. Cuando se estudia su vida vemos que llega a todas las conclusiones refle-

xivamente, dando tiempo al tiempo y pausa al afán. Quizá en Cádiz sintiera flotar sobre él la sombra de Nelson, cuando las fragatas dispa-



Muerte de Daoiz. Bajorrelieve. Museo Municipal.

rabán sus andanadas y las banderas se batían en la brisa marinera. El *Powerful* era alto y poderoso. Daoiz, en la proa de su lancha, tenía algo de David pequeño, de David de mármol, como aquel que Miguel Angel quiso, voluntariamente, hacer doncel.

A lo largo de toda su existencia sorprende esta tranquilidad, esta seguridad de un hombre predestinado para morir en el arrebato del heroísmo, para abrazarse a la muerte con una pasión que en él, asombrosamente, no excluye la serenidad. En el 2 de mayo se produce la coincidencia, asombrosa y estremecedora, de que sus tres héroes principales saben que van a morir. Por militares, no les cabe duda que el poderío francés

no puede ser derrotado por unos cañones mínimos, que disparan sin reservas, por unos soldados de improvisación, que se batían con navajas, que carecen de futuro. La actitud de Daoiz en el Parque de Monteleón alcanza mayores dimensiones por esto; porque él sabe que sólo queda ya morir. Velarde le insiste, el pueblo grita su fervor en las mismas puertas. El, reflexivamente, opta por lo irreflexivo. Su carrera y su vida están del otro lado de la moneda, del lado de la mala suerte, del lado de lo que no puede ganar.

No puede ganar... en ese momento. El héroe —dijo Byron— es un hombre del más allá. Toda la acción perdida del 2 de mayo pertenece al más allá; a un más allá le-

jano, muy lejano, que quizá la patria no haya encontrado aún. Lo que inspira la epopeya plasmará, sin embargo, algún día, en una realidad que sólo puede ser la realidad de España. ¿Pensó Daoiz esto en los momentos decisivos, en los largos y breves momentos que fueron de su mando oficial a su capitán guerrillero? Si no lo pensó, ¿lo intuyó acaso? En el espíritu de los hombres se deslizan vidas en breves instantes. Daoiz repasó su vida entera en los breves instantes en que supo que por su propia voluntad iba a morir.

Era navarro y noble; nació en Sevilla. Sus restos reposan en Madrid, bajo un obelisco que lleva el nombre de la Lealtad.

3.^{er} Regimiento. Real Cuerpo de Artillería. Departamento de Andalucía.

D.^{no} Luis Daoiz Cap.^{to} 1.^o de la 2.^a Comp.^a de Inf.^a de la 3.^a B.^a de Paq.^a de D.^{no} 1.^o Reg.^{to}

Sus servicios, y circunstancias las que abaxo se expresan, y ha justificado con Patentes, Certificaciones, y otros Documentos.

Empezó á servir.			Los Empleos que tuvo.	Los ha servido.		
Días.	Meses.	Años.		Años.	Meses.	Días.
13.	Febrero	1782.	De caballero cadete en el Colegio de Segovia.	1.	10.	25
9.	Enero	1787	De Subt. ^e de D. ^{no} P. ^o Cuerpo.	5.	1.	8
5.	Oct. ^{bre}	1791.	Obtuvo Grado de Ten. ^e de Inf. ^a			
18.	Febrero	1792.	De Ten. ^e de D. ^{no} P. ^o Cuerpo.	8.	0.	11
14.	Marzo	1800.	De Cap. ^{to} 1. ^o del mismo.	2.	1.	3
7.	Julio	1802.	De Cap. ^{to} 1. ^o de 3. ^{er} Reg. ^{to}	2.	1.	23.
Total hasta fin de Agosto de 1804.				22.	6.	13

Exercitos y Cuerpos donde ha servido.

En la de Castilla la Vieja, Andalucía, Africa, y Cataluña siempre en D.^{no} P.^o Cuerpo.

Funciones en que justifica haberse hallado.

En la defensa de la Plaza de Ceuta en el año de 1790 en la de Orán el de 1791 en donde estuvo agregado á la Comp.^a de Minadores sin faltar al servicio que le correspondió en las batallas. En el Exercito de Cataluña contra la Francia desde el 23 de Mayo de 1794, tubo el mando de quatro piezas la noche del 16 al 17 de Sept.^e en q.^{ue} se abanzo la linea, tubo á su cargo la Batalla

llamada Ataguadora de la Ciudadela: En 25 de Noviem. fue he-
 cho Prisionero en cuyo estado permaneció hasta la Paz. En 10 de
 Junio de 97 fue embarcado en la Esquadra del oceano, en 11 de
 Julio del mismo se compo el mando de una Zaratana caño-
 nera con hornillo de bala Vija llamada en defensa del bloqueo
 de Cadiz, se halló en el glorioso ataque de Lanchas contra el
 Navio Ingles el Poderoso, y animamente embarcado en el
 Navio S. M. Josefino, ha hecho dos viajes Pondo al continen-
 te e Ylas de America, todo durante la Atima Guerra
 contra la Inglaterra.

Lo ha justificado.

Jph Careres

Luis Davila

INFORMES.

Condicion... buena

Valor... acreditado

Capacidad... conocida

Aplicacion... grande

Teórica... ha estudiado Mathema-
ticas

Práctica... la tiene

Inteligencia

En Tropa

} la regular

Disposicion Personal... regular

Salud... buena

Calidad... Noble x sangre

Edad... 34 años

Patria... Sevilla

Estado... Soltero.

Es á propósito p.^a campaña y p.^a
 qualquier comision científica

Considero a neglado los

trámites del conort y

acuerdo de tal aparente

para todas las comisiones

el cicapo si campaña y flardat

cuine grande, tiene actividad y actitud

para quanto se le encargue.

Vicente Maria
 de Navarrosa

Ante Salazar



Muerte de Velarde. *Bajorrelieve. Museo Municipal*

VELARDE

En la tierra encantada de Santillana, donde las piedras se enojan de siglos y la Colegiata da norma románica a las siete villas, se alza la casa de los Velarde. Es una casa noble, como el linaje; tiene la entera melancolía de las neblinas montañosas, cuando el sur se enreda entre las olas y, por la playa de los locos, canta la canción de los náufragos que no volvieron de la mar.

Velarde nació en Muriedas, donde su escudo hace clave sobre el portalón de la casona; pero es Santillana la villa de los Velarde, de la familia antigua, que va dejando, como una huella, sus armas por la piedra. El

agua, y el viento, y el sol del verano, y las nubes que se enganchan en los picos que nombra Europa, forman el complejo, exaltado, pasional, carácter montañés. Como el vasco es tranquilo y el gallego dulce, el montañés es fantástico, aventurero, arrojado, el montañés es un poco dado al viento, un poco aventado, y por eso navega tan bien. Velarde no se niega a estas tendencias del terruño, a este rendido servicio a un modo de ser que va desde la umbría de los hayales hasta la soledad de las arenas. Frente a la serenidad de Daoiz, Velarde es la pasión, el galope, el querer llegar. Es, también,

la nobleza ingenua, el pecho abierto a la confianza. En la heroica tremolina del 2 de mayo, Velarde se confía a todos, desde su coronel a su ministro; se confía a Daoiz, se confía al pueblo y se confía a sí mismo. El no quiere a los franceses y lo proclama a los cuatro vientos. Cuando Murat intenta atraerle, casi ni acude a las invitaciones. Su mano se va a la pluma, en la cita sin carta del 2 de mayo, y escribe: «hay que morir, vamos a batirnos, vamos a morir».

El destino de la muerte une a los tres héroes. También Velarde, pese a su exaltación, a su fantasía, a su divina impaciencia, sabe que nada se puede lograr frente al mejor ejército de Europa. Pero en este mozo



*Estatua de Velarde
en Santander*



*Jacinto Ruiz. Gra-
bado. Museo Muni-
cipal*

de vitales arrestos, en este corazón que se revienta en el gozo del amor y el patriotismo, se produce también la vital adivinanza de que el morir es el único medio de conseguir vida perdurable. En sus últimos momentos, mutilado y sin esperanza, sus ojos se abrían, sin embargo, a la más bella esperanza de la tierra;

aquella que muestra una patria que alcanza por fin la plenitud de su felicidad.

Junto al mar, en Santander, se alza su estatua. Permitirme la pequeña vanidad de decir que la plaza que la centra se llamó, hasta la llegada de la República, la plazuela de Pombo.

R U I Z

¿De dónde le viene a Ruiz el misterio?

Quiérase o no se quiera, Jacinto Ruiz de Mendoza es el misterioso, el hombre que va y viene, el único que envuelve su incógnito en la leyenda. ¿Cabalgó o no cabalgó hasta Móstoles, para encender la proclama de Andrés Torrejón? ¿Se fué o no al Africa, en huída, o quedó en Tru-

jillo, la ciudad de los conquistadores?

Ruiz surge de pronto, aunque su historia fuera conocida; realmente nace el 2 de mayo, el día de la muerte. Llega con Goicoechea para prestar ayuda a Pedro Velarde. Y se la presta de verdad, le abre las puertas del Parque y es el último en caer, moreno, enfebrecido, rojo de san-

gre, pero todavía en pie. Se ha producido la lucha; Juan Malasaña se ha llevado en brazos a su hija; Clara del Rey ha visto morir sus cinco amores, como las cinco llagas de una pasión. El pueblo, de la juventud a la ancianidad, es herida, río rojo, lamento o grito. El 2 de mayo alza su ejemplo y su epopeya sobre unos cadáveres, que parecen más pequeños así, de bruces en la tierra. Jacinto Ruiz no se rinde. Hay algo desmelenado, tremendo de fuerza antigua, de mito y epopeya, en este hombre que no quiere ceder, ni siquiera al tiempo. Este hombre que no se concede el descanso de la muerte, que se prolonga en su agonía, porque, para su modo de entender la lucha, morir es darle menos plazo a la derrota. Quizá Ruiz, en aquella desesperada prolongación del combate, sintiera el valor del ejemplo; quizá cayese sobre él la responsabilidad de que, a lo largo

Real Cuerpo de Artillería.

Departamento de Segovia.

Don Pedro Velarde Santizán Capitan 2.º,.....

Sus servicios y circunstancias, las que abaxo se expresan, y ha justificado con Patentes, Certificaciones y otros Instrumentos.

Empezó á servir.			Los empleos que tuvo.	Los ha servido.		
Días.	Meses.	Años.		Años.	Meses.	Días.
en 16.	Desub.	1733.	Cadete en la Compañía del Colegio de Segovia.	4.	3.	11.
27.	Enao.	1734.	Brigadier de la expresada Compañía.	1.	11.	14.
11.	Enao.	1739.	Subteniente, en el 5.º y 3.º Batallón.	3.	6.	1.
12.	Julio.	1802.	Teniente del 4.º Regimiento.	1.	8.	23.
6.	Abad.	1804.	Capitan 2.º del 5.º Regimiento.	2.	8.	24.
1.º	Agosto.	1804.	Profesor de la Academia de Cadete, hasta fin de Julio de 1806.	2.	11.	1.
1.º	Agosto.	1806.	Secretario de la Junta Superior.	1.	4.	1.
Total hasta fin de Diciembre de 1806.				13.	2.	14.

Exércitos y Cuerpos donde ha servido.

En el Ejército de Castilla la Vieja; en el Acantonado en Badajoz, en la de Extremadura y Castilla, contra Portugal, en 1805, y en el del Reyno de Galicia.

Siempre en el mismo Cuerpo.

Funciones en que justifica haberse hallado.

Lo ha justificado
Ante el Excmo. Sr.
D. Juan de Elgueta

Pedro Velarde

En 2 de Mayo de 1808 murió en Madrid gloriosamente
defendiendo la libertad al Rey y la Patria.

INFORMES.

Conducta Buena	* Disposicion personal buena
Valor no experimentado	* Salud buena
Capacidad la tiene	* Calidad ha sido con. cad. te
Aplicacion Dem. de	* Edad 27 años 12. mes 10 dias.
Teórica ha explic. matem.	* Patria Valle de Camargo, Dep. de Santander
Práctica alguna	* Estado Soltero
Inteligencia en Tropa Dem.	* Es apropiado tiene las

mejores disposiciones y desconfianza
comisiones del cuerpo.

Miguel Pavallon

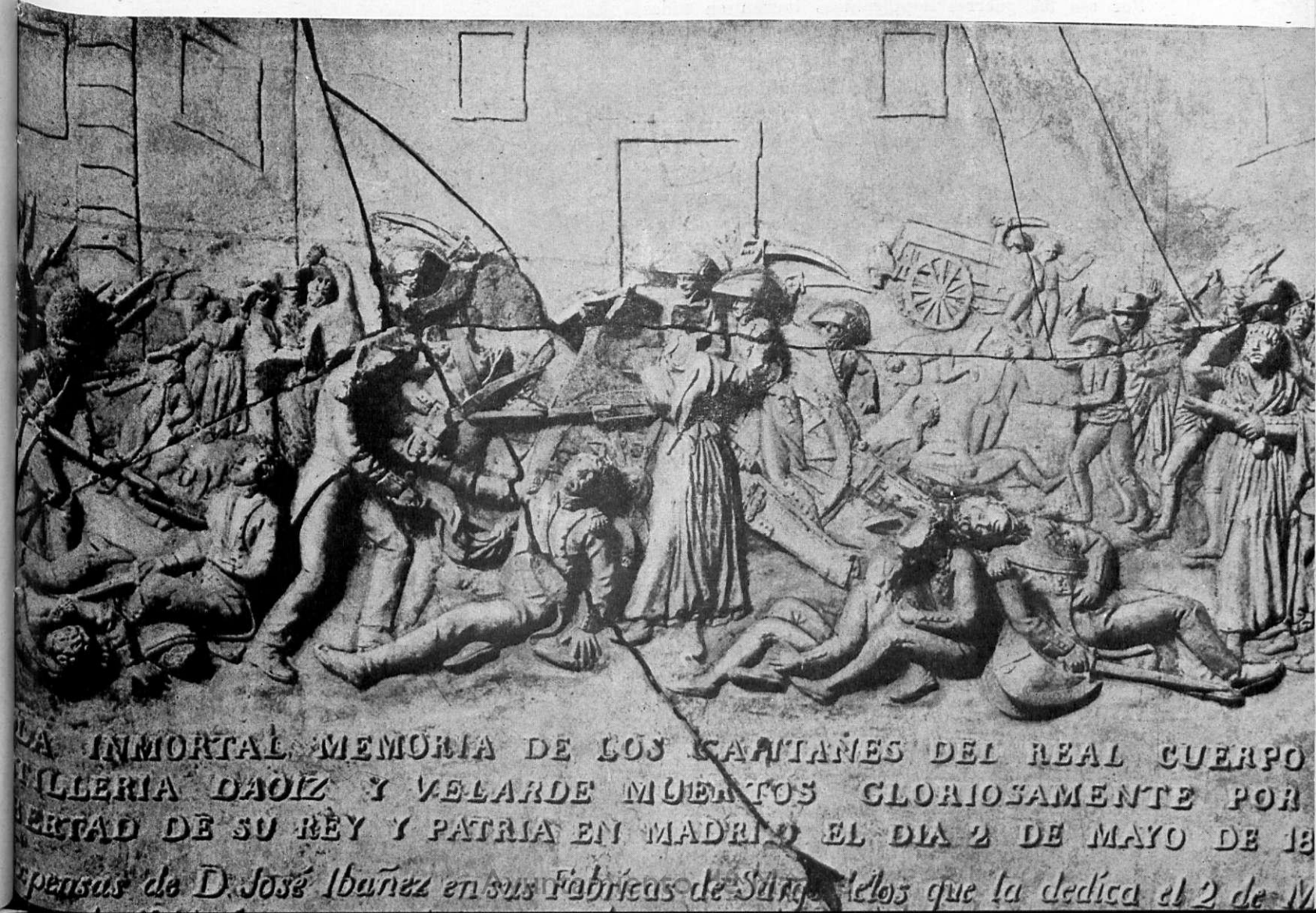
de los siglos, otros ojos, jóvenes y en trance, habrían de volverse hacia su figura, para inspirarse en su conducta. Por eso cuando cae, cesa la lucha. Porque con Ruiz —el último de los tres héroes— el ejemplo está ya consumado.

Se le llevaron de oculto y dándole por cadáver; agonizó en su escondite. Después dicen que huyó, a punta de caballo, llevando la rebelión en el galope. La Independencia nace así, al compás de los cascos de este centauro, clavado por cien heridas,

que lleva la muerte por compañera en la silla.

No importa que su muerte se prolongue; él murió al tiempo de Daoiz y Velarde. Nació en Ceuta, un mes de agosto. En el Africa a la que Cisneros volvió su última mirada.

Cerámica de Sargadelos, conmemorativa de la defensa en el Parque de Monteleón. Museo Arqueológico. Madrid.



DOS DE MAYO

LAS guerras napoleónicas fueron —cerrando un capítulo histórico abierto en Westfalia— las últimas guerras absolutamente «nacionales».

Un nacionalismo exacerbado e imperialista movía el empuje napoleónico. Pero ese empuje iba creando a su paso una pluralidad de «nacionalismos» de reacción y defensa. Hubo sucesivamente ante Napoleón un nacionalismo austríaco, uno inglés, uno ruso. Europa pleiteaba y disputaba desde el radical sujeto histórico y la primaria unidad de su organismo y de su vida: la «nación». A ella se le atribuían apasionadamente las virulencias de honor, libertad, orgullo, y ofensa que un día le atribuyeron a otros sujetos históricos de dimensión más reducida que pleiteaban entre sí: reyes, señores, grandes capitanes.

Por eso las guerras napoleónicas fueron en todas partes semilla de una floración de poesía patriótica y popular, que aplicaba a lo nacional el mismo ímpetu que la vieja poesía de amor, de devoción o de dolor aplicaba a la intimidad individual.

Pero hoy estamos a mucha distancia de aquel elemental y casi mitológico planteamiento nacionalista de la realidad histórica. Aquella especie de tumultuoso «zoo» europeo —camorra de león ibero, águila austriaca, gallo francés y leopardo británico— ha cedido el puesto a una dura gravitación de entidades mucho más voluminosas y difusas. En las dos últimas guerras han jugado las calificaciones de «europeas», de «mundiales». Se ha hablado de «aliados», de «continentes», de tropas «coloniales». En la última —todavía más—, grandes frentes ideológicos han complicado el mapa físico, y en muchos países la guerra exterior se ha doblado en guerra civil; y ha habido «colaboracionistas» y «resistentes», gobiernos en el exilio y «quislings».

Esto ha puesto de relieve, de pronto, la insuficiencia y elementalidad del planteamiento «nacionalista» de las tensiones profundas, históricas y humanas.

Nadie debe por eso renunciar al elemental esquema «castizo» de un Dos de Mayo: con sus majos, con sus fusilamientos de la Moncloa, con Malasaña y su hija, con Daoiz y Velarde y Ruiz, con su poco de Goya y su poco de Bernardo López García. Pero hay que educar la inteligencia en una disciplinada superación de los puros esquemas populares que se montan en torno de





CANTADO Y PENSADO

POR JOSE M.^a PEMAN

esos valores elementales —tan indispensables como insuficientes— que se llaman «independencia» o «libertad». El restablecimiento de los mínimos vitales es siempre glorioso, nunca definitivo. Afirmar el «ser». Pero «ser» es un verbo que requiere un complemento: hay que «ser algo». Y un Dos de Mayo puede ser glorioso reconquistando el «ser» y quedarse a medio camino si no acierta en el «algo» que se deberá ser.

La evocación de Viriato o Numancia es insuficiente si su defensa del «ser ibérico» se supone como un radical repudio de Roma. Lo de Padilla y los Comuneros lo es también si su levantamiento en torno al «ser castizo de Castilla» se supone desahucio de la idea imperial de Carlos V.

No puede mirarse el «Dos de Mayo» pensando que las décimas sonoras de López García cierran todo su contenido. Decir «independencia» es decir «vida». Pero decir «vida» no es cerrar nada; es abrir un problema. Vivir..., ¿para qué? Aquel mayo glorioso está cercado de una serie de tensiones sobrenacionalistas que anticipaban ya las futuras corrientes ideológicas que habían de doblar las venideras guerras exteriores en guerras civiles. «Guerra y revolución de España» llamó el Conde de Toreno a aquellos años, abarcando sus dos vertientes. A la retaguardia del frente castizo y patriótico había Cortes y constituciones afrancesadas, y Moratines y Meléndez Valdés. Había una revolución de entendimiento con la Modernidad pugnando por acoplarse con el ser de España. Esto no se resuelve con una décima rotunda donde consuenen el «cañón», la «aflicción» y el «pendón». Esto necesita renglones, y renglones de cuidado análisis.

Los poetas y los pintores están para eso: para ponerse resueltamente al lado de la gloria primaria del esfuerzo ciego. Pero los historiadores y los filósofos están para no perpetuar en inextinguible cicatriz —hurgada por décimas puntiagudas y pinceles goyescos— el desgarrón de la hora; para meter también en síntesis la parte de razón de esa vena «europea» —más que afrancesada— que va por Feijóo, Meléndez, Moratín.

Porque el mundo se ensancha. Los sujetos históricos actuantes crecen de volumen. Y en un futuro dos de mayo se pueden encontrar juntos, codo a codo, Daoiz, Velarde, Wellington y Murat.



MURAT

REY

Para España, Murat es el verdugo del 2 de Mayo de 1808, y en la posteridad su figura aparece destacándose del siniestro resplandor que, en el cuadro de Goya, ilumina los fusilamientos de la Moncloa. Tuvo el trágico destino que fatalmente debe cumplir el general de un ejército de ocupación que ve alzarse a su paso el sentimiento nacional de un pueblo e intenta ahogarlo en sangre.

Pero la personalidad de Murat no se resume en este terrible episodio y, por ello, vale la pena de evocar uno de los destinos más extraordinarios que conoció la época revolucionaria e imperial. Podría decirse —si se

tiene en cuenta el punto de partida— que su carrera fué más brillante que la del pequeño oficial corso, de familia noble, que llegaría a ser emperador de los franceses. El origen de Joaquín Murat es, en efecto, más humilde, y ningún acontecimiento parecía indicar que saldría de la oscuridad de su cuna.

Era hijo de un posadero de La Bastide (en el departamento actual de Lot), y su padre le había destinado al Sacerdocio. Joaquín prefirió la carrera de las armas y se alistó, como simple soldado, en el Ejército real. Pero hasta la Revolución no surge su primer éxito, al ser incorporado a la Guardia constitucional que la

PRESENCIA FRANCESA GRAN DUQUE DE BERG, DE NAPOLES

POR MARCELIN DEFOURNEAUX

AGREGADO DE INFORMACION DE LA EMBAJADA DE FRANCIA EN ESPAÑA

EL tiempo —como bien indica nuestro Alcalde— da serenidad y dimensiones exactas a las figuras y a los hechos. Por ello, en esta conmemoración del 2 de Mayo, es de destacar y agradecer la presencia de Francia, a través de uno de sus más preclaros intelectuales, el profesor De Fournaux, que, con el presente artículo, honra las páginas de VILLA DE MADRID, y pone de relieve, una vez más, los lazos de amistad que hoy unen a ambos países.

Asamblea Constituyente había formado para el rey Luis XVI; cuando este cuerpo fué disuelto, en 1792, Murat fué destinado, con el grado de alférez, a un regimiento de cazadores. Los jóvenes oficiales de talento ascendían rápidamente en esta época, favorecidos por la emigración aristocrática, que había privado al Ejército de una gran parte de sus mandos. En 1795, Murat era jefe de un escuadrón, y desempeñó un papel decisivo en la represión de la conspiración realista del 13 de vendimiario (5 de noviembre) del indicado año, dirigida contra el gobierno de la Convención, al que el General Bonaparte había sido encargado de combatir.

Las hábiles disposiciones y la rapidez de acción de Murat, al mando de trescientos soldados de caballería, impidieron a los realistas apoderarse de un parque de artillería, cuya posesión hubiera cambiado, sin duda, la suerte de la jornada. Asociados en esta victoria común, Murat y Bonaparte quedaron ligados en adelante por una estrecha amistad, que se hizo más íntima durante el curso de los años siguientes por su colaboración en los campos de batalla. Bonaparte, como general en jefe del Ejército de Italia, en 1796, escogió a Murat como uno de sus ayudantes de campo; más tarde le llevó con él a Egipto y Murat se cubrió de gloria, en la segunda



Murat. Oleo, por Genard.
Museo Histórico. Versalles.

batalla de Aboukir, al aniquilar un Ejército turco que acababa de desembarcar sobre la costa del delta del Nilo.

Cuando Bonaparte considera llegado el momento de poner fin al gobierno anárquico del Directorio para establecer un poder fuerte, uno de los generales con quien cuenta es Murat. El papel de éste será decisivo en la jornada del 19 de brumario; son sus soldados los que prenden a los diputados reunidos en Saint Cloud, cuando se disponían a declarar a Bonaparte «fuera de la ley», acusándole de violar la Constitución. Una vez asegurado el éxito del golpe de Estado, Murat se convierte unos meses más tarde en el cuñado del primer cónsul, al casarse con la más joven de sus hermanas, Carolina, inteligente pero ambiciosa y autoritaria; «la cabeza de Cromwell sobre el cuerpo de una bella mujer» —dijo de ella Talleyrand—. La influencia que ejerció sobre su marido fue grande y, a veces, no tuvo signo

Murat es, ante todo, un magnífico soldado, un incomparable conductor de hombres. Como general en jefe de la caballería desempeñó un papel importantísimo en todas las campañas napoleónicas e intervino en todas las grandes batallas —Ulm, Austerlitz, Jena—, lanzándose al combate en el momento decisivo, con la fuerza de todos sus escuadrones y persiguiendo los ejércitos vencidos hasta su completo aniquilamiento. Se ve rodeado de

TERCERA CARTA DEL PRINCIPE MURAT A LA JUNTA
DE GOBIERNO EL 2 DE MAYO DE 1808

Monsieur mon Cousin et Messieurs les Membres de la
Junta, l'Empereur m'ordonne de vous faire connaître
qu'il faut que vous eniez d'autres des Couriers à l'usage
de Cavallos, et que vous devez correspondre avec Charles IV
La Majesté a ordonné que tous les couriers qui partiraient
de Bayonne seraient dirigés à la Cour de Charles IV,
ne reconnaissant plus le Prince des Asturies que comme
Prince des Asturies, conformément à la notification
qui lui en a été faite le 29

Sur ce, messieurs mon Cousin et Messieurs les
Membres de la Junta, je prie Dieu qu'il vous ait
en sa sainte et digne garde

Joseph Murat

Madrid le 2 mai 1808

La batalla de
Aboukir. Oleo
por Gros



una gran popularidad ante sus tropas por su intrepidez y valor. Apasionado por los uniformes sobrecargados de oro y adornos, de condecoraciones y pedrería, galopaba al frente de sus escuadrones, el sable en la funda, sin tener en la mano más que un simple látigo. Es el «centauro de la epopeya imperial».

Pero este magnífico soldado no es un político y la represión del 3 de Mayo es la mejor prueba de ello. Napoleón le nombra, en 1806, Gran Duque de Berg. En 1808 espera recibir la corona de España que Carlos IV ha cedido «a su gran amigo Napoleón». Pero es José, el hermano primogénito del Empera-

dor, el que resulta investido, y Murat deberá contentarse con reemplazarle en el trono de Nápoles. Su prestigio personal y sus cualidades militares le proporcionan, a partir de estos éxitos, cierta popularidad, a pesar de tener que reprimir, quizá con tanta energía como en España, algunas tentativas de rebelión contra su autoridad. En Nápoles dejó la carga de los asuntos públicos a los que habían sido consejeros de José Bonaparte, consagrando su atención primordialmente al ejército, cuya reorganización emprende a fin de poder suministrar eficaces refuerzos a las tropas napoleónicas. Las exigencias de la guerra le apartan de su reino, participa en la

campana de Rusia, en 1812, en la campana de Alemania, en 1813, y asiste a los primeros fracasos del «Gran Ejército».

Ante la inminencia del naufragio del poder imperial, y bajo la influencia de su mujer, Joaquín Murat tiene entonces la debilidad de traicionar la causa imperial con la esperanza de salvar la corona, y se une en 1814 a las potencias aliadas. Gracias a ello logra mantenerse en posesión de su reino durante la primera abdicación de Napoleón, pero, por parte de los aliados, esto no es más que una situación provisional. En 1815, Austria prepara un ejército para arrojarle de Nápoles; Murat, que no lo ig-

nora, vuelve entonces al lado de Napoleón, que acaba de desembarcar de la isla de Elba para intentar reconquistar el poder, y con el fin de arrastrar a su causa a los patriotas italianos, hostiles a la dominación austríaca que ha sucedido a la de Francia, se titula jefe de una fu-

tura confederación italiana, que había de realizar la unidad de la Península.

La derrota de Waterlloo pone fin a este sueño: expulsado de su reino por las tropas austríacas, Murat intenta realizar por su parte un «retorno de la isla de Elba», para

reconquistar sus estados. Traicionado, hecho prisionero, el hombre del 2 de mayo de 1808 cae a su vez —valerosamente, igual que cuando vencía— bajo las balas de un pelotón de ejecución enemigo el día 13 de octubre del año 1815.



Murat. Oleo de Gros.

EL DOS
DE
MAYO
MADRILEÑO
DE
1808



POR EL GENERAL DIAZ DE VILLEGAS

SIN duda alguna Napoleón había planeado fría y minuciosamente la guerra de España. Como era habitual en él, todo había sido previsto. Si las cosas no le salieron precisamente según sus deseos, la explicación la encontraremos luego. Los biógrafos del Gran Corso nos pintan a éste, en efecto, como un ser de excepción: «Era más que un hombre.» Su espíritu de análisis y de síntesis parecen asombrosos. El mismo lo explicaba. «Trabajo siempre, medito mucho.» Y aún añadía: «No es el genio el que me dicta lo que debo de hacer. Es la reflexión. La meditación.» J. Colin, el ilustre historiador francés, en su luminosa obra «La educación militar de Napoleón», nos explica, en efecto, la sólida preparación de Bonaparte. Ha estudiado medicina en Guibert, Du Teil, Feuquieres y Lloyd; geografía e historia militar a través de Laveaux, y reflexionado ante las campañas de Condé y Turena; conoce el pasado de los pueblos de Europa y aun de los árabes. La escuela de Artillería de Auxonne le ha impuesto en matemáticas. Ha meditado mucho leyendo, desde luego, a Maquiavelo y Montesquieu y conoce con precisión los clásicos: Plutarco, Platón, Cicerón, Tito Livio y Tácito, entre otros.

Su espíritu analítico le había impuesto sobre la situación política española. Napoleón necesitaba una España dócil y fuerte a la vez para secundar sus planes de dominación, sobre todo en su lucha contra Inglaterra. Al comenzar el siglo XIX el cuadro que presentaba interiormente nuestra Patria no podía ser más triste. La decadencia interna alcanzaba su máximo. Nuestro país sufría las consecuencias de un largo desgobierno y de una serie de luchas desdichadas. La hacienda aparecía ruinosa. El presupuesto nacional no excedía de los 80 millones reales de vellón, y aunque nadie era capaz de cifrar nuestro comercio a la sazón, lo más probable es que no alcanzara siquiera la mitad de esta suma. Apenas si se había iniciado la construcción de carreteras; el ambiente general era frívolo en demasía y la Corrupción daba, para colmo, constante motivo de escándalo. En este cuadro que pintaran los más ilustres comentaristas de la época, de Jovellanos a Menéndez Pelayo, este último añadiría a su vez que España había pasado un siglo, cuando la guerra de la Independencia llegó, «de miseria y rebajamiento moral, de despotismo administrativo sin grandeza ni gloria, de impiedad ve-

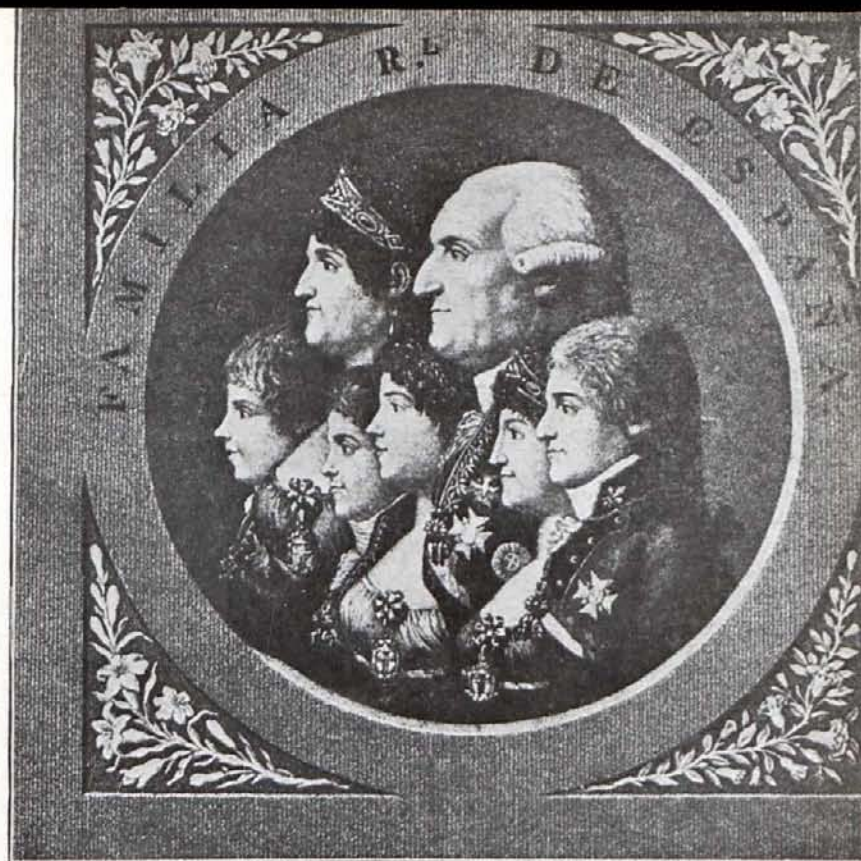
gonzante, de paces desastrosas, de guerra en provecho de niños de la familia real o de codiciosos vecinos nuestros». Añadamos a esta ojeada penosa sobre la situación general; que el Ejército ni era numeroso, ni estaba bien organizado, ni disponía del material preciso.

Fríamente, sobre estos datos exactos, Napoleón fraguó, sin duda, bien la trama. Para evitar cualquier reacción, que pensando tranquilamente no parecía probable, ni siquiera posible, la Familia Real fué llevada a Bayona. Carlos IV, su hijo Fernando VII y su mujer María Luisa, así como el Príncipe de la Paz, el intrigante y todopoderoso Godoy, han sido juzgados con dureza por la historia. Goya dejó de todos ellos a través del colorido realista e implacable de sus pinceles mágicos, en famoso retrato, su propio testimonio justificativo del aserto. Napoleón tuvo juicios también de tremenda repulsa para estos mismos personajes. En Bayona abdicó Carlos IV. Pasado el tiempo se requirió todavía la presencia, en Francia, del Infante don Francisco de Paula y hasta de la Reina viuda de Etruria. He aquí lo que significó la gota de agua desbordante. El domingo primero de mayo de 1808, Madrid y España entera ardían de pasión. El lunes siguiente, glorioso día 2, debía saltar la chispa que encendiera la lucha sin cuartel. Al grito ¡«A las armas, que se llevan el Infante»!, surge el levantamiento. Murat hace ametrallar el pueblo madrileño. Comienza a correr la sangre. El Alcalde de Móstoles, Andrés Torrejón, lanza la declaración formal de guerra: «La Patria está en peligro. Madrid perece víctima de la perfidia francesa. ¡Españoles, acudid a salvarla!» Asturias se ha lanzado a la lucha, con Santander, Galicia, León, Segovia, Logroño, Aragón, Andalucía, Murcia, Valencia y seguidamente Cataluña y Navarra, ocupadas estas últimas por numerosas tropas francesas. Al fin toda España está en pie.

¡La guerra ha comenzado!

A la vista objetiva de los acontecimientos todo resultaba ventajoso para el Emperador. España y Portugal estaban ya invadidas completamente por sus tropas. No existía acá poder real. Las autoridades tenían orden de dejar hacer y dar facilidades sencillamente al invasor. En el espacio entre Madrid-Toledo había 50.000 ó 60.000 soldados elegidos de la «Grande Armée», con mandos muy selectos. Entre dicha zona y los Pirineos, guardando el camino a Francia, al menos otros 30.000 ó 40.000 más.

Concretando, la situación en Madrid era la siguiente: En la capital tenía su Cuartel General Murat, cuñado de Napoleón, que dispone de los «Guardias de Corps», entre ellos los mamelucos autores de los fusilamientos de que dejara testimonio Goya; marinos y fusileros y caballería de lanceros; el II Cuerpo de



Familia de Carlos IV. Grabado de la época

Ejército de la Girona, acantonaba en el triángulo Aranjuez-Toledo-Madrid, a las órdenes de Dupont y el de Observación de las costas del Océano, en el determinado por el mismo Madrid, El Escorial y la sierra. El general Grouchy era el gobernador militar, francés, de la capital. Era ésta a la sazón una ciudad pequeña encuadrada entre el Retiro, la Puerta de San Vicente y el Parque, que sería pronto glorioso, de Montealeón. La I División francesa se estacionaba entre El Pardo y la Casa de Campo; la II, entre Fuencarral y Fuente de la Reina; la III, ocupaba el Convento de San Bernardino; la IV, se situó en las antiguas huertas de Leganitos; la V, en Carabanchel y la caballería y la artillería en el Retiro. Frente a tan poderosas tropas los españoles sólo podían oponer unos 9.500 hombres, de ellos 300 marinos y fuerzas auxiliares; 4.200 de la Guardia de Corps; 3.158, de Infantería; 1.716, de Caballería; 20 de Artillería y otros tantos de Ingenieros y Administración. Pero los mandos militares tenían orden terminante de no actuar.

Los sucesos del Palacio Real aludidos constituyeron el preludio súbito y general del Alzamiento. Este se propagó instantáneamente por toda la ciudad. Pueblo y soldados, en estrecha unión, se batían poco después en todos sitios. La epopeya tuvo, sin embargo, en la Corte, expresión singular, por su heroísmo y su trascendencia, en el Parque de Artillería. Ocupaba éste un lugar periférico del barrio de Maravillas, situado entre la Puerta de los Pozos de Nieve (actual Glorieta de Bilbao); las calles Ancha de San Bernardo y de Fuencarral; la Ronda (ahora «boulevard» de Carran-



Napoleón Bonaparte. Grabado de la época.

za) y, en fin, las calles de San José, Palma Alta y Baja, etc. El Parque se había instalado en el viejo palacio de los Duques de Monteleón e incluía, asimismo, la iglesia de las Salesas Nuevas, sita sobre la calle Ancha, frente a la iglesia de Montserrat. Todo el recinto del establecimiento estaba delimitado por un simple tapial de adobe sin ninguna fortificación. El material que se guardaba en aquél, ni era mucho, ni en su mayor parte estaba además en servicio. Pero era natural que el pueblo, que pedía armas, acudiera allí para buscarlas. Los franceses —que al estallar el alzamiento tocan «general» y concentran sus fuerzas de Madrid y los cantones— se ponen rápidamente en movimiento para acudir desde éstos a sofocar la rebelión. Velarde trabaja, en su servicio técnico, en unas oficinas del Estado Mayor situadas en la calle de San Bernardo, frente a lo que luego habría de ser Universidad Central. Escucha el tumulto. En el acto, movido como por un resorte, se levanta de su asiento y dice a su jefe: «Mi Coronel, es preciso morir; vamos a batirnos con los fran-

ceses.» Velarde era sobre todo hombre de acción. Se lanza a la calle seguido de sus subordinados y de muchos paisanos; marcha al Parque vecino, se avista con Daoiz, reflexivo, pero ardiente, y reducen y aprisionan ambos la compañía francesa que monta allí la guardia. Ruiz secunda con entusiasmo el gesto heroico y con él Rovira, otro infante glorioso, así como muchos más oficiales de las dos armas. Tras de ellos la tropa escasa que se encuentra en el Parque y una legión de paisanos decididos y valientes. Entre éstos, Malasaña, el chispero famoso que continuaría la resistencia, perdido el Parque, en una casa de la calle de San Andrés, hasta perecer en ella, juntamente con su mujer y su hija. No tardan, naturalmente, las tropas francesas, muy superiores en número, en poner cerco a Monteleón. Uno tras otro lanzan contra el Parque tres fortísimos asaltos. El general Lefranc, rabioso, desencadena otro al fin luego de recibir un refuerzo importante. Después de resistir dos horas y media de combate feroz y desigual, la resistencia se extingue materialmente. Daoiz y Velarde han muerto en la empresa. Más de la mitad de los defensores han caído en la prueba. Ruiz fué herido gravísimamente. La victoria de Monteleón va a ser la primera victoria pírrica de Napoleón en España. El alcalde del barrio de Maravillas cuenta que, por sí mismo, levantó más de 800 cadáveres franceses en aquellos combates. Murat, en su parte oficial al Emperador, habla incluso de 2.000 muertos propios.

El Gran Duque de Berg reacciona implacable. Pero la represión resulta inútil. «*Todo lo que se ha hecho aquí el dos de mayo es odioso. No se ha guardado ninguna de las consideraciones debidas a este pueblo*», escribía terminante y acusador el Rey Intruso a su hermano poco tiempo después.

* * *

Pero ya era entonces demasiado tarde para rectificar. Napoleón mismo quizá no logró darse cuenta de momento del error inicial en su plan de dominación de España. El, que tan calculador era; que con tanta precisión y frialdad elaboraba, sobre los mapas, sus planes, no pareció, en efecto, advertir su yerro ante esta primera reacción de Madrid y de España, aunque él mismo se envaneciera alguna vez, sin embargo, al afirmar que «*toda operación debe de constituir un sistema*» y que jamás dejaba nada al azar, porque como él mismo dijera «*allí donde juega el azar, no pueden salir bien las cosas*».

El grave error de Napoleón, en Madrid y en España, en efecto, no fué militar —ni podía serlo—, ni táctico, ni estratégico —¡sí fué el genio de la guerra de todos los tiempos!—, ni siquiera político —que también fué Bonaparte sagaz y clarividente hombre de Estado—, ni en modo alguno tampoco material. El

error de Napoleón, la equivocación fatal que le llevara al destierro como luego veremos, fué, sobre todo, de tipo psicológico. ¡El error más fatal e irreparable, en consecuencia, en el que en la guerra puede incurrirse!

La victoria, lo reconocía él mismo más tarde, la dan siempre, en definitiva, *«los imponderables»*. El llamaba a estos factores sencillamente moral. La moral de que hablara un día luego y que constituye por sí misma las tres cuartas partes en las cosas de guerra. El milagro que hace que *unas veces un hombre valga como diez y, en cambio, otras diez no rinda lo que uno*, como dijera De Maistre.

* * *

Pero digamos también que para Napoleón la moral venía dada siempre por el Jefe. Un Ejército no es nada, venía a decir; el que lo es todo es el Mando. Afirmación exacta sin duda muchas veces, pero que no excluye el valor de la moral colectiva; el valor, en fin, indomable de la masa, aun sin jefes, aun sin organizar, incluso sin medios. La lección del Parque de

Monteleón debería ser a este efecto demasiado sorprendente e instructiva para el Emperador. Pero ¿lo fué realmente? Pues de momento, no. He aquí por qué en el modesto, pero glorioso Parque de Artillería madrileño, defendido sin desmayo, eso sí, por unos hombres dignos de la epopeya, se inició el camino de las desventuras bonapartistas. En Madrid, junto a esa puerta de la actual plaza del Dos de Mayo, que conservamos orgullosos, cual reliquia que es, como una lección imperecedera del patriotismo y del honor, estuvo el hito inicial de la desventura del hasta entonces General Invicto. Los jalones del desplome del Imperio comenzarían en seguida a sucederse.

¡España! Tras del 2 de mayo vendría inmediatamente el arrollador ejemplo de las fuerzas de *«los imponderables»*. La expresión clara de toda la trascendencia del valor moral. Los sitios gloriosos: Zaragoza —en donde Palafox rechaza una propuesta de «paz y capitulación» al grito de «Guerra a cuchillo»—; Girona —en donde Alvarez de Castro contesta así a un oficial que le pregunta el lugar de retirada, en cierta misión que aquél le confía: «¿La retirada?». «¡Al cementerio!»—; Badajoz, con Menacho, muerto en la

La carga de Monteleón. Oleo de la época





defensa; Ciudad Rodrigo; las batallas campales adversas: Tudela, Espinosa, Burgos, Somosierra, Ocaña, respondidas por este pueblo indómito con el grito de «No importa»; son también las batallas victoriosas de Bailén, Talavera, Arapiles, Vitoria, San Marcial —«la batalla que no ha encontrado aún su Homero», como se ha dicho—; es el tesón de un Blake, que improvisa ejército tras ejército, en cada adversidad; es la proeza de La Romana, que viene con sus tropas desde Dinamarca a combatir a los franceses en la Península; es el «Ejército Invisible», en fin, desconcertante y terrible, que siembra el pavor en el enemigo.

Desde la revelación del genio napoleónico en las jornadas del sitio de Tolón, la carrera militar y, por ende, política del Gran Corso, fué rápida y fulgurante. Italia, primero, con las maravillosas hazañas de las batallas de Piamonte; Egipto, contemplando a través de los cuarenta siglos de sus pirámides los triunfos de sus terribles «cuadros»; y, en fin, ya en la ruta de las más trascendentales fechas del siglo: 1805, por ejemplo, es la victoria fulgurante bajo el sol de Austerlitz, la batalla de los Tres Emperadores, ganada a los austríacos y a los rusos; 1806, es el aplastamiento de Prusia, en Auerstaedt y Jena; 1807, el éxito frente al Zar de la inmensa Rusia, en «la carnicería» de Eylau y en Friedland. Napoleón es el rayo por todo. Sus métodos desconciertan al adversario. Le obligan a veces a batirse de espalda a su frente de marcha; como en la «batalla de frente invertido» de Ulm; otras le sumerge bajo el infierno del fuego, como en Wágran, «la batalla de los cañones»; a veces, rompe el frente contrario, otras le envuelve y aprisiona... España es algo más que un freno en esta marcha. El 2 de mayo, apunta sagaz uno de los más brillantes historiadores galos de la Guerra de la Independencia española, Balagny, puso en trance inmediato de debilitación al «Grande Armée», la herramienta infalible y mágica de los éxitos del Emperador. Aquí, a la Península, hubieron de venir precipitadamente lo mejor de sus tropas y los mejores, también, de sus generales: Massena, el mariscal al que mimara siempre la victoria; Ney, intrépido y activo; Soult, el maniobrero; Marmont, Suchet, Murat, el soldado audaz a quien el Emperador añorara en Waterloo. La guerra de España fué algo más que un mal augurio para Napoleón. Esta «guerra implacable», «de importancia capital», puede leerse en los libros de texto de los Liceos franceses —Malet e Isaac— «fué la causa primordial de la ruina de Napoleón».

* * *

*Fragmento del estudio para La defensa del
Parque de Monteleón. Castellanos. Museo
Municipal. Madrid*

Monsieur mon Frere, le choix de M.^r le Duc de Brissac que
 Votre Majesté m'envoie comme Ambassadeur extraordinaire, ne peut que
 m'être agréable, puisqu'Elle l'a jugé digne de sa confiance. Je recevrai
 avec plaisir par son organe les félicitations que Votre Majesté l'a chargée
 de me présenter sur le succès dont la Providence a béni mes armes dans
 une cause qui nous était commune, et sur la paix qui en a été la suite.
 Votre Majesté qui, dans cette occasion, s'est conduite en fidèle allié
 de ma Couronne, me secondera avec plus de zèle encore dans la circonstance
 présente, qui est pour Elle d'un intérêt plus particulier. Ce n'est que par
 des mesures bien concertées et fidèlement exécutées que le Portugal peut
 être ramené à un état de déférence qui nous donnera l'espoir de
 la paix maritime, et que Votre Majesté jugera plus conforme à ses vœux.
 J'ai donné une grande attention à tout ce qu'Elle m'écrit à cet égard.
 Mais Elle sentira facilement que ce n'est pas encore le moment d'agir.
 La question, et qu'il faut, avant tout, arracher le Portugal à
 l'influence de l'Angleterre et forcer cette dernière Puissance à désirer
 et à demander la paix. Surce, je prie Dieu, mon Frere,
 qu'il vous ait en faisant ce digne garde.

De Votre Majesté

Du Château de Rambouillet

Le 8 septembre 1807

Le bon Frere

Napoleon

Ep



La sublevación de Madrid, Grabado italiano de la época

La guerra de España, más incluso que la invasión de Rusia, conduciría al poderío napoleónico al ocaso; a la «Batalla de las Naciones», primero; a Waterloo, definitivamente, después; a Santa Elena, en fin. La guerra de España fué, sin duda, una lucha singular. Napoleón, ciertamente, no podía haberlo previsto. Nada más lejos del metodismo clásico de sus procedimientos que este volcán español. En rigor, alguien lo ha dicho con suma autoridad, no fué la de 1808 una guerra. Es, sobre todo, una explosión. El levantamiento del 2 de mayo fué como un frenesí. Es inútil que nos empeñemos en estudiar en nuestra epopeya ochocentista fundamentalmente estrategia o táctica, aunque no sean ciertamente despreciables sus lecciones. Lo que enseña nuestra guerra, sobre todo, es más que esto: es la importancia de la moral; de los valores espirituales; el poder de *«los imponderables»*; la omnipotencia de la fe, del patriotismo y del sacrificio. Napoleón no acertaba a explicarse todo aquello. Thiers ha relatado así todas sus vacilaciones, contradicciones

y desconciertos. La propia correspondencia militar del Emperador lo muestra claramente. Nuestro insigne Almirante —el más agudo tratadista militar del siglo último— lo ha dicho: *«Tronando siempre contra la ineptitud de su hermano José y de sus Tenientes; riñéndoles y satirizándoles, no se ve en su áspera y dislocada correspondencia un rayo de luz, un relámpago siquiera de su ingenio inagotable.»* Napoleón, que se había lanzado impremeditadamente a la conquista de España, en el supuesto, decía, de que los españoles éramos un pueblo vil como el árabe, comprendió su yerro en el destierro: *«Los españoles, escribe entonces, en Santa Elena, se han conducido como un solo hombre de honor.»* Jamás, comenta, encontró en ellos un solo traidor.

Como muchas veces en la guerra, los yerros que provocan las catástrofes no son políticos, ni siquiera militares. Son psicológicos. La Historia reitera todo cuanto tienen de fatales e irreparables estos errores. *«Las guerras utilizan las armas materiales; pero sus ver-*

daderos motores son las fuerzas psicológicas», ha podido escribir más tarde Gustavo Le Bon. He aquí la gran verdad.

* * *

La guerra, aunque extrañe el aserto, es con frecuencia elemento de fusión. Lo prueba la historia de todos los tiempos: de la antigüedad, de la Edad Media, de la Moderna, de la Contemporánea incluso. Ha hecho más, en efecto, por la fusión y comprensión y amistad de todos los occidentales, la guerra última, que todas las conferencias, congresos y organizaciones pacifistas mundiales que el mundo conoció, incluida la Sociedad de Naciones. El segundo genio militar del siglo XIX —el siglo de Napoleón— fué otro ilustre general, también francés; Bugeaud, el pacificador de Argelia, precisamente hace ahora poco más de un siglo. Pues bien, Bugeaud aprendió sus métodos de guerra ¡en la de España! Quiso soldados de Infantería como los que había visto en las campañas de Aragón y Cataluña. Lo explicó bien claro. Y cuando escribió a un amigo, que se interesaba por su propia biografía, Bugeaud contestó que: *«más que las batallas de Polonia —en donde el mariscal había sido herido— le interesaban sobre todo «les circonstances de l'Espagne».*

Y es que en la guerra se aprende a comprender y aún admirar al enemigo. No es fatalmente la guerra una escuela de odio. Es al revés, mucho más frecuente, una escuela de comprensión y de admiración hacia el rival caballeroso. Así lo entendió Bugeaud y, ya lo hemos visto, Napoleón mismo, al final de sus días, cuando en la lejana isla de su destierro nos enjuiciara mirando al mismo tiempo atrás a su pasado, lleno de dramatismo histórico y de hechos portentosos, en el ámbito de la geografía política europea de su tiempo, y hacia adelante, cara a Dios, pronto a rendirle cuentas.

Han pasado de aquel 2 de mayo madrileño de gloria y de sangre; de los «mamelucos» y de los «chisperos»; de las luchas entre soldados franceses y españoles, justamente ciento cincuenta años. Desde entonces la frontera natural del Pirineo ingente ha permanecido impenetrable para las armas y en paz. Desde entonces, también, los soldados de Francia y de España han luchado en algunas ocasiones, juntos, codo a codo, en cumplimiento de los mismos tratados y acuerdos que nos obligaban ante el mundo. Desde entonces, incluso, justo es confesarlo, no han andado siempre nuestras políticas tan entroncadas y paralelas. Y, sin embargo, pudieron y aún debieron haberlo estado. No cabe, naturalmente, en este lugar ni siquiera un examen resumido de estas circunstancias. También aquí importa más el futuro que el pretérito. Pero el recuerdo de la



efemérides gloriosa de nuestro comentario da pie a la esperanza. Un lapso de siglo y medio ha cambiado el mapa de la geografía y de los acontecimientos. Otros han heredado la ambición del Gran Corso. Otros, que



El Madrid del 2 de Mayo. Maqueta del Madrid de la época, en la que se ve, en primer término, el Parque de Montealeón y los cuarteles de Artillería. Lo que hoy es un poblado dédalo de calles y callejas, era, entonces, huertos y jardines. La maqueta figura en el Museo Municipal. Detrás de los cuarteles, se ve la calle que hoy lleva el nombre de Malasaña, por la que partió el patriota con su hija en brazos

ni siquiera son occidentales, ni encubren sus propósitos de dominación y de guerra precisamente con la bandera de la libertad. Europa cristiana y libre necesita ahora más que nunca de unión. A las coaliciones

sucesivas y ocasionales de antaño reemplaza hoy la precisión indispensable de una colaboración leal y en permanencia. ¡El peligro se cierne sobre todos! Apunta, rojo, en el Oriente...

GOYA y los

del DOS de MAYO

El Dos de Mayo de 1808 es una clave histórica de perenne arraigo en nuestra conciencia nacional.

Cifra y compendio de una gesta genuinamente española, con sus notas fundamentales de espontaneidad, improvisación, coraje temerario hasta el sacrificio, frenético amor a la independencia patria y alzamiento colectivo, en fin, asegurando con destellos imborrables su incorporación al ámbito de la Historia. Fecha, si bien se mira, de carácter local, pero de tan honda significación que alcanza contornos universales. Y es que por su misma motivación, esencialmente humana, más que un grito de rebeldía contra el invasor, supuso, desde los primeros momentos, un apremiante manifiesto de la dignidad nacional menoscabada, un rotundo ¡no! a la felonía como norma, al engaño como recurso y a la inoperancia como sistema. En tan señalada coyuntura, Madrid, el pueblo de Madrid —y no el populacho, como diría erróneamente Murat—, revalidó con máximo decoro su capitalidad, sin faltarle siquiera, por añadidura, la suprema aureola del martirio.

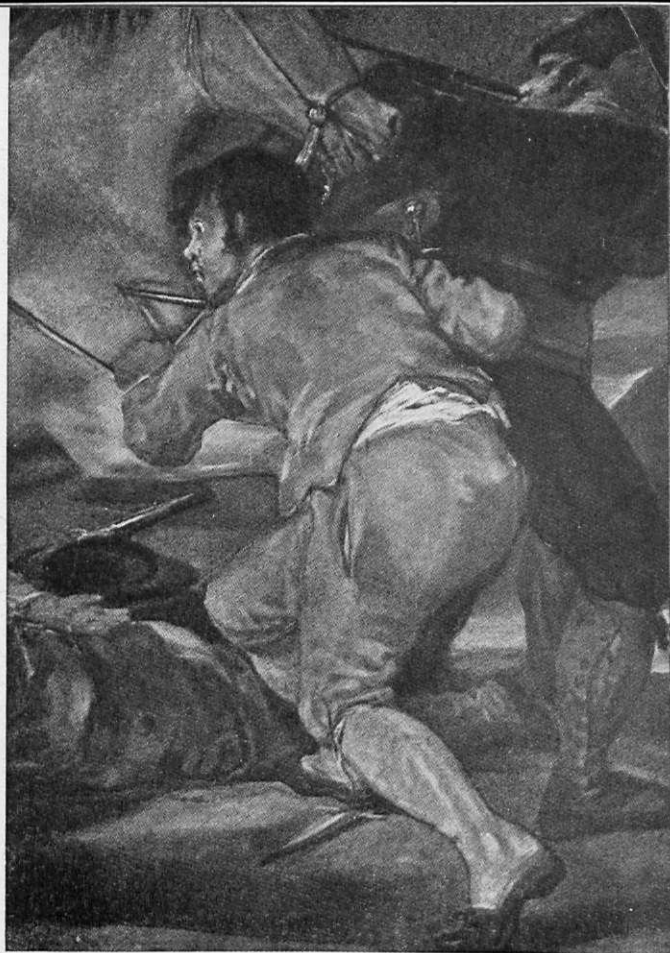
Que por su gigantesca significación para la Historia de España, el Dos de Mayo quedase reflejado en el Arte y especialmente en la Pintura, era, por supuesto, previsible. De siempre, lo heroico alentó la inspiración de los espíritus creadores. Mas lo extraordinario fué contar con uno de los mayores genios de todos los tiempos, capaz de transmitir a la posteridad los más vibrantes y apasionados testimonios de lo sucedido. De ahí que, por singular fortuna, el Dos de Mayo tuviera, con Goya, el pintor digno de su grandeza.

Claro es que al nombrar al artista recordamos dos cuadros suyos inolvidables que están en la mente de



Pintores

POR ENRIQUE PARDO CANALIS



Detalle de La carga de los mamelucos



Boceto de La carga de los mamelucos. Francisco Goya. Colección del Duque de Villahermosa. Madrid



Otro detalle del boceto anterior

todos y sobre los que volveremos en seguida, pero conviene recordar que la contribución de Goya al mismo tema, ha de ampliarse a otros dos cuadros representando, uno, el motín inicial ante Palacio y, otro, la defensa del Parque de Artillería. Parece ser que ambos, junto con los anteriores, se pintaron en 1814, aunque nada más se haya sabido de ellos hasta ahora. Tampoco han de olvidarse algunos aguafuertes de *Los desastres de la Guerra* —localizados en Madrid— y aún por extensión, diversas obras con referencias o alusiones a la contienda, si bien con alguna prudente salvedad, como la *Alegoría de la Villa de Madrid*, a cuenta de su historiado medallón.

Contemplando *La lucha con los mamelucos* se comprenden aquellas «ferocidades de color» de que hablaba Menéndez Pelayo a propósito de Goya. Ferocidad consistente, entendámoslo así, en la incontenible fuerza expresiva lograda por el pintor aragonés. De seguro que este cuadro ha hecho más por la fama póstuma del Dos de Mayo que muchos discursos, muchas páginas y charangas patrioterías con alardes de folklore. Tratándose de Goya resulta obvio subrayar que lo que más le importa es la impresión viva, entrañable, despierta en su recuerdo y en su espíritu, sin preocuparle precisiones topográficas que tanto han preocupado a algunos autores. La escena representada se viene situando tradicionalmente en la Puerta del Sol, llegándose a creer, incluso, que por vivir Goya en ella, habría visto personalmente la encarnizada lucha. En realidad, Goya habitaba por entonces la casa número 15 de la calle de Valverde y era su hijo, Javier, el que vivía en la antigua calle de la Zarza, contigua a la Puerta del Sol. Tal es

el resultado de una reciente investigación de Georges Demerson, quien añade, como suposición muy personal, que, dado el presunto afrancesamiento del pintor, constituyera el cuadro a que nos referimos un discreto recurso artístico para su purificación política llegada la hora de justificarse. Sin entrar en polémica sobre este punto y atendiendo a lo fundamental, creemos que el que Goya viera o no «in situ» la sangrienta pelea, no puede invalidar la intrínseca excelencia de esta obra soberana, cuya veracidad confirma esa desaforada presencia de los mamelucos, corroborada documentalmente por Pérez de Guzmán en su estudio, imprescindible, sobre el Dos de Mayo. En efecto; quizá de todas las fuerzas invasoras de la capital, fueron los mamelucos egipcios de la Guardia los que más excitaron la atención y la ira del pueblo. Su traza exótica, la ferocidad de sus semblantes y actitudes, su copioso armamento en el que destacaban los curvos alfanjes y los puñales cortos, sus turbantes musulmanes y la rapidez de sus movimientos, montados en veloces caballos, contribuyeron a ello. Hay un dato revelador del encono que suscitaron entre los madrileños: según cierto informe del Duque de Istria a Napoleón, de los 86 individuos que formaban la unidad, el 2 de mayo quedaron reducidos a cincuenta y siete.

Secuencia impresionante de la gloriosa fecha es la otra escena inmortalizada por Goya en el cuadro de

Fragmento de Los fusilamientos del 2 de Mayo. Francisco Goya. Museo del Prado. Madrid



Ayuntamiento de Madrid



Goya. Grabado de la serie Los desastres de la guerra. Biblioteca Nacional. Madrid.

Los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío. Insistiendo en lo anterior, que Goya contemplase o no el sacrificio de sus compatriotas —al margen de la versión recogida por Antonio de Trueba—, es algo que importa menos, mucho menos que la certidumbre de encontrarnos ante una obra maravillosamente excepcional, teniendo, a la vez, como documento histórico, un valor incuestionable. Recordemos, en este sentido, que, comenzadas las ejecuciones en la tarde del 2 de mayo en diferentes puntos de la capital —Retiro, Prado, Hospital del Buen Suceso, Casa de Campo y otros—, se prolongaron durante la noche. Consta con seguridad que un grupo de 43 víctimas —resultante de diezmar los detenidos en Chamartín, Puerta de Santa Bárbara y Convento de los gilitos— fué fusilado a las cuatro de la mañana en la montaña o cercado de la casa del Príncipe Pío. Tal es el momento representado en esta composición de palpitante dramatismo. Aquí —hemos señalado en otro lugar— la visión patética del pintor reflejada para siempre la cruel jornada del martirio patriótico. En ese grupo de la izquierda acumula Goya toda clamorosa protesta de un pueblo en santa rebeldía. La figura, por todos recordada, del encamisado que alza sus brazos al cielo es de una fuerza trágica sencillamente inexpresable. Igual podría decirse del fraile (?) acongojado, del paisano de frente acribillada que mide con sus manos aún cálidas la tierra en la que yace, del que abre sus ojos hasta lo imposible para

ver en los de sus verdugos la imagen de la perfidia, del que lleva, ateridos, sus dedos a la boca; del que se encorva junto al gigantesco farol, o de los que, aterrorizados, tapan sus rostros de dolor y de angustia. Un segundo más y el fogonazo de la descarga, al rasgar la oscuridad de la noche madrileña, alumbrará con su tétrico resplandor la maldición que desde lo alto condene para siempre la iniquidad monstruosa.

No fué Goya el único pintor del Dos de Mayo, aunque de ningún otro sabemos que tratase las dos escenas por él representadas en sus famosos lienzos del Museo del Prado. Sin duda, el notorio acierto logrado con ambas obras creó en su torno un ambiente de respeto y admiración que se tradujo en eludir la coincidencia y en acudir a otros episodios de la heroica jornada.

Con referencia solamente a algunos artistas conocidos, mencionemos aquí, de Antonio María Tadey, un cuadro conservado en el Museo Municipal, representando la defensa del Parque de Artillería; formó parte de la decoración del cenotafio erigido en el Paseo del Prado en 1820, con motivo de las exequias por las víctimas.

De 1835 data una pintura de Leonardo Alenza con el mismo asunto. Propiedad de don Fernando del Mo-

ral, figuró, con la anterior y varias de las que citamos seguidamente, en la Exposición de recuerdos del Dos de Mayo, instalada en el Museo Municipal en 1950.

Correspondiendo al apogeo de lo «pintura de historia» y en el marco propicio de las Exposiciones Nacionales, Manuel Rodríguez Castellanos presentó a las de 1862 y 1864, dos lienzos sobre la defensa del Parque de Monteleón y muerte de Daoiz y de Velarde, obteniendo tercera medalla y consideración de igual recompensa, respectivamente.

Con *La madrugada del 3 de mayo* consiguió José Marcelo Contreras consideración de segunda medalla en la de 1867. Representa el momento en que un grupo de patriotas detenidos en el antiguo Hospital del Buen Suceso se dispone a salir al lugar de la ejecución.

Más conocido que los anteriores es el lienzo original de Vicente Palmaroli, titulado *La madrugada del 3 de mayo de 1808 en la montaña del Principe Pío*, galardonado con primera medalla en 1871 y adquirido, con rasgo prócer, por Amadeo de Saboya, donándolo generosamente al Ayuntamiento, en donde se conserva.

Posterior a éste podemos añadir todavía el cuadro de Nin y Tudó *Los cadáveres de Daoiz y Velarde expuestos en la cripta de San Martín*, con el que consiguió segunda medalla en 1876 y el que sobre la defensa del Parque valió a Joaquín Sorolla idéntica recompensa.

Recordemos, finalmente, una obra de Eugenio Álvarez Dumont, depositada en el Museo de Bellas Artes de Zaragoza. Según la descripción del Catálogo de la Exposición de 1887, en la que obtuvo tercera medalla, su asunto es el siguiente: «Malasaña y su hija se batían contra los franceses en una de las calles que bajan del Parque a la de San Bernardo. Dos de mayo de 1808».



Goya. Grabados de la serie. Los desastres de la guerra. Biblioteca Nacional. Madrid.





JOSE BONAPARTE Y MADRID

POR FERNANDO CHUECA GOITIA

EN aquellos tiempos —¡ya bastante lejanos!— en que el niño empieza a darse cuenta de hechos y cosas, recuerdo cómo pugnaban dentro de mí sentimientos encontrados. Por un lado, la proyección heroica del Emperador, siempre arrebatadora para la imaginación infantil; por otro, los horrores de la Guerra de la Independencia. ¡Qué difícil coordinar ambas fuerzas, que parecían tirar de nosotros sin consideración alguna!

Poco a poco, en ese despuntar hacia la vida, se siguen acumulando los datos contradictorios. Oímos de respetables familiares que los Códigos de Napoleón son una de las más importantes fuentes del Derecho, mientras una bisabuela, que murió casi centenaria en una vieja ciudad episcopal aragonesa, todavía contaba terribles sucesos bélicos. Su padre había combatido en los Sitios de Zaragoza.

Lo mismo ocurría con el Rey Intruso, paradigma de todos los vicios y asiento de todos los defectos físicos.

La fantasía popular, la que creó aquel personaje imaginario que se llamó Pepe Botellas, lo hizo feo, contrahecho y tuerto, cuando José Bonaparte, sin el genio de su hermano, le aventajaba mucho en cualidades físicas. Pero hablaba el dolor, la amargura del Dos de Mayo.

Tuvo que pasar bastante tiempo para que fueran cicatrizándose unas heridas y, desgraciadamente —¡pobre España!—, abriéndose otras, con lo que los juicios sobre el Rey José se modificaban insensiblemente. Ya Mesonero Romanos, en sus *Memorias de un setentón*, va esclareciendo ideas: «Ni sirvió tampoco para mitigar aquel odio, ni para modificar este concepto, el celoso entusiasmo con que José, cuyo reino se encerraba dentro de las tapias de Madrid, se

entregó con todo ardor al intento de rejuvenecerlo, haciendo ensanches considerables, trazando planes magníficos, y forjándose la ilusión de un largo y próspero reinado.

A continuación cita Mesonero Romanos las más importantes reformas urbanas que imaginó e inició: «Empezó por hacer derribar las manzanas de casas números 431, 32 y 33, que ocupaban, con el jardín llamado de la Priora, todo el espacio que hoy abarca la Plaza de Oriente del Real Palacio, y que ahogaban su vista y dificultaban su acceso; cayeron también las que lo estrechaban por el Arco de la Armería, y desenterrando del archivo de Palacio el proyecto del arquitecto Sachetti, se proponía echar un puente desde la Cuesta de la Vega a las Vistillas de San Francisco, cuyo grandioso templo había designado como salón de las futuras Cortes. (Mesonero se equivoca: el autor de este proyecto fué Sabatini.)

Volviendo al lado oriental, intentaba derribar el Teatro de los Caños, y ensanchando la calle del Arenal hasta la Puerta del Sol, formar con la calle de Alcalá un magnífico boulevard.

Otros muchos derribos (algunos ciertamente no tan indicados por la necesidad), tales como el de las Parroquias de San Martín, Santiago, San Juan y San Miguel, y el de los Conventos de Santa Ana, Santa Catalina, Santa Clara y los Mostenses (éste ciertamente lamentable, por la pérdida de su preciosa fachada, obra del célebre arquitecto don Ventura Rodríguez), para ensanchar los sitios o abrir las plazuelas que aún llevan sus nombres, le valió entre la plebe el nuevo epíteto de El Rey Plazuelas, y le atrajo más y más la animadversión de las almas piadosas, y la general

del pueblo de Madrid.» (*Memorias de un setentón*, Madrid, 1880, págs. 79 y 80.)

La biografía del Rey José está por hacer. Hay muchos datos sueltos, notas, páginas engarzadas en otros estudios, hasta semblanzas fragmentarias y poco seguras; pero no existen —al menos, que nosotros sepamos— la biografía completa y veraz. La del Marqués de Villaurrutia no llega a colmar nuestros deseos. Don Natalio Rivas nos había prometido escribirla:

«El breve reinado en España de José Bonaparte, que hasta ahora no ha sido objeto de detenido estudio, está sembrado de episodios interesantísimos y curiosos. Si Dios me concede vida bastante para rematar otros trabajos históricos que tengo en fárfora, seguramente acometeré la empresa de escribir un libro que entere al público, en forma imparcial y desinteresada, lo que fué aquel fugaz período de mando, que no obstante estar tan relativamente cercano, casi nadie cono-

ce cómo se desenvolvió en el orden gubernamental. Envuelto por la nube de polvo que levantó la Guerra de la Independencia, quedó velado todo lo que hubo de acontecer en el seno del Gobierno.» (*Anecdótico Histórico Contemporáneo*, Madrid, 1944, pág. 83.)

Para el gran historiador del XIX, pese a su longevidad, murió sin haber podido realizar la promesa. Dejó don Natalio un heredero espiritual en la persona de su pariente y paisano don Melchor Fernández Almagro, escritor e historiador igualmente disertado, y como seguramente en aquellos gigantescos archivos de la singular rotonda de la calle de Velázquez, habría montones de documentación sobre el caso, aún podemos conservar esperanzas.

Como dice don Natalio con admirable precisión, todo lo referente a aquel corto reinado quedó confuso y envuelto en la polvareda de la guerra; por tanto, lo relativo a obras y realizaciones urbanísticas nos llega con escasa claridad. Sólo sabemos de anteproyectos esbozados, de ideas, y de derribos como primer paso para llegar a ejecuciones.

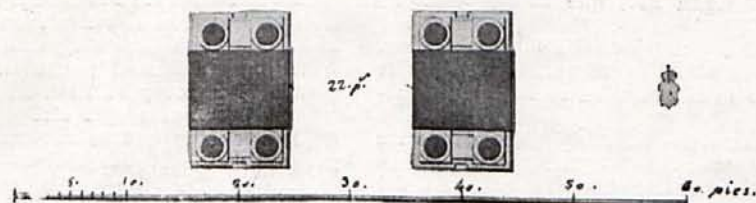
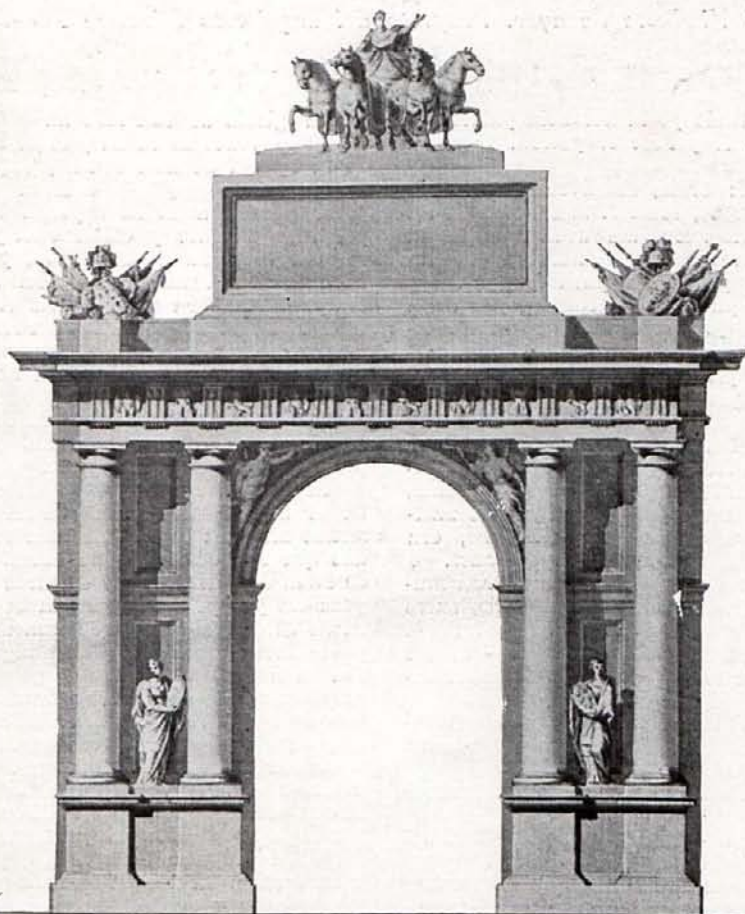
Nuestro ilustre compañero don Pedro Bidagor, en un interesante breve estudio sobre el urbanismo en España durante el siglo XIX, alude también a los planes del Rey José sobre Madrid y dice:

«Durante su breve reinado intentó José Bonaparte realizar reformas en Madrid. Su arquitecto fué Silvestre Pérez, que levantó un arco de triunfo en su honor en 1810, y construyó, en 1812, la fuente de la plaza del teatro del Príncipe. Se pensó en construir un puente sobre la calle de Segovia, y un boulevard desde Palacio a la calle de Alcalá, y por lo pronto se procedió a importantes derribos alrededor de Pa-

lacio, que han dado lugar a las Plazas de Oriente y la Armería, y a la rectificación de calles entre el Teatro Real y la calle Mayor. Pora ello demoljó numerosos templos y preñudió la desamortización religiosa que había de llevar a cabo la revolución. No tuvo tiempo para realizar nada, y sus propósitos fueron ridiculizados por el pueblo, motejándolo con el apodo de Rey Plazuelas.» (*Resumen Histórico del Urbanismo en España*, Instituto de Estudios de Administración Local, 1954, pág. 197.)

El pseudo-reinado de José I duró de cuatro a cinco años. Tampoco puede definirse con exactitud, puesto que todos los topes de comienzo y de conclusión están borrosos.

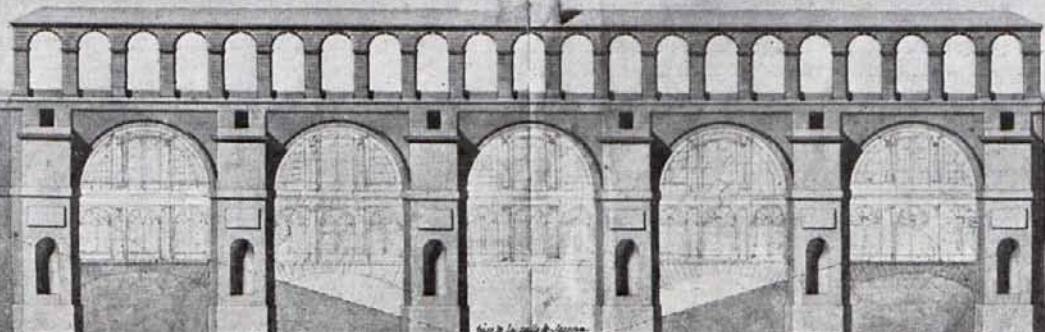
José era, por dieciocho meses sobre Napoleón, el primogénito de los hermanos y el preferido del César. Este protegía cariñosamente a todos, pero sus hermanos y cuñados lo exasperaban por sus insaciables ambiciones, a tal extremo que en cierta ocasión les apostrofó, furio-



Arco en honor de José Bonaparte. Por el arquitecto Silvestre Pérez

Madrid en mayo de 1810.
Silvestre Pérez arch. fin.

*Alcorno de la calle sobre puente, que nivela el piso de la plaza
de Palacio con el de las Ventillas de S. Francisco.*



El Viaducto de ayer. Proyecto del arquitecto Silvestre Pérez

so: «¡Diríase que os he arrebatado yo la herencia paterna!» (Marqués de Villa-Urrutia, *El Rey José Napoleón*. Librería Beltrán, Madrid, pág. 21.)

El más insatisfecho era José: creía, efectivamente, que la primogenitura le otorgaba derechos, como si la fortuna de los Bonaparte proviniese de herencias. Era de buena inteligencia y de regular ilustración en Artes y Letras, nulo en cuestiones militares, y medianamente preparado para la política y para la dirección de hombres y pueblos. Sin embargo, se creía superior a su hermano, pues, bajo una capa de falsa modestia, era sumamente vanidoso. Acertó cuando, con tanta insistencia advirtió al Emperador que se estrellaría en España.

Vino a Madrid muy a disgusto; no quería esta corona tan llena de espinas. Hubiera ansiado hacerse estimar por los españoles, pero no lo lograba, a pesar de poner en ello su mejor voluntad. Sabía que todo le era hostil, que se ridiculizaban hasta sus más atinados proyectos, en cuya forma, y además bajo la constante zozobra de las operaciones militares, que consideraba siempre con negro pesimismo, era imposible que los planes urbanísticos siguieran adelante.

No pasaron, pues, de derribos. Por cierto que fueron muchos, y ya con ello prestó a Madrid un gran servicio, salvo a algunos dolorosos excesos, como la bella fachada venturiana—orden jónico, dos torres, cornisa con candelabros—de los Premostratenses de San Norberto, en la plaza de los Mostenses.

La relación más completa de las demoliciones la encontramos en el conocido libro de Peñasco y Cambronero sobre las calles de Madrid (pág. 14, nota), y dice así:

«Los famosos derribos verificados por el Gobierno francés fueron los siguientes:

Parte de la manzana 343, donde se formó la plaza del Carmen.

El convento de Santa Ana, que se convirtió en lo que hoy es la plaza del Príncipe Alfonso, añadiendo, para regularizar ésta, el resto de la manzana 215, que se componía de casas particulares.

Parte de la manzana 288, que ahora es plaza del Rey, comprendiendo el antiguo callejón de las Siete Chimeneas, que hacía escuadra en el ángulo donde se unen el Banco de Castilla y el Circo de Price.

El convento de PP. Premostratenses, hoy mercado de los Mostenses.

La iglesia de San Ildefonso, hoy también mercado del mismo nombre. La manzana 221 en que estaba el convento de Santa Catalina, entre la calle del Prado y la carrera de San Jerónimo, cuyo solar fué después vendido a particulares.

La iglesia de San Martín.

El convento de Jesús y el de la Pasión, que estaba al lado de la iglesia de San Millán, esquina a la calle de las Maldonadas.

Requieren mención especial los derribos llamados de la plaza de Oriente y calles contiguas; alcanzaron desde Palacio a la plaza de Isabel II, y desde el monasterio de la Encarnación hasta los accesorios de la iglesia de Santiago, comprendiendo en este espacio el Juego de Pelota, la Biblioteca Real, el Jardín de la Priora, los Caños del Peral y diez manzanas de casas que formaban la plaza del Teatro del baile de máscaras y las calles del Tesoro, de Santa Catalina la Vieja, de San Bartolomé, del Recodo, de la Parra, del Buey, del Carnero, parte de la calle del Espejo, que era muy irregular, la de Santa Clara, que no lo era menos, y la plaza de este último nombre.

El Rey José tuvo un eficaz, un extraordinario inspirador en el arquitecto Silvestre Pérez. También recordamos que siendo alumnos de arquitectura volvimos a sentir aquellas dudas que nos asaltaban de niños. Cuando estudiamos la obra de Juan de Villanueva y de otros arquitectos de su época, tropezamos por primera vez con la simpática e inteligente figura de Silvestre Pérez, que inmediatamente nos sedujo. Buena parte tuvo en ello su gran amigo Ceán Bermúdez, que cerró con su noticia biográfica la gran obra de Llaguno sobre los arquitectos españoles. No podemos por menos de recoger aquí uno de sus párrafos: «Era sabio y estaba muy instruido en materias al parecer heterogéneas, pero que todas concurrían a formar un perfecto arquitecto. Leía buenos libros y era su favorito el arte poética de Horacio, cuyas máximas y preceptos acomodaba con oportunidad a las bellas artes, especialmente a la arquitectura, buscando en los edificios la salubridad, la cómoda distribución, y en sus adornos la sencillez y la verdad. Trataba con sabios y tenía correspondencia con los grandes y originales talentos de Europa. Era su íntimo amigo don Leandro Fernández de Moratín, cuyos versos recitaba de coro: con él consultaba sus asuntos artísticos, porque Moratín estaba también poseído de un delicado gusto en las bellas artes. Ambos pensaban de un mismo modo, anteponiendo el honor y el buen nombre al agrado del vulgo y al interés pecuniario, que tanto entorpece el genio y el talento de los artistas que se acomodan a los caprichos y extravagancias de los dueños de las obras.» (*Llaguno*, IV, pág. 339.) «Gustaba mucho de poesía y en sus viajes le acompañaban las obras de Garcilaso, de Cervantes y del Ariosto, a los que citaba con mucha oportunidad y viveza...», nos añade el propio Ceán en un manuscrito que conserva la Biblioteca Nacio-

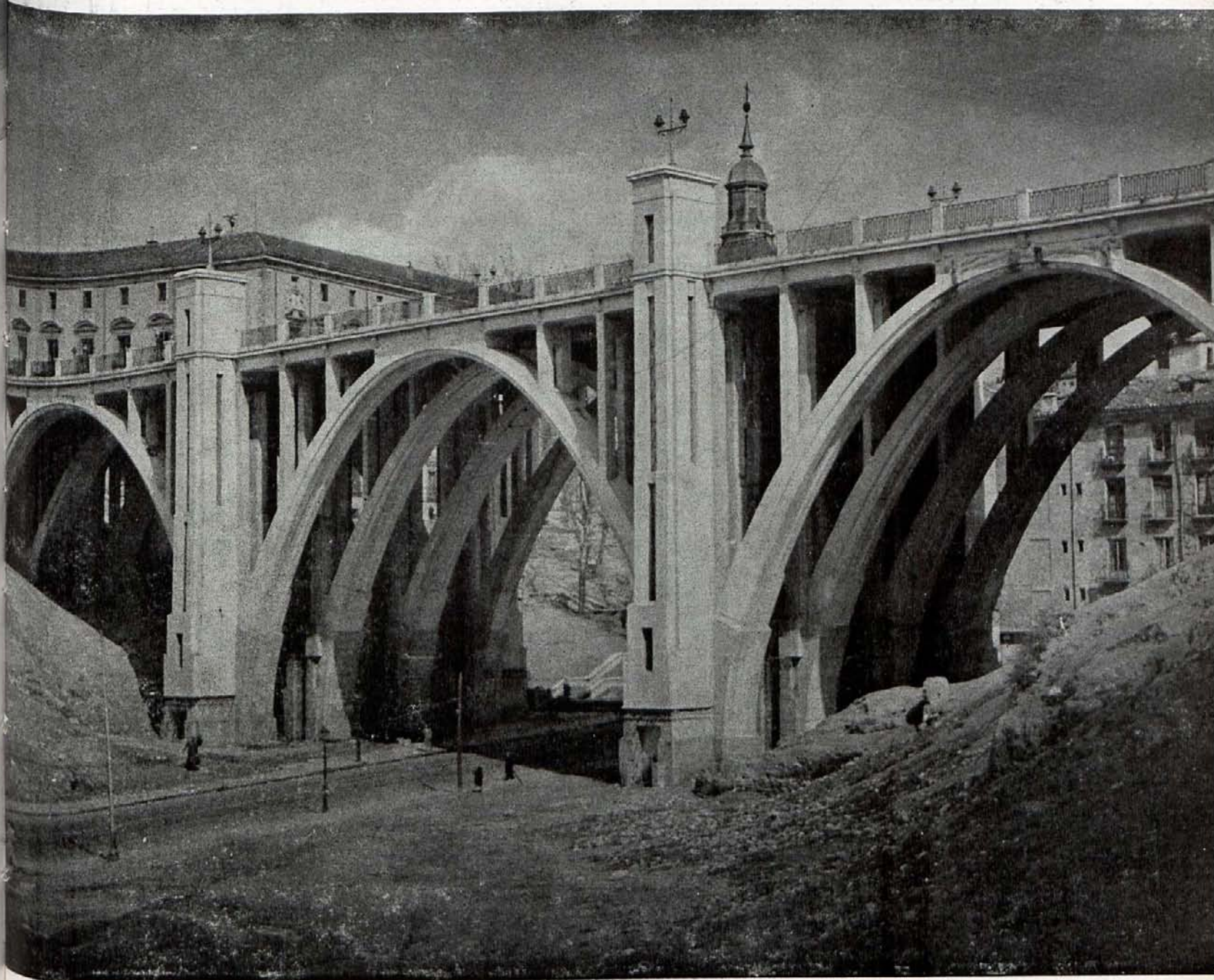
nal y que va unido a diversas trazas, rasguños y diseños que el arquitecto legó a su amigo y albacea testamentario.

Las cálidas manifestaciones de Ceán, unidas al conocimiento de sus obras, escasas por desgracia, pues muchas quedaron en embrionario estado de proyectos, y otras, como los teatros de Bilbao y Vitoria, fueron demolidas, acabaron por colocar en nuestro sentir a Silvestre Pérez como uno de los grandes maestros neoclásicos españoles. Para demostrarlo, ahí están las plazas de San Sebastián y Bilbao, la metafísica Plaza Nueva, como la llamaba Unamuno; las interesantes iglesias parroquiales de Bermeo, Motrico y Durango, algunas, desgraciadamente, alteradas o sin acabar.

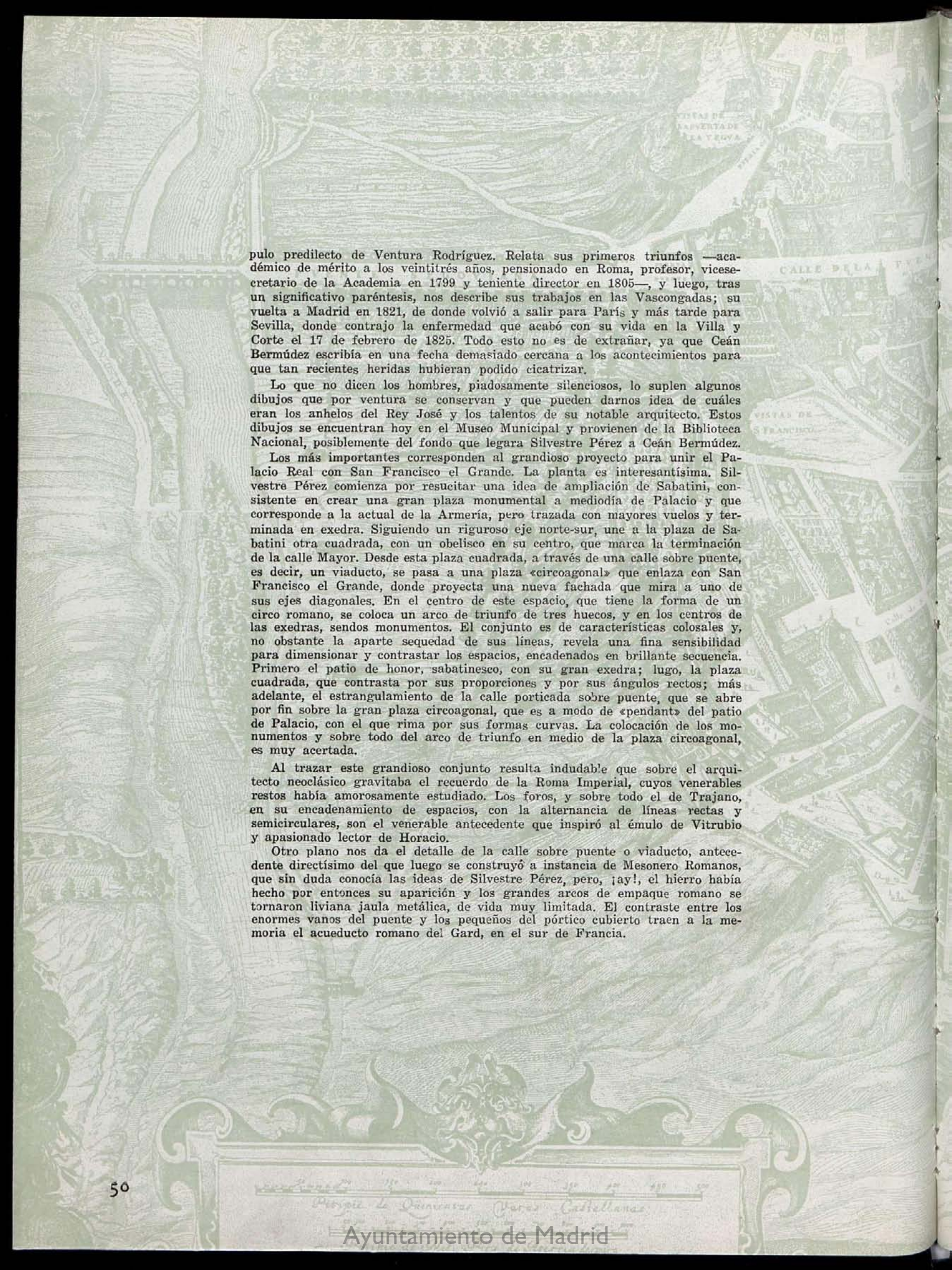
El que un hombre así y un arquitecto tan cumplido fuera el intérprete de los ambiciosos proyectos de José Bonaparte, hizo que sin querer miráramos con simpatía los afanes de aquel monarca fugaz. Lo que es más dramático, que pensáramos con benevolencia en la desgarradora situación personal de aquellos que fueron tildados de afrancesados. Silvestre Pérez, por sus amigos, por su formación, por su

temperamento filosófico, fué un arquitecto afrancesado y, sin embargo, toda su vida, sus escritos, su testamento, están henchidos del más hondo patriotismo. Ya sabemos que en el Gabinete del Rey José figuraban hombres de gran altura, capacidad y patriotismo, como Urquijo, O'Farril, Mazarredo, etcétera, que además habían pertenecido todos al Gobierno de Fernando VII, que, a la caída de Godoy, era la más sólida esperanza de los españoles. El primer afrancesado fué el Rey Fernando, que dejó a sus colaboradores en una situación cuya salida no era nada fácil. Fueron las circunstancias las que una vez más dibujaron el contorno vital de aquellos hombres. Este fué el caso de Silvestre Pérez, primero arquitecto de José Bonaparte y luego desterrado en su propia patria, trabajando en aquellas provincias más alejadas del hormiguero político y más independientes por su régimen foral.

Es curioso que Ceán Bermúdez, en su *Noticia* y en su manuscrito, eluda cuidadosamente toda alusión a la etapa josefina del arquitecto. Nos habla de su aprendizaje. Nació en Epila, en 1767, y pronto vino a la corte, donde fué disci-



El Viaducto, hoy. Fotografía de José Loygorri



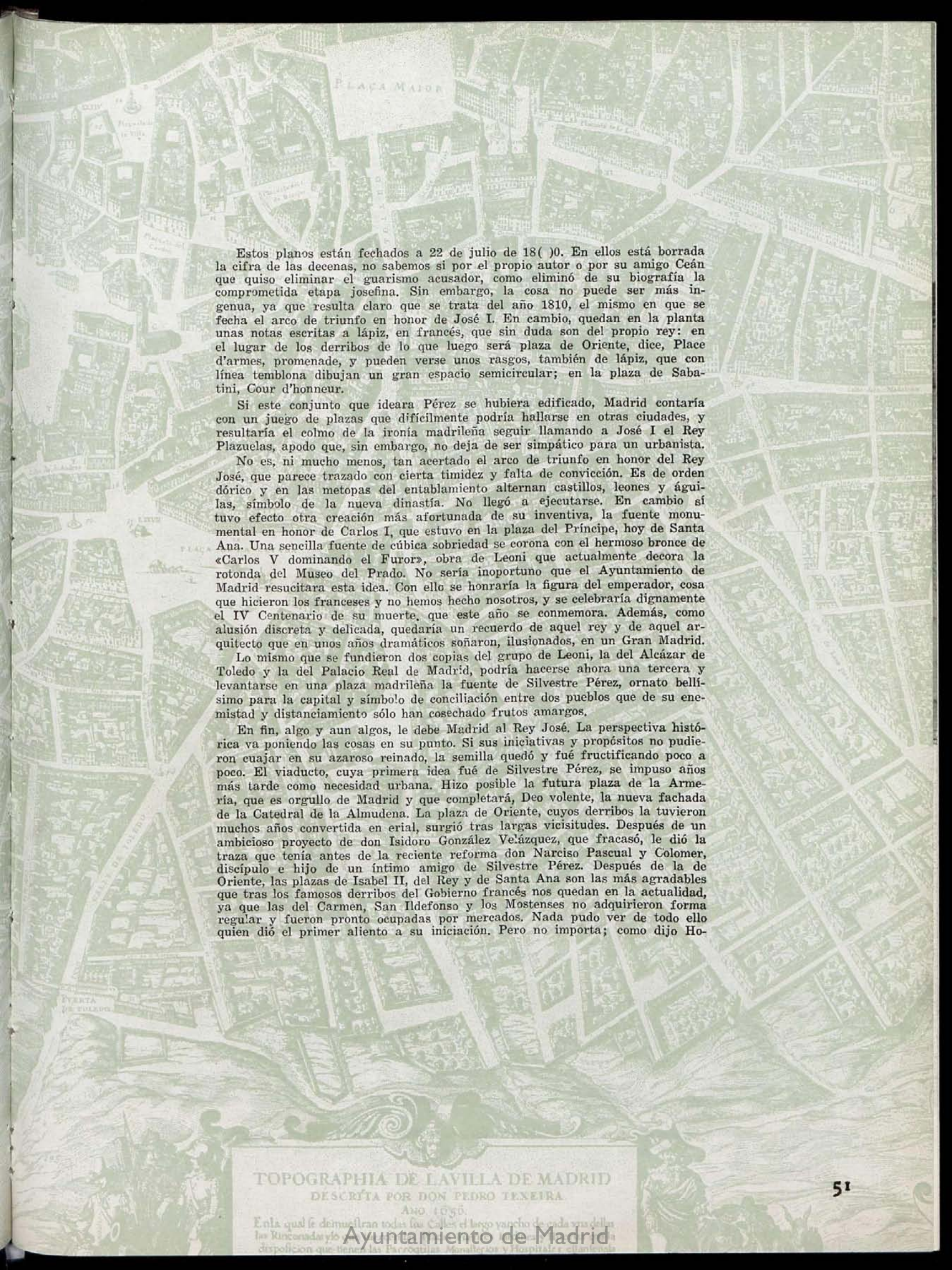
pulo predilecto de Ventura Rodríguez. Relata sus primeros triunfos —académico de mérito a los veintitrés años, pensionado en Roma, profesor, vicesecretario de la Academia en 1799 y teniente director en 1805—, y luego, tras un significativo paréntesis, nos describe sus trabajos en las Vascongadas; su vuelta a Madrid en 1821, de donde volvió a salir para París y más tarde para Sevilla, donde contrajo la enfermedad que acabó con su vida en la Villa y Corte el 17 de febrero de 1825. Todo esto no es de extrañar, ya que Ceán Bermúdez escribía en una fecha demasiado cercana a los acontecimientos para que tan recientes heridas hubieran podido cicatrizar.

Lo que no dicen los hombres, piadosamente silenciosos, lo suplen algunos dibujos que por ventura se conservan y que pueden darnos idea de cuáles eran los anhelos del Rey José y los talentos de su notable arquitecto. Estos dibujos se encuentran hoy en el Museo Municipal y provienen de la Biblioteca Nacional, posiblemente del fondo que legara Silvestre Pérez a Ceán Bermúdez.

Los más importantes corresponden al grandioso proyecto para unir el Palacio Real con San Francisco el Grande. La planta es interesantísima. Silvestre Pérez comienza por resucitar una idea de ampliación de Sabatini, consistente en crear una gran plaza monumental a mediodía de Palacio y que corresponde a la actual de la Armería, pero trazada con mayores vuelos y terminada en exedra. Siguiendo un riguroso eje norte-sur, une a la plaza de Sabatini otra cuadrada, con un obelisco en su centro, que marca la terminación de la calle Mayor. Desde esta plaza cuadrada, a través de una calle sobre puente, es decir, un viaducto, se pasa a una plaza «circoagonal» que enlaza con San Francisco el Grande, donde proyecta una nueva fachada que mira a uno de sus ejes diagonales. En el centro de este espacio, que tiene la forma de un circo romano, se coloca un arco de triunfo de tres huecos, y en los centros de las exedras, sendos monumentos. El conjunto es de características colosales y, no obstante la aparte sequedad de sus líneas, revela una fina sensibilidad para dimensionar y contrastar los espacios, encadenados en brillante secuencia. Primero el patio de honor, sabatinesco, con su gran exedra; luego, la plaza cuadrada, que contrasta por sus proporciones y por sus ángulos rectos; más adelante, el estrangulamiento de la calle porticada sobre puente, que se abre por fin sobre la gran plaza circoagonal, que es a modo de «pendant» del patio de Palacio, con el que rima por sus formas curvas. La colocación de los monumentos y sobre todo del arco de triunfo en medio de la plaza circoagonal, es muy acertada.

Al trazar este grandioso conjunto resulta indudable que sobre el arquitecto neoclásico gravitaba el recuerdo de la Roma Imperial, cuyos venerables restos había amorosamente estudiado. Los foros, y sobre todo el de Trajano, en su encadenamiento de espacios, con la alternancia de líneas rectas y semicirculares, son el venerable antecedente que inspiró al émulo de Vitrubio y apasionado lector de Horacio.

Otro plano nos da el detalle de la calle sobre puente o viaducto, antecedente directísimo del que luego se construyó a instancia de Mesonero Romanos, que sin duda conocía las ideas de Silvestre Pérez, pero, ¡ay!, el hierro había hecho por entonces su aparición y los grandes arcos de empaque romano se tornaron liviana jaula metálica, de vida muy limitada. El contraste entre los enormes vanos del puente y los pequeños del pórtico cubierto traen a la memoria el acueducto romano del Gard, en el sur de Francia.



Estos planos están fechados a 22 de julio de 18()0. En ellos está borrada la cifra de las decenas, no sabemos si por el propio autor o por su amigo Ceán que quiso eliminar el guarismo acusador, como eliminó de su biografía la comprometida etapa josefina. Sin embargo, la cosa no puede ser más ingenua, ya que resulta claro que se trata del año 1810, el mismo en que se fecha el arco de triunfo en honor de José I. En cambio, quedan en la planta unas notas escritas a lápiz, en francés, que sin duda son del propio rey: en el lugar de los derribos de lo que luego será plaza de Oriente, dice, Place d'armes, promenade, y pueden verse unos rasgos, también de lápiz, que con línea temblona dibujan un gran espacio semicircular; en la plaza de Sabatini, Cour d'honneur.

Si este conjunto que ideara Pérez se hubiera edificado, Madrid contaría con un juego de plazas que difícilmente podría hallarse en otras ciudades, y resultaría el colmo de la ironía madrileña seguir llamando a José I el Rey Plazuelas, apodo que, sin embargo, no deja de ser simpático para un urbanista.

No es, ni mucho menos, tan acertado el arco de triunfo en honor del Rey José, que parece trazado con cierta timidez y falta de convicción. Es de orden dórico y en las metopas del entablamiento alternan castillos, leones y águilas, símbolo de la nueva dinastía. No llegó a ejecutarse. En cambio sí tuvo efecto otra creación más afortunada de su inventiva, la fuente monumental en honor de Carlos I, que estuvo en la plaza del Príncipe, hoy de Santa Ana. Una sencilla fuente de cúbica sobriedad se corona con el hermoso bronce de «Carlos V dominando el Furor», obra de Leoni que actualmente decora la rotonda del Museo del Prado. No sería inoportuno que el Ayuntamiento de Madrid resucitara esta idea. Con ello se honraría la figura del emperador, cosa que hicieron los franceses y no hemos hecho nosotros, y se celebraría dignamente el IV Centenario de su muerte, que este año se conmemora. Además, como alusión discreta y delicada, quedaría un recuerdo de aquel rey y de aquel arquitecto que en unos años dramáticos soñaron, ilusionados, en un Gran Madrid.

Lo mismo que se fundieron dos copias del grupo de Leoni, la del Alcázar de Toledo y la del Palacio Real de Madrid, podría hacerse ahora una tercera y levantarse en una plaza madrileña la fuente de Silvestre Pérez, ornato bellísimo para la capital y símbolo de conciliación entre dos pueblos que de su enemistad y distanciamiento sólo han cosechado frutos amargos.

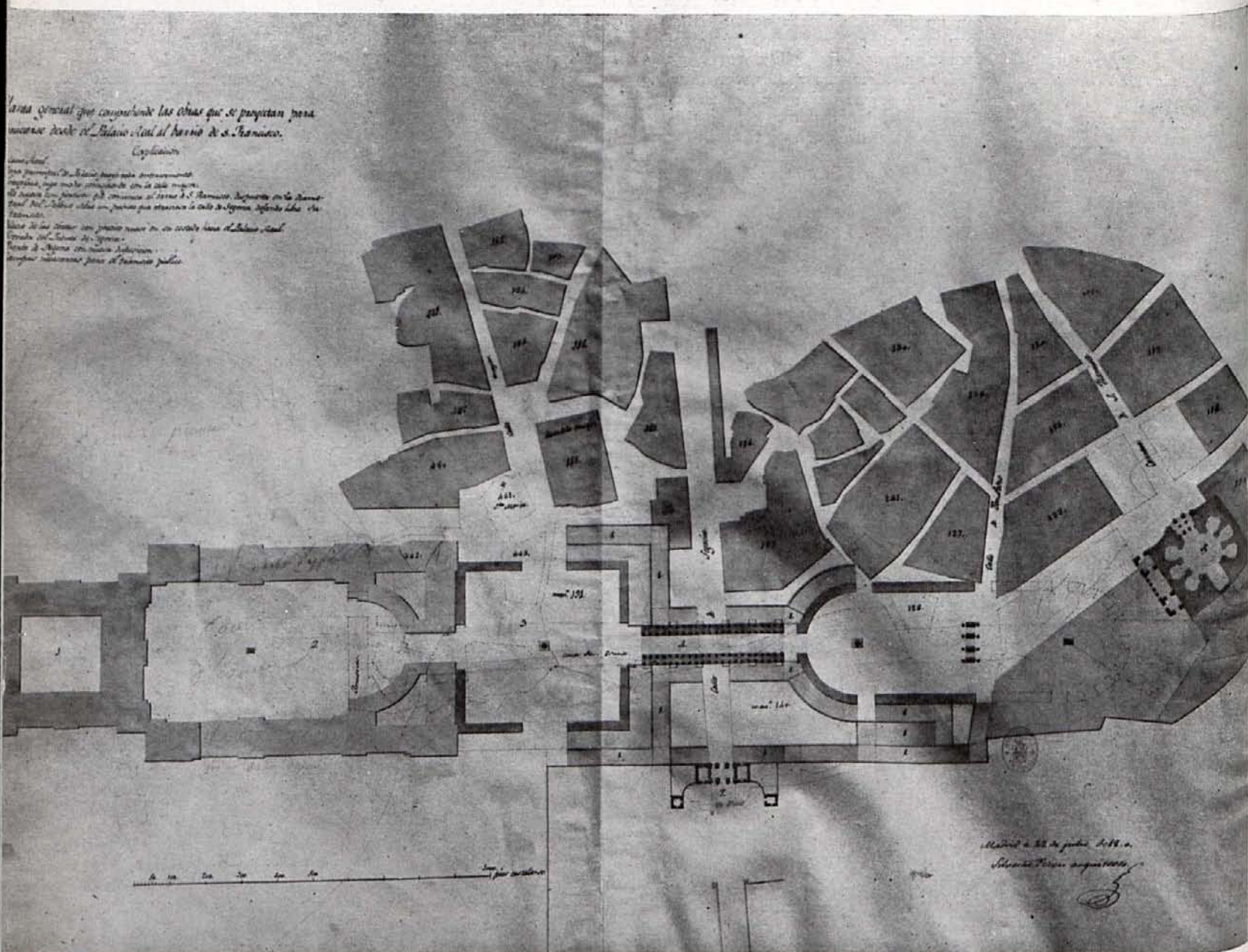
En fin, algo y aun algo, le debe Madrid al Rey José. La perspectiva histórica va poniendo las cosas en su punto. Si sus iniciativas y propósitos no pudieron cuajar en su azaroso reinado, la semilla quedó y fué fructificando poco a poco. El viaducto, cuya primera idea fué de Silvestre Pérez, se impuso años más tarde como necesidad urbana. Hizo posible la futura plaza de la Armería, que es orgullo de Madrid y que completará, Deo volente, la nueva fachada de la Catedral de la Almudena. La plaza de Oriente, cuyos derribos la tuvieron muchos años convertida en erial, surgió tras largas vicisitudes. Después de un ambicioso proyecto de don Isidoro González Velázquez, que fracasó, le dió la traza que tenía antes de la reciente reforma don Narciso Pascual y Colomer, discípulo e hijo de un íntimo amigo de Silvestre Pérez. Después de la de Oriente, las plazas de Isabel II, del Rey y de Santa Ana son las más agradables que tras los famosos derribos del Gobierno francés nos quedan en la actualidad, ya que las del Carmen, San Ildefonso y los Mostenses no adquirieron forma regular y fueron pronto ocupadas por mercados. Nada pudo ver de todo ello quien dió el primer aliento a su iniciación. Pero no importa; como dijo Ho-

racio —la cita sería grata al arquitecto—, «*Didimium facti qui coepit habet*»: el que comienza una cosa, ya tiene la mitad lograda.

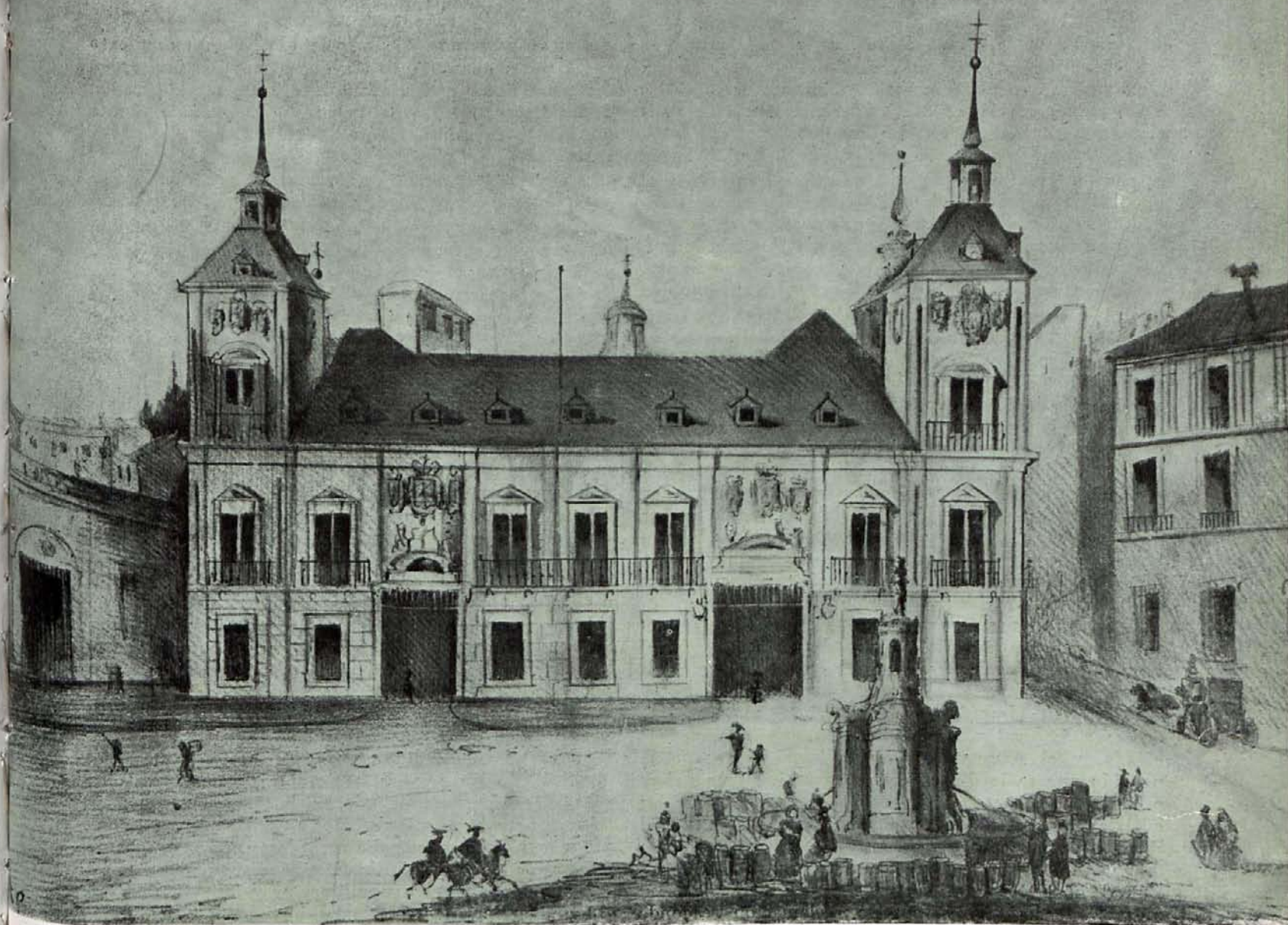
Cuando, vencido, el emperador se entregó a los ingleses, José se refugió en los Estados Unidos de Norteamérica, que le sirvieron de asilo durante dieciséis años. Al advenimiento de Luis Felipe volvió a Europa y se estableció en Londres. Mesonero Romanos cita en una página bellísima, que no transcribimos por no alargar demasiado este artículo, cómo tuvo ocasión de ver allí al Rey José. Recomendamos su lectura en las ya citadas *Memorias de un setentón*.

Más adelante se unió con su mujer la Reina Julia, que residía en Florencia, y de la que llevaba veintiséis años separado. Murió en la gran ciudad del Arno, el 28 de junio de 1844. Poco tiempo después le siguió su esposa, y ya llevaba once años descansando en El Escorial el deseado monarca Fernando VII y reinaba en España su hija Isabel, declarada mayor prematuramente.

Si apenas fué rey de España —pues, como dice Mesonero, su reino se encerraba en las tapias de Madrid—, no podemos negar a José I su calidad de rey madrileño: el Rey Plazuelas, en el mejor sentido de la palabra.



Plano general que comprende las obras que se proyectan para comunicarse desde el Palacio Real al barrio de San Francisco.



EL AYUNTAMIENTO DE MADRID EN 1808

Por FRANCISCO BAZTAN

MADRID, Capital y Corte de las Españas, entra en el año de gracia de 1808, que dejará huella indeleble en la historia de la Patria.

Reina en los aún vastos dominios de la Monarquía la débil Majestad de Carlos IV, y los gobierna con omnímodos poderes D. Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, que si disfruta del ilimitado favor de los Reyes, no goza en la misma medida del favor y confianza del pueblo español.

Hállase al frente del gobierno y administración de la Villa don Pedro de Mora y Lomas como Corregidor de Madrid y Presidente de su Concejo, cuyo Secretario es don Angel González Barreiro.

Disfruta la Corte de una aparente tranquilidad. Sin

embargo, en el fondo no debía ser escaso el desasosiego entre los más conscientes de los 160,000 habitantes que aproximadamente forman su población, ante los sucesos que en poco tiempo han visto desarrollarse dentro y fuera de la Península, y ante los que se podían presagiar.

En efecto, esa aparente tranquilidad se ve alterada a poco de comenzar el año. El 17 de marzo se produce el motín de Aranjuez, que derriba al odiado valido don Manuel Godoy, que es sometido a proceso y prisión, y dos días más tarde Carlos IV cede la corona de España a su primogénito, Fernando, en quien tiene puestas la nación todas sus esperanzas. La real providencia, en que costa tan trascendental decisión, es leída en la se-

sión municipal del 21 de dicho mes, y en la misma se da cuenta de otras disposiciones del nuevo Monarca confirmando en sus puestos a los ministros de todos los Tribunales y suprimiendo la Superintendencia de Policía, creada durante el reinado anterior.

Los acontecimientos se precipitan. El día 23 hacen su entrada en Madrid numerosas fuerzas francesas, y el pueblo las acoge con fiado y las contempla con curiosidad, admirando los rutilantes uniformes de sus generales, y en especial el de su jefe supremo, Joaquín Murat, Gran Duque de Berg, cuñado del propio Emperador.

Estos sucesos, que presagian la tragedia, no impiden que el Ayuntamiento dedique exclusivamente sus sesiones de 1 y 9 de abril a decidir el ceremonial que ha de observarse en la «aclamación» del nuevo Rey, e incluso el traje que habrían de lucir los capitulares en la ceremonia, que había de consistir en «vestido de terciopelo negro con vuelta y chupa de tisú de plata y oro, botón del mismo terciopelo, medias blancas y sombrero sin galón con plumaje blanco y presilla de diamantes».

Entretanto los franceses comienzan a aposentarse en Madrid; y así, en la sesión de 7 de abril, se da cuenta de la petición al Ayuntamiento de muebles para los alojamientos de los oficiales en casas desocupadas, accediéndose únicamente por lo que se refiere a los del Gran Duque de Berg y demás Generales en Jefe.

También se prevé por el Ayuntamiento el alojamiento y provisiones para la comitiva de S. M. I. y R. el Emperador de los Franceses, que ha anunciado su visita a la Corte de España.

El ejército francés, desde el primer momento, se dedica a frecuentar los espectáculos que la ciudad le brinda, y el Ayuntamiento, accediendo gustoso a la petición que se le dirige, reserva gratuitamente palcos o «aposentos» en todos los teatros de la Villa para los oficiales generales, destinando uno exclusivamente al Duque de Berg. En sesión de estas fechas se da cuenta de una protesta de los edecanes de Murat, por haberles cobrado el importe de ocho días de «aposento» por su asistencia a los teatros, a cuya reclamación responde el Ayuntamiento disponiendo la devolución de lo abonado y extendiendo la concesión gratuita de palcos a estos oficiales del Ejército imperial.

Lleva la administración y cuidado de los coliseos madrileños, por lo que hace al Concejo, el Regidor Marqués de Perales, figura popular en el Madrid de aquella época, lo que no impidió, como ya es sabido, que muriera pocos meses después a manos del pueblo por creerle traidor a la Patria. No debían ser escasos los quebraderos de cabeza que al Marqués ocasionaba este cometido, ya que es rara la sesión municipal en la que no se dé cuenta de algún incidente, especialmente en la formación de las compañías; sirva de ejemplo el provocado por el insigne actor dramático Isidoro Máiquez, que considerándose incompatible con otro comediante llamado Rafael Pérez —cuyo nombre ciertamente no ha pasado a los anales de la escena española—, manifestó que se negaba a formar parte de compañía alguna si llegaba a figurar en ella este histrión; y el Ayuntamiento, como es natural, se plegó a la exigencia del gran trágico, sacrificando al modesto comediante.

Entretanto, Fernando VII ha salido de la Corte al encuentro del Emperador que, como sabemos, había anunciado su venida a España. Para regir los destinos de la Nación en su ausencia, designó el Monarca una Junta Suprema de Gobierno presidida por el Infante D. Antonio, dócil instrumento de los franceses.

En sesión municipal de 13 de abril el Ayuntamiento se da por enterado y se dispone a cumplir una orden del Infante para que se resuelva rápidamente la cuestión de los alojamientos de las tropas del vecino país, asunto que por lo visto no llevaba el Municipio con la celeridad requerida.

El 19 del mismo mes el Rey Fernando sale de Vitoria para Bayona, llamado por Napoleón, que alega que no puede realizar su proyectado viaje a España. No muchos días después emprenden también los Reyes Carlos IV y María Luisa su marcha hacia la vecina nación.

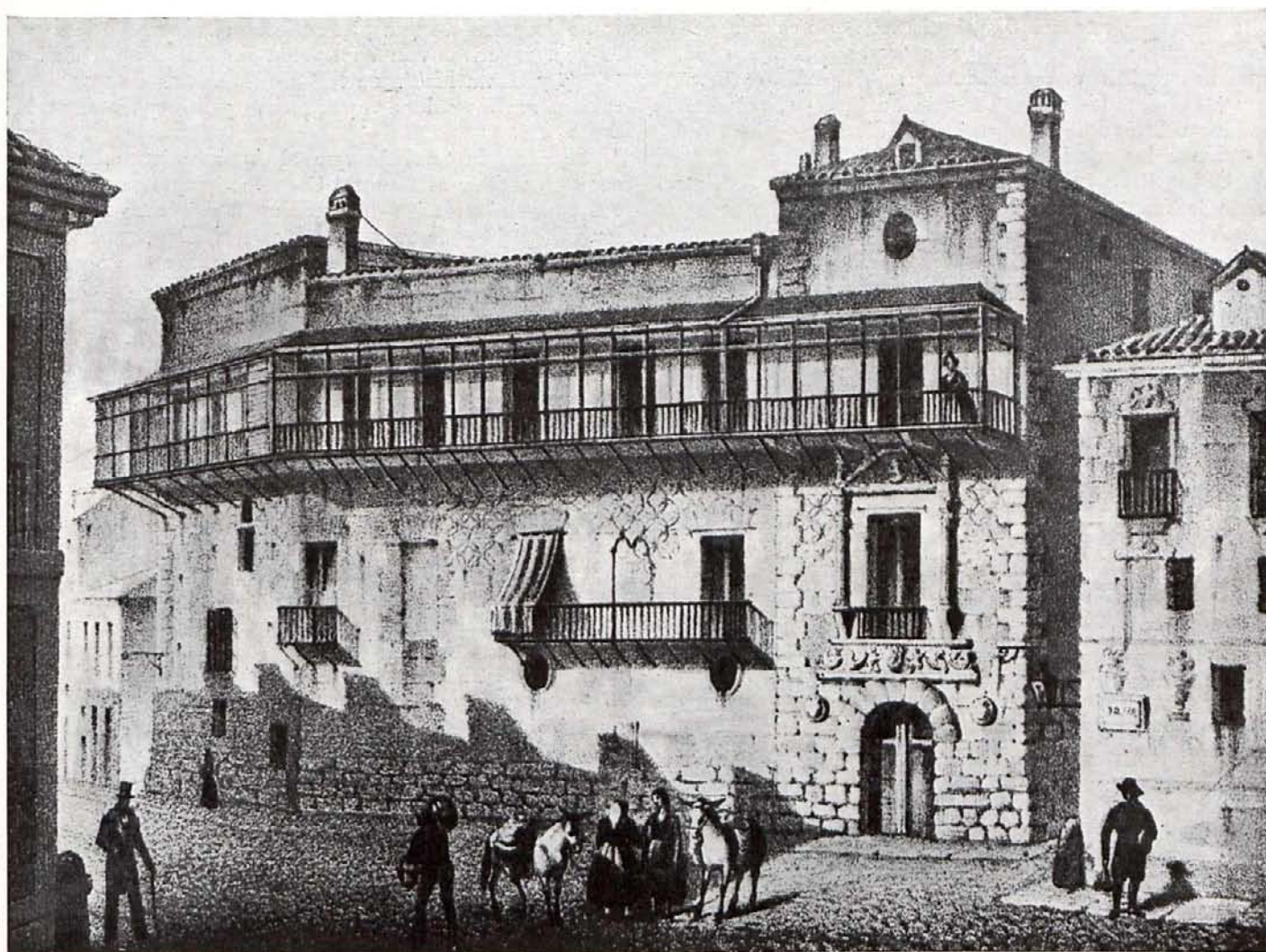
Como consecuencia de todos estos sucesos, hasta el español menos suspicaz puede darse cuenta de los poco tranquilizadores propósitos de Napoleón, con lo que los ánimos se sublevan y los supuestos aliados de ayer comienzan a ser mirados como enemigos. Bastará el más leve incidente para que esta animosidad hacia el ejército extranjero se manifieste. Y esta circunstancia se produce el día 2 de mayo, fecha memorable, épica jornada cuyos gloriosos episodios son sobradamente conocidos para que nosotros hayamos de recordarlos.

¿Cuál es la proyección de los hechos acaecidos el 2 de mayo e inmediatos sobre el Ayuntamiento madrileño? Probablemente no se sabrá nunca, porque se da el caso peregrino de que el libro, o los libros de acuerdos municipales del año 1808 han desaparecido, y nos ha sido necesario acudir, para redactar estas notas, a las minutas de las actas que en ellos debían figurar, minutas cuya lectura se hace punto menos que imposible, puesto que están concienzudamente tachadas en todo aquello que no sean asuntos de trámite; y por otra parte han sufrido mutilaciones numerosas, entre ellas las del mes comprendido entre 14 de abril y 13 de mayo.

El 13 de mayo, pues, se levanta de nuevo el telón sobre la escena municipal, en la que continúan los mismos personajes que dejamos antes de este paréntesis y que se reúnen en este día para darse por enterados de una orden del Consejo de Castilla disponiendo que el Ayuntamiento pase a cumplimentar y felicitar al Gran Duque de Berg, nombrado Subintendente General del Reino; y cinco días después se celebra sesión extraordinaria para un asunto reservado y urgente: Se trata de una orden de Murat para que una representación del Ayuntamiento se traslade a Bayona a cumplimentar a S. M. I. y R. el Emperador de los Franceses y Rey de Italia, recavando tal representación en los Regidores don Julián Fuentes y don Mateo Norzagaray.

Napoleón, que ha conseguido primero la anulación de la renuncia de Carlos IV a favor de su hijo y luego la abdicación de aquél en favor del propio Emperador (según se hace saber a la Corporación Municipal el día 20 de mayo), quiere apresurar la organización de nuestra Patria a medida de sus deseos, y fija para el día 15 de junio la celebración de una Asamblea en Bayona para tratar en ella de la «felicidad» de toda España, según expresión consignada en el acta correspondiente.

Con tal motivo requieren del Ayuntamiento el nombramiento de un diputado que en representación de Madrid asista a dicha Asamblea, y la Corporación acuerda nombrar Diputado, en la Clase de Caballero, al insigne patricio don Melchor Gaspar de Jovellanos. Pero, o bien porque ciertamente se desconociera su residencia —como se dice en el acta— o quizá por tener buenos valedores en el Cabildo municipal, el caso es que se sustituye su nombramiento —que es de suponer no fuera de su agrado, como no lo fué el de Ministro de José I—



Vista de la antigua casa que fué de Ximénez de Cisneros en la calle de Sacramento.

por el de don Juan Pérez de Villamil, Ministro Togado del Supremo Consejo de Marina, el cual, apenas conoce su designación, acude pidiendo se le releve de representación tan enojosa para él, ya que se trata del patriota cuyo nombre ha pasado a la historia junto al del popular Alcalde de Móstoles, Andrés Torrejón, por haber sido el señor Villamil quien redactó la concisa y viril proclama que, firmada por aquél, encendió en patrióticos alientos a toda España. Aceptada su renuncia, el Ayuntamiento acordó que de los dos representantes suyos que habían sido designados para acudir a cumplimentar al Emperador, en Bayona, el señor Norzagaray asumiera la Diputación de Madrid en la Asamblea que en aquella ciudad francesa iba a celebrarse.

Mientras se desarrollan estos cabildeos en el municipio municipal, los franceses, a partir del 2 de mayo se encuentran en territorio hostil y se dan cuenta de que son sólo dueños del territorio que pisan. La represión, ante el alzamiento popular, no ha conseguido amedrentar a los madrileños, y el Duque de Berg, además de reponer el cargo de Superintendente de Policía, suprimido por Fernando VII, como ya se dijo, envía al Municipio una R. O. para que por el Corregidor se organicen rondas de «vecinos honrados» —según frase oficial— encargadas de mantener el orden público.

Por otra parte el Ayuntamiento recibe (en respuesta a una consulta suya) la resolución de que las rogativas

y procesiones que solían celebrarse en el mes de mayo, se verifiquen en el interior de las iglesias. Asimismo la Procesión del Corpus, que en un principio fué autorizada por el propio Duque de Berg —aunque excusándose de asistir a ella—, fué finalmente suspendida por él mismo, según la comunicación de que se da cuenta en la sesión del 14 de junio.

Como medidas políticas, sin duda, se confirma en sus empleos a todos los ministros y empleados civiles y militares, y Murat ordena que con cargo al Erario municipal, se emplee mayor número de jornaleros en las obras públicas, pretensión respecto de la cual el Corregidor hace notar la imposibilidad en que se encuentra el Concejo de atender esta demanda, dada su «escasez de caudales», ya que el déficit anual llega a la cifra de cinco millones de reales.

Napoleón, en su afán de resolver rápidamente la situación creada en nuestra Patria, cede la corona de España a su hermano José, de cuya decisión se da cuenta en el Real Decreto de 10 de junio, y prepara la Constitución que habrá de jurar el nuevo Rey.

Uno de los Comisionados por el Ayuntamiento para pasar a Bayona, el que como Diputado había de representar a Madrid en la anunciada Asamblea, don Mateo Norzagaray, da cuenta en carta escrita al Corregidor de su llegada a la ciudad francesa el día 22 de junio, en cuya fecha se presentaron al señor Azanza: «Nos

citó —dice— para el día siguiente... y nos condujo a la Quinta de Mariae, y allí nos presentó al Emperador, que nos recibió *con jovialidad*, y después de comunicar otros detalles de su estancia en Bayona, termina la misiva refiriéndose al pago de las dietas que les corresponden a los comisionados.

El día 9 de julio, José, nuevo Rey de España, atraviesa la frontera de nuestro país.

Precisamente en esa misma fecha el Ayuntamiento prepara los festejos que habrían de celebrarse con motivo de la llegada a Madrid del Rey José.

El 20 de julio hace su entrada en Madrid el nuevo Monarca impuesto por el Emperador, y a partir de esta fecha las sesiones municipales se celebran con la ausencia de la mayor parte de los Capitulares.

En los días sucesivos comienzan a circular rumores por Madrid, cada vez más insistentes, sobre la definitiva derrota del ejército francés en Andalucía, rumores que se confirman plenamente al abandonar los franceses, con el Rey José a la cabeza, la capital de España.

Fácil será suponer la alegría del pueblo madrileño ante el nuevo rumbo de los sucesos, y en la sesión del día 5 de julio, don Mateo Norzagaray —que debía ser el orador del Municipio de entonces—, de regreso ya de Bayona, hace el panegírico de los heroicos combatientes españoles que derrotaron al hasta entonces invicto ejército de Napoleón, y propone que el Ayuntamiento prepare el correspondiente programa de festejos y ceremonias en honor de los vencedores: arcos triunfa-

les, colocación de una pirámide en el centro de la Plaza Mayor, rogativas con exposición de los cuerpos de San Isidro y Santa María de la Cabeza, fiestas de toros gratuitas para los soldados y a medio precio para el vecindario, etc.

Se acuerda también que el Ayuntamiento en pleno acuda a recibir al General Castaños, y que se entreguen obsequios al ejército de Andalucía, así como al de Valencia, que ha derrotado al Mariscal Moncey. Por otra parte, ante las noticias de que los franceses han levantado el cerco de Zaragoza, se dispone la celebración de un Tedéum y se nombra al General Palafox Regidor honorario del Ayuntamiento de Madrid.

En el mes de septiembre, el Municipio, en observancia de acuerdos anteriores, aprueba las dietas que deberán percibir los delegados que acudieron a Bayona, dietas que ascienden a razón de 300 reales de vellón diarios, a un total de 12.300 reales.

El año 1808 está aproximándose a su fin. En sesiones de mediados de noviembre, el Ayuntamiento acuerda acudir en corporación a recibir a las tropas inglesas que van a efectuar su entrada en la capital.

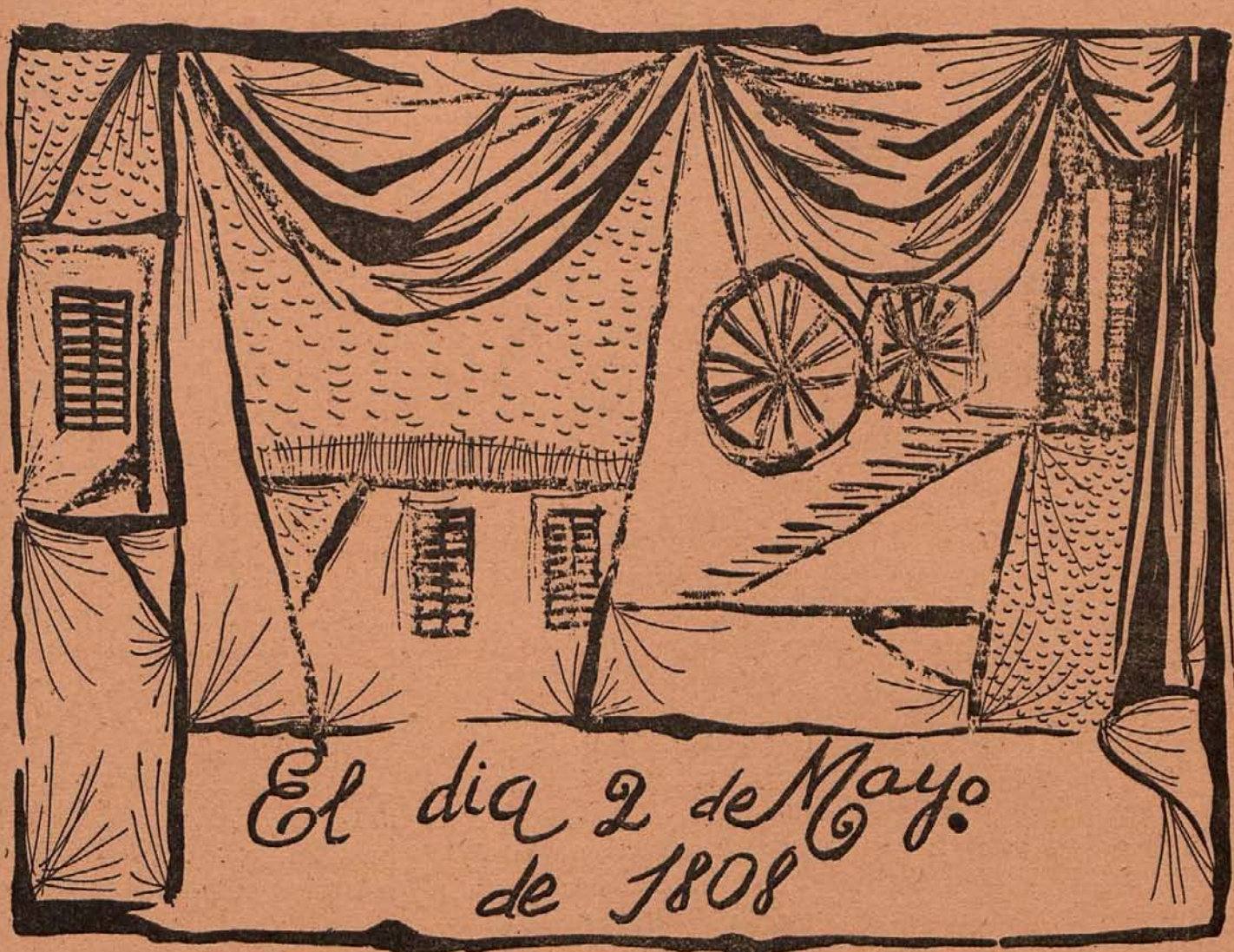
Y con estas resoluciones cae nuevamente el telón en el escenario municipal, pues de diciembre, en que los franceses, capitaneados por el propio Napoleón vuelven a entrar en Madrid, no queda noticia alguna referente al Ayuntamiento, por faltar también todas las minutas de las actas correspondientes a las sesiones en ese mes celebradas.



ABDICACION DEL REYNO A NAPOLEON

Carlos IV hace entrega del Reyno de España al perfido Napoleon; el S.^o D.^o Fernando VII avergonzado se enterneco considerando el acto y viendo garante del negocio al traidor Godoy y á su Madre: no siendo menos sensible aquella ocurrencia á los Infantes D.^o Antonio y D.^o Carlos.
1= la Reyna = 2= Godoy = 3= Carlos IV = 4= Napoleon = 5= Fernando VII = 6 el Principe D.^o Antonio = 7= el Principe D.^o Carlos
Lam.^a 4.^a

TEATRO



El día 2 de Mayo
de 1808

POR FRANCISCO DE PAULA MARTI

LA primera obra teatral estrenada en Madrid después de quedar libre de la invasión francesa, fué la tragedia en tres actos y en verso, original de don Francisco de Paula Martí, titulada «EL DIA DOS DE MAYO DE 1808 en Madrid y muerte heroica de Daoiz y Velarde».

Don Emilio Cotarelo y Mori, en su libro titulado "ISIDORO MAIQUEZ Y EL TEATRO DE SU TIEMPO", deja constancia del acontecimiento con las siguientes palabras:

«... Amaneció el día 27 de mayo de 1813 y con él, día en que definitivamente saliesen de Madrid los franceses, en virtud del movimiento general de retirada, hacia el Norte...»

«... Las Autoridades organizaron la Administración según demandaban los sucesos, comenzando, en los teatros, por quitar las armas de los Bonaparte, sustituyéndolas con las de la Casa de Borbón...»

«... el 9 de julio empezaron las funciones patrióticas con la tragedia "EL DIA DOS DE MAYO DE 1808 en Madrid y muerte heroica de Daoiz y Velarde..."»

«... Pusieronla con lujo, con decoraciones nuevas, reproduciendo los cuatro principales cuadros de la heroica defensa del pueblo madrileño, en Buenavista, Puerta del Sol, Parque de Artillería y el Prado. La obra tiene interés y grandeza trágica como hecha por quien no tenía más que acordarse de lo que habían visto sus ojos...» «Se distinguieron en la ejecución Antera Baus, María Cabo, Teresa Sánchez y Loreto García con Maiquez, que hizo un héroe del pueblo llamado Sebastián, Ponce, Contador y demás individuos de la compañía y otros que vinieron de afuera, por lo numeroso del personal del drama...»

ACTO PRIMERO

El teatro representa el Palacio que habitaba Godoy junto a Doña María de Aragón, cuya puerta estará en el foro, y a cada lado un cañón y la mecha encendida. Habrá dos centinelas a la puerta, y tropa de infantería con las armas arremadas a la pared. Antes de salir hará la señal con la espada Lafont, y tocará la caza un redoble: los soldados acuden a tomar las armas y a formarse. Al tiempo de salir Murat y los demás se toca marcha francesa, y se presentan las armas.

SCENA I.

MURAT, GRUCHI, NEGRETE, LEFEBRE, LAFONT Y GUARDIA DE FRANCESES

Murat saldrá con el uniforme de gran Mariscal; Gruchi y Negrete de generales; y todos con botas y espuelas prevenidos para montar a caballo.

GRUCHI

Ya está todo prevenido, según vuestra Alteza ordena.

MURAT

Está bien. ¿Y vos, Negrete?

NEGRETE

Yo de la misma manera dí las órdenes á noche, de que la tropa estuviera sin salir de sus cuarteles, intimándoles la pena de muerte á los que faltan á esta orden tan estrecha; advirtiéndoles á todos,

que si acaso el pueblo intenta llevarse á fuerza sus armas, se las den sin resistencia; más que no tomen partido, suceda lo que suceda, entre el baxo populacho ni entre la tropa francesa. Mandé á los oficiales que tranquilos estuvieran manteniéndose neutrales en el caso que advirtieran que entre el ejército y pueblo se armaba alguna contienda, pues si no tomaban parte, de los franceses ofensa ninguna recibirían.

MURAT

Fué muy buena la advertencia, y está conforme á mi plan. De este modo haré por fuerza (*irri-me respete el populacho, [tado]*) y su atrevida insolencia castigaré en este día. Yo les haré se arrepientan de las burlas que me han hecho en el prado, y á presencia de tantos millares de almas. Y yo haré también que sepan que del Príncipe Murat, por atrevido que sea, nadie se burla jamás sin llevar la recompensa de tan horrible atentado. ¿Visteis, Gruchi, la insolencia (*a el descaro y la osadía [Gruchi]*) de esa gente tan perversa? ¿Visteis con qué atrevimiento, por más que los centinelas procuraban estorvarlo, pasaban por las hileras de la tropa, que formadas imponer terror pudieran al hombre más atrevido? ¿Visteis cómo entre las piernas pasaban de los caballos de la feroz y tremenda

tropa de los coraceros? ¿Y en fin, visteis la vileza con que me trataron todos á el pasar por la puerta del Sol, dando mil silvidos, y haciéndome mil afrentas, sin respeto de mi guardia de polacos, que pudiera escarmentar su osadía? ¿Qué gente, Negrete, es ésta? (*A [Negrete]*)

¿Son hombres o son demonios, que nada les amedrenta?

NEGRETE

Conozco que con razón ofendido vuestra Alteza está; pero yo presumo que hoy quedará satisfecha vuestra ofensa, y de este modo ninguno habrá que se atreva á insultaros nuevamente

MURAT

¿Estos míseros no tiemblan (*irri-de un ejército invencible [tado]*) que Austerlitz, Marengo y Gena sujetó con sus victorias? ¿De las triunfantes banderas de Napoleón el grande, terror de toda la tierra, y domador de la Europa? ¿De esa multitud inmensa de tropas tan aguerridas como tiene á su presencia?

NEGRETE

Con el escarmiento de hoy se humillará su soberbia; y todo el resto de España, por no sufrir igual pena, del grande Napoleon subyugada á la obediencia quedará. Yo amo, señor, á mi patria, y bien quisiera

2 DE MAYO DE 1808.



Resaca histórica del primer grito de independencia en Madrid.



El pueblo se opone á la salida de los Infantes, en la plaza de Palacio.



Habiéndoles hecho una descarga, corren por armas al grito de guerra á los traidores.



Hombres muchachos y hasta mujeres ampuñan cualquier arma y salen á la calle sedientos de venganza.



Derrota hecha en la Puerta del Sol á los Mamelucos.



De orden de Muro la artillería del Retiro ametralla las masas.



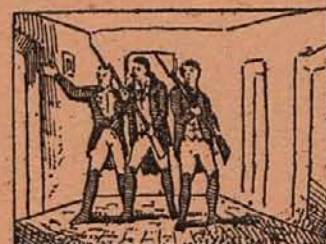
Un grupo considerable corre hacia el parque de artillería situado en las Maravillas.



Barios edificios son saqueados por las tropas francesas y fusilados á la puerta sus moradores.



El capitán D. Luis Daoiz se niega á las primeras intimaciones del pueblo.



El capitán D. Pedro Velarde sale de su oficina seguido de un escribiente y un ordenanza.



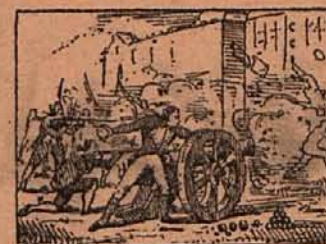
Se dirige al parque y engrosa sus filas con el pueblo que allí estaba.



Anuncian á Daoiz y Velarde la llegada de una columna francesa y rompe Daoiz la orden del general.



Arrastran á brazo 5 cañones dos de ellos los colocan detrás de la puerta del parque.



Cuando se hallaron cerca los hacen una descarga llenando la calle de cadáveres.



Mueren los artilleros que maniobraban con la pieza de la calle de St. José es manejada por mujeres.



Muere Daoiz traicionadamente al pie del cañón.



Muere Velarde de un pistoletazo por la espalda en el patio del parque.



D. Rafael Galcochea capitula con los enemigos por la salvación de los pocos que le quedaban.



Todos aquellos que se les encuentra con armas o erramenteros cortantes son fusilados en el patio del Buen Suceso.



Fusilamientos en el Prado.



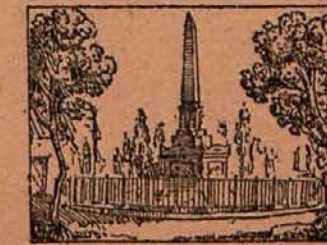
Fusilamiento en las tumbas de Jesús.



Fusilamiento en la Montaña en la mañana del día 3.



Grupo de Daoiz y Velarde.



A los mártires de la independencia Española.

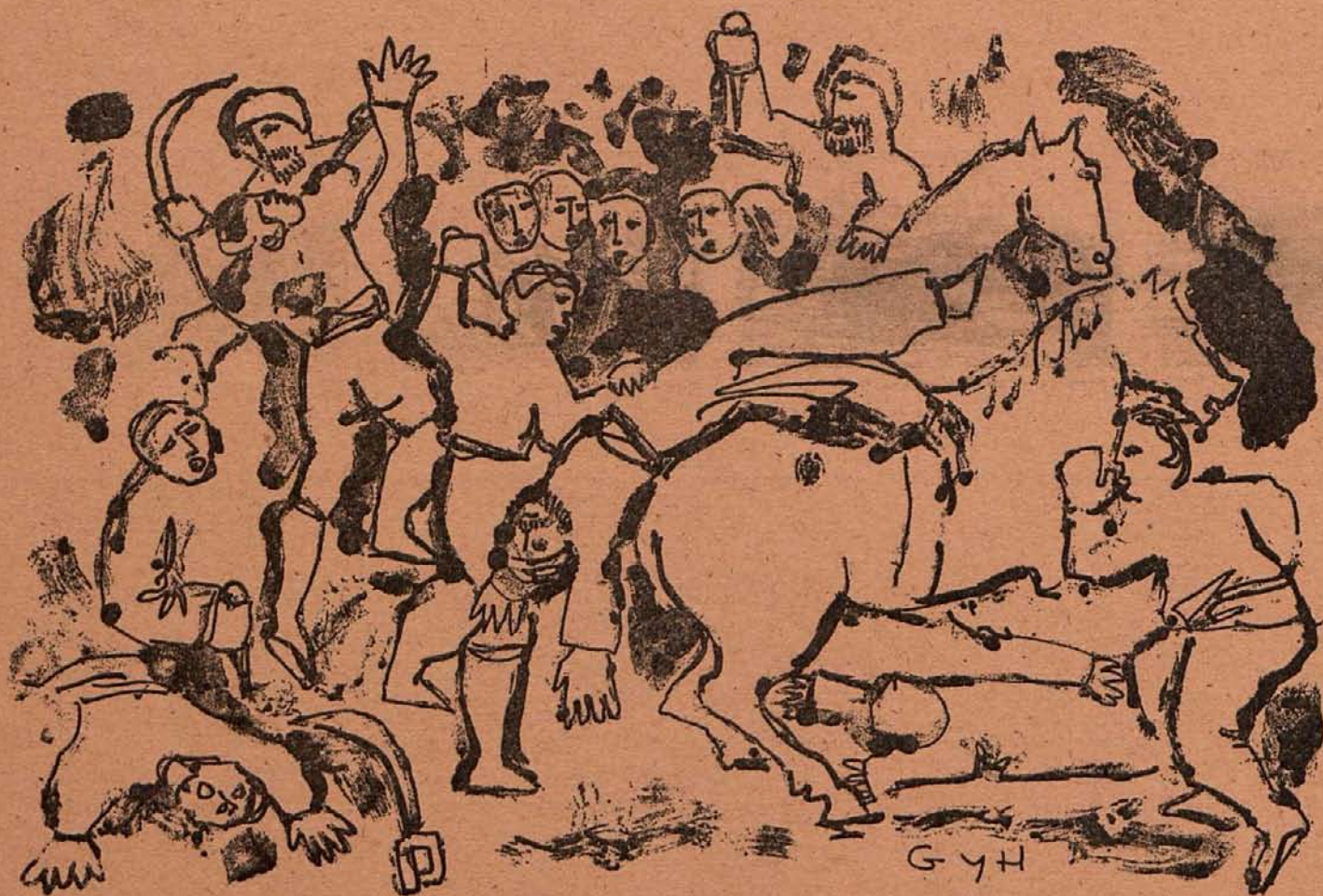
que llegase á conocer
las ventajas tan inmensas
que le prepara la Francia,
y en el corazón me pesa
ver que se muestre obstinada
en no sujetarse a ellas;
mas de hoy el escarmiento
hará baxar la cabeza
á una porción de obstinados
que la sedición fomentan.

GRUCHI

Mi opinión no está conforme
con esa de Vucelencia;
y es menester confesar
que no está la Nación esta,
como habíamos pensado,
tan ignorante y tan necia.
Hablemos claro, Señor:
antes de pisar la tierra
de España, creímos todos
que con sola la presencia

de un ejército aguerrido,
y sin hacer resistencia,
se someterían todos.
Entramos con la apariencia
de amigos, y nos reciben
como si esto verdad fuera;
mas ni se admiran, ni aturden,
aunque descontento muestran;
presentándose serenos
á ver todo el tren de guerra,
pues no se les ha ocultado
la intención de nuestra idea.
En Italia, al presentarse
las tropas, ni la cabeza
se atrevían á asomar
por las ventanas ni puertas,
y á el oír un cañonazo
á los montes con presteza
despavoridos corrían,
sin oponer resistencia.
Entramos en esta Corte,
y bien sabe Vuestra Alteza

el modo de recibirnos,
que al parecer fué una fiesta
para ellos nuestra entrada,
pues todas las calles llenas
de gentes de todas clases
á vernos se nos presentan,
cuyos serenos semblantes
nos borraron de la idea
la supuesta cobardía
y afeminación completa
que reynaba en este pueblo.
En el prado una tremenda
voz se oyó, que así decía,
entre el aplauso y la fiesta:
«vivan Murat y los suyos
»si es que como amigos entran;
»pero si como enemigos,
»Murat y los suyos mueran».
Esta voz de mal agüero,
hizo que se dispusiera
colocar en el salon
del prado aquella tremenda



cantidad de artillería,
con municiones y mechas
encendidas, para ver
si así el pueblo se amedrenta,
y por los efectos vimos
de esta gente la entereza,
porque se iban muy serenos
á encender en las mechas,
ó la yesca, ó los cigarros,
por mas que las centinelas
procuraban impedirlo:
y de cada día muestran
menos miedo, y mas orgullo.
Ayer mostró la experiencia
en la revista del prado
lo mucho que nos desprecian.
Veinte mil hombres tenían
formados á su presencia
de á pie y de caballería
con todo el tren de la guerra,
capaz de imponer terror
á otras gentes que no fueran
madrileños, ni manolos;
mas no sé qué clase es esta
de hombres; pues sin recelo;
entre las tropas se mezclan,
que formadas en el prado
todo su valor ostentan,
sin ser bastante á impedirlo
ni el peligro ni la fuerza.
Y no son solos los hombres,
pues de la misma manera
lo hacen también las mugeres
sin que nada las detenga.

MURAT

Hoy veremos si atrevidos
ese gran valor ostentan.

SCENA II

LOS DICHOS, RUCHER Y DOS SOLDADOS

*Rucher saldrá sostenido
por dos soldados, moribundo, y a paso muy pau-*



*sado hasta llegar donde
está Murat, y le sostienen
hasta entrarse.*

UN SOLDADO

Gran Señor, este Edecan,
que desde el palacio, apénas
pudo llegar á este sitio,
dió una caída tremenda
desde encima del caballo;
acudimos con presteza
para ver de socorrerle;
y creyendo solo que era
efecto del grande golpe
el que no podía apenas
levantarse, advertimos
que una herida sangrienta
tiene junto al corazón;
y en medio de la violencia
que le causan los dolores,
que le traygamos ordena
donde vuestra Alteza se halla.

MURAT

*(Murat va a reconocerle,
y luego que le conoce
hace una grande exclamación.)*

¡ Este es Rucher!... ¡ Oh qué pena!
¿ Qué es esto, infelice Rucher?
¿ Qué desgracia ha sido ésta?

RUCHER

*(Rucher articula con
mucha pausa y trabajo,
como una persona moribunda
y atormentada por
los dolores de la herida.)*

Yo muero, Señor... ¡ Oh Dios!...
y estas palabras postreras...
de mi vida... he querido
decir en vuestra presencia.

MURAT

¿ Qué es esto, amigo mío?
¿ Quién te hirió de esta manera?
Dílo, que juro á los cielos
(furioso, y como fuera de sí)
que ha de ser tan sangrienta
la venganza de mi zaña,
que como averiguar pueda
el autor de tu desgracia,
he de hacer que á mi presencia
se le arranque el corazón.
Háganse las diligencias
para buscar al traydor:
yo ofrezco una recompensa
á quien me haga este servicio.

RUCHER

Escusada diligencia
será, gran Señor... buscarle...
Del dolor á la violencia...
muero sin remedio alguno...
Si, llegó mi hora postrera.



Yo muero... Señor, cumpliendo...
con la obligación estrecha...
que me impone mi deber...
Estaba por orden vuestra
á la puerta del palacio...
esperando á que salieran...
y subiesen en el coche
el Infante... con la Reyna
de Etruria... como ordena
vuestra Alteza... y un manolo...
en que ha de cortar se empeña
los tirantes á las mulas...;
acudo yo con presteza

á impedirselo... y le tiro
un sablazo á la cabeza...
él se vuelve como un rayo...
y con grande ligereza...
me tiró una puñalada...
que muero... sin duda de ella...
Cumplí... con mi obligación...
aunque... la vida... me... cuesta.
(Muere.)

MURAT

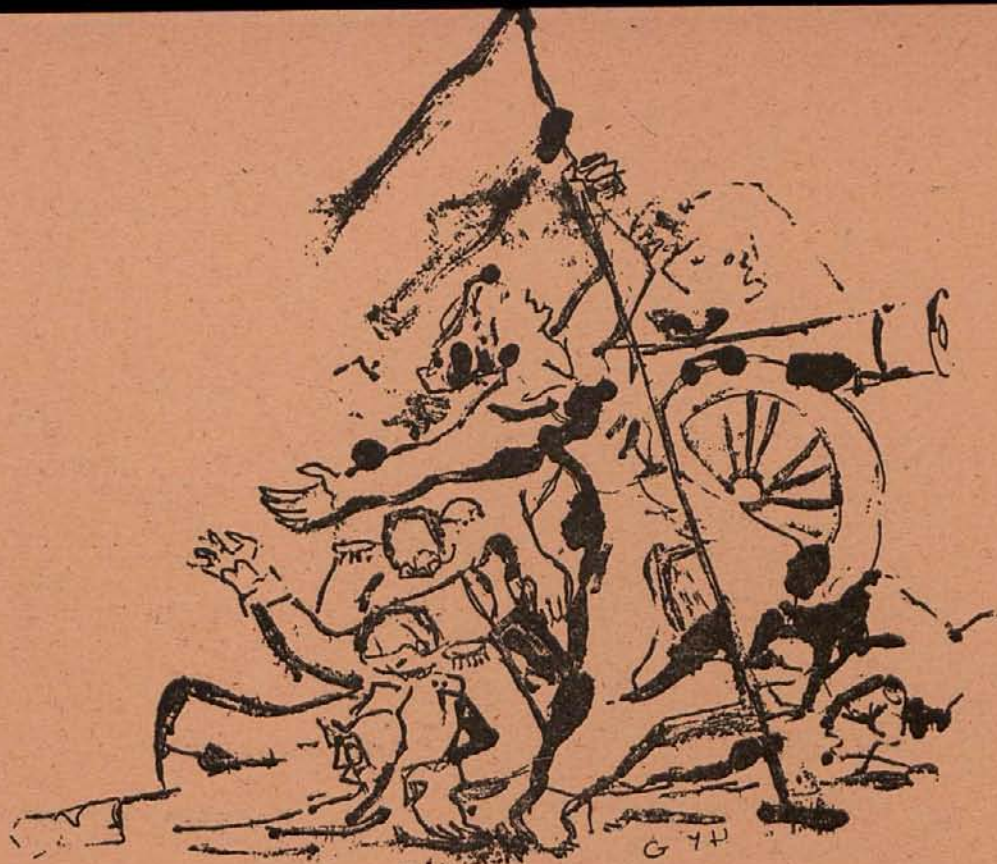
¡ Oh! Desventurado Rucher!
Quitadle de mi presencia;

y cudad de su remedio,
si acaso alguno le llega.
¡ Oh qué desgracia!... Llevadle.

*(Entre los dos soldados
se llevan á Rucher que
habrá quedado muerto en
sus brazos. Al mismo
tiempo se oye ruido y al-
gunos tiros de artillería,
y fusilería a lo lejos.)*

NEGRETE (aturdido)

Hacia esta parte se acerca



el pueblo ya alborotado.

No se exponga vuestra Alteza:
mejor será se retire.

MURAT (*receloso*)

Decís bien; y así, quisiera
saber donde mas seguro

pudiera estar de la fiera
crueldad del populacho.

NEGRETE

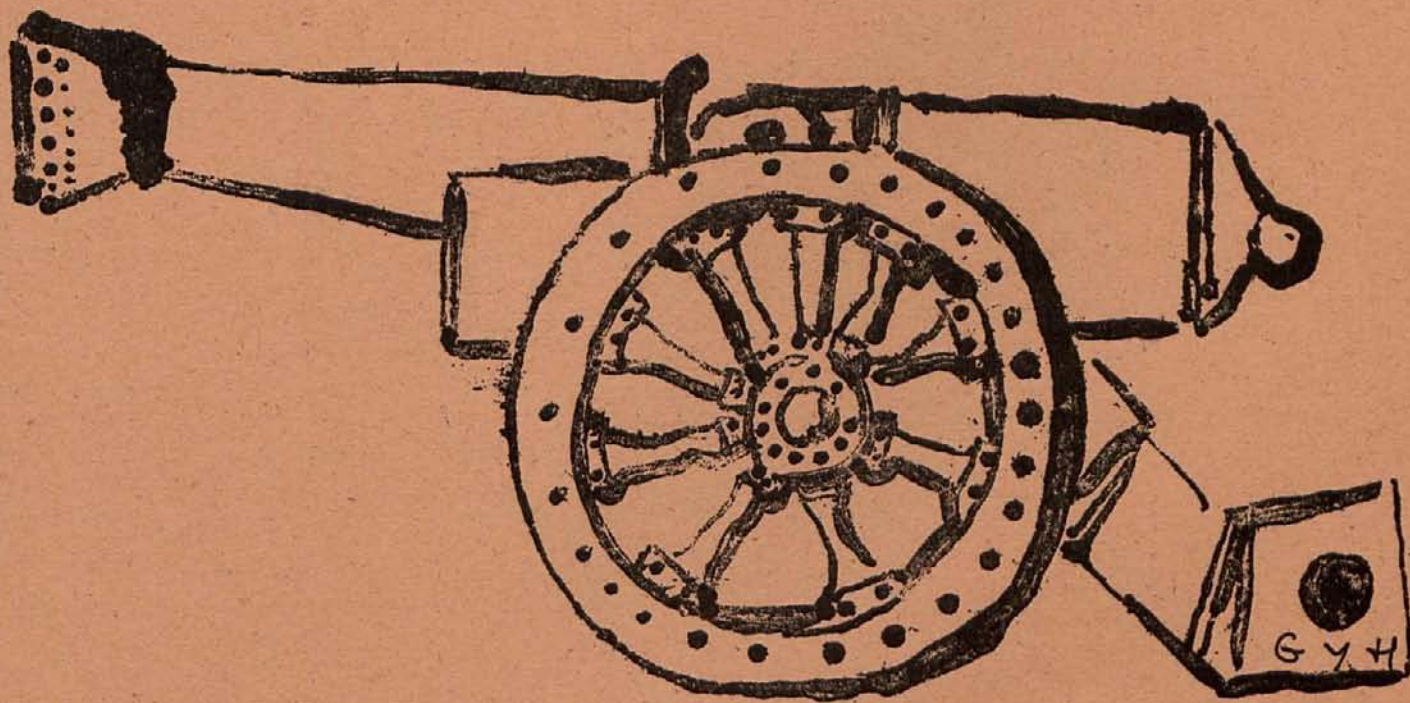
La Moncloa está muy cerca
para que puedan llevarle
los partes a vuestra Alteza.

MURAT

Vamos pronto que se acercan,
y tomemos los caballos.

VOCES (*dentro*)

Mueran los infames, mueran.
.....



SE ACABO DE IMPRIMIR ESTE NUMERO EXTRA-
ORDINARIO DE «VILLA DE MADRID», EL DIA 30
DE ABRIL DE 1958, EN LA IMPRENTA DE «ESTADES.
ARTES GRAFICAS», CON EL PATROCINIO DEL
EXCELENTISIMO AYUNTAMIENTO, REALIZADO POR
SU COMISION DE CULTURA, Y BAJO LA DIRECCION
ARTISTICA DE RICARDO SUMMERS «SERNY»

L A U S D E O

